

UNIVERSIDAD DE CHILE
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Psicología

Psicol
09577
2003
022

**Una Propuesta Constructivista Cognitiva acerca del papel
que cumple la Sexualidad en la construcción del Sí Mismo
en la Organización de Significado Personal Dápica**

Memoria para optar al Título de Psicóloga

Autora:

María Soledad Cruz Piñeiro

Profesor Patrocinante:

Ps. Dr © Juan Yáñez Montecinos

2003

AGRADECIMIENTOS

Al Profesor Juan Yáñez Montecinos, por su importante contribución en lo teórico y en lo humano, por su paciencia y buen humor, por el estímulo y la confianza depositada.

A Paula Vergara, por la discusión constante y el aporte de nuevas perspectivas para la comprensión de la teoría.

A la Profesora Irma Palma, por su interés, motivación, disposición a conversar y apertura a nuevas formas de comprender al ser humano.

A mis increíbles compañeros, por todos los momentos vividos, que hicieron que el trabajo se transformase en una extraña mezcla entre conocimiento y risas.

A mi familia, mi madre, Mónica, por su apoyo incondicional, mis hermanos, Tomás, Carlos, Mónica y Renato, por tratar de mantener silencio en los momentos de trabajo y reflexión y por su apoyo y confianza totales hacia mí.

A Miguel, por llegar al rescate en los momentos de emergencia.

A Gonzalo, por hacerme sonreír en los momentos más oscuros, por darme fortaleza y refugio en todo instante, y por compartir nuestras vidas.

*Para mi querida bisabuela, Adriana Jaña, por su preocupación
incesante, apoyo permanente y cariño incondicional. Por recordarme
constantemente la importancia del amor.
Te quiero mucho.*

INDICE

I. INTRODUCCIÓN	7
I. 1.- Objetivos	11
I. 1.a.- Objetivo General	11
I.1.b.- Objetivos Específicos	11
II. ANTECEDENTES GENERALES DE LA SEXUALIDAD	13
II. 1.- El estudio científico de la sexualidad	13
III. MODELO CONSTRUCTIVISTA COGNITIVO	44
III. 1.- Concepción de la realidad	45
III. 2.- Sistema de conocimiento humano	46
III. 3.- Intersubjetividad	48
III. 4.- Lenguaje humano	51
III. 5.- Niveles de conocimiento	53
Nivel tácito de conocimiento	55
Nivel explícito de conocimiento	57
IV. EL SÍ MISMO	59
IV. 1.- Estructura y Organización	59
IV. 2.- Mismidad o Procesos de mantenimiento	65
IV. 3.- Ipseidad o Procesos de cambio	66
IV. 4.- Dimensiones Operativas	70
V. TEORÍA DEL APEGO	78
V. 1.- Los procesos de vínculo y la autoidentidad	87
VI. ORGANIZACIÓN DE SIGNIFICADO PERSONAL	102
VI. 1.- Cierre organizacional y apertura estructural	108

VII. PSICOPATOLOGÍA ORIENTADA HACIA LOS PROCESOS	111
VII. 1.- Etiología	111
VII. 2.- Enfoque Evolutivo de la Psicopatología	116
Modalidades de Procesamiento	121
VIII. SEXUALIDAD: UNA PROPUESTA CONSTRUCTIVISTA COGNITIVA	126
VIII. 1.- Antecedentes teóricos	126
Deseo	126
Intención	129
Complementariedad de intenciones	131
VIII. 2.- Proceso sexual de pareja	132
Cotidianeidad	133
Intimidad	135
Erotismo	136
Placer Erótico	137
IX. PROPUESTA CONCEPTUAL ACERCA DE LA SEXUALIDAD	138
IX. 1.- La sexualidad en la construcción de la identidad	147
Procesos de vínculo y Sexualidad	148
IX. 2.- Alteraciones en la operatividad del sí mismo en el ámbito sexual	151
X. LA ORGANIZACIÓN DE SIGNIFICADO PERSONAL DÁPICA	155
X. 1.- Patrones de vinculación tempranos	156
X. 2.- Organización de los límites del sí mismo	161
X. 3.- La dinámica de la mismidad	168
X. 4.- Sendas evolutivas	169
X. 5.- Características evolutivas del significado personal dápico	177

X. 6.- Desequilibrios en la coherencia sistémica	186
XI. ESTILO SEXUAL EN LA ORGANIZACIÓN DE SIGNIFICADO PERSONAL DÁPICA	191
XI. 1.- Proceso sexual de pareja en la Organización de Significado Personal Dápica	204
XII. CONCLUSIONES Y DISCUSIÓN	209
XIII. RESUMEN	221
XIV. BIBLIOGRAFÍA	224

I. INTRODUCCIÓN

La sexualidad, como experiencia constitutiva de lo humano, históricamente se ha erigido como un ámbito conflictivo y representativo de tensiones subyacentes a distintas disciplinas y fuentes teóricas que aun, en nuestros tiempos, no logran un consenso en torno a sus apreciaciones. En diferentes momentos de la historia se ha sustentado una ideología sexual basada en las diversas concepciones religiosas y científicas que, de algún modo, han contribuido a la manera de vivenciar la sexualidad y, por lo tanto, de desplegar la conducta sexual. Estas ideologías han influido y, a la vez, han sido influenciadas por el surgimiento y desarrollo de la sexología y la terapia sexual. A partir de esto, algunos autores, en diferentes épocas, han conceptualizado la sexualidad subrayando la relevancia de los aspectos culturales, sociales, intrapsíquicos y/o biológicos.

Desde la Psicología, el Modelo Cognitivo ha transitado por diversos momentos hasta desembocar en el Constructivismo Cognitivo. En este desarrollo, se han abordado progresivamente fenómenos cada vez más complejos, entre los cuales se encuentra la sexualidad que, en la actualidad, cuenta con una metodología clínica, cuya base teórica se enmarca en la metateoría Constructivista. Sin embargo, la práctica clínica ha demostrado que, para comprender con profundidad las problemáticas sexuales de los pacientes, se hace necesaria una mayor especificidad teórica dentro del mismo modelo.

La presente investigación tiene por tema general la sexualidad, pretendiéndose desarrollar una propuesta conceptual acerca de ésta y, específicamente, analizar el papel que cumple en la construcción del sí mismo, desde el Modelo Constructivista Cognitivo, basándose en la premisa que, además de la función reproductiva, la sexualidad incide en esta construcción.

Desde esta perspectiva teórica, el ser humano se organiza como un sí mismo ontológico en un contexto intersubjetivo, en el cual la construcción de sí mismo se

lleva a cabo a través de las relaciones que establece con otros y consigo mismo. Como fenómeno humano, la sexualidad forma parte de esta intersubjetividad. Desde el nacimiento, el individuo establece relaciones con otros significativos que se constituyen como base para la construcción de significados. La sexualidad se erige desde el principio como un elemento fundamental, pleno de significados, desde el cual van configurándose las relaciones que contribuirán al reconocimiento del sujeto como un sí mismo con características propias y que, a su vez, lo posicionan dentro del mundo intersubjetivo.

El ser humano se relaciona con los otros desde su experiencia de ser sexuado. A través de su evolución ontológica va configurando una particular identidad genérica que, a lo largo del desarrollo, adquiere mayor importancia en el modo como el sujeto organiza la realidad y, en definitiva, como establece sus relaciones con los otros. La sexualidad es un ámbito de relevancia dentro de las relaciones humanas como fuente de conocimiento y, por tanto, de complejización tanto intrapersonal como interpersonalmente.

La sexualidad implica un encuentro real o simbólico entre dos seres. Se desarrolla en un espacio de "intersubjetividad" que, según Bataille (1992) involucra, en la especie humana, una actividad erótica, dándole un carácter de búsqueda psicológica que va más allá del fin natural de la reproducción.

Esta memoria se inserta en una línea de investigación acerca de la sexualidad, que desarrolla en la actualidad el Grupo Constructivista Cognitivo del departamento de Psicología de la Universidad de Chile, con sede en el CAPs, compuesto por los psicólogos Irma Palma, Paula Vergara y Juan Yáñez.

La investigación, en su totalidad, forma parte de un trabajo coordinado que, desde un marco teórico común, da origen a cuatro memorias, cada una de las cuales plantea una propuesta acerca del rol de la sexualidad en la construcción del sí mismo

en una de las cuatro Organizaciones de Significado Personal conocidas; en este caso particular la Organización de Significado de los Desordenes Alimenticios (Dápica).

Que las diferentes memorias posean una estructura similar y un marco teórico común, representa una ventaja para el lector al proporcionar una continuidad que posibilita el inicio del estudio desde cualquiera de las antes mencionadas memorias.

Se pretende desarrollar una propuesta teórica que permita un acercamiento al dominio sexual de un modo más complejo, procesal e inclusivo, de modo tal que pueda ser integrada en la comprensión del ser humano.

La relevancia de este estudio radica en el hecho que, a pesar que el Modelo Constructivista Cognitivo incluye la sexualidad como un ámbito abordable en terapia, hasta el momento, no existe una definición ni una delimitación teórica específica de ésta, por lo que tampoco se incluye a la sexualidad como un fenómeno con implicancias en la construcción del sí mismo. Esto, sin lugar a dudas, permitirá el surgimiento de nuevas interrogantes, las cuales podrán ser despejadas a través de posteriores investigaciones que posibiliten la integración de los avances teóricos realizados a la práctica clínica.

Se considera además, que esta investigación aporta a la teoría Constructivista Cognitiva al incluir la sexualidad como una dimensión relevante para el desarrollo del sí mismo, lo que sin duda, tendrá repercusiones en el área clínica al contribuir a la comprensión del ser humano, de manera tal que el fenómeno sexual pueda ser incorporado en el tratamiento de pacientes. Asimismo, particularmente la terapia sexual de pareja puede verse beneficiada por estas contribuciones, al contar con una base teórica delimitada desde la cual desarrollar nuevos conocimientos que posibiliten la expansión de su perspectiva y el perfeccionamiento de las técnicas existentes.

En definitiva, la presente es una investigación de orientación teórica, que pretende desarrollar una propuesta conceptual acerca de la sexualidad y explicar de qué manera ésta se presenta en la Organización de Significado Personal Dápica, dentro del marco del Modelo Constructivista Cognitivo. Este estudio tiene un carácter documental y exploratorio. Documental, porque la información ha sido obtenida a través de diversos documentos. Exploratorio, porque el objetivo principal es examinar el concepto de sexualidad y su desarrollo específico en la Organización de Significado Personal Dápica, tema que no ha sido abordado desde el Modelo Constructivista Cognitivo. Para el logro de este objetivo se llevó a cabo una revisión, análisis, sistematización y elaboración de los contenidos, obtenidos a partir de recursos teóricos pertinentes al tema.

Por lo tanto, la herramienta metodológica central es la revisión bibliográfica de fuentes primarias y secundarias que permitan dicha conceptualización. Dentro de las fuentes primarias se encuentran algunos autores relacionados al campo de lo sexual desde diferentes disciplinas, principalmente de las Ciencias Sociales, autores adscritos al Modelo Evolutivo Procesal Sistémico y, por último, estudiosos que dentro del Modelo Cognitivo pudiesen aportar a una propuesta de sexualidad en el contexto del Constructivismo Cognitivo. Las fuentes secundarias son trabajos de título realizados, principalmente, por Licenciados de la Universidad de Chile.

I. 1.- Objetivos

I. 1. a.- Objetivo General:

- Elaborar las bases de una propuesta teórica que permita abordar la sexualidad desde el Modelo Constructivista Cognitivo.
- Elaborar una propuesta teórica que explique cómo se manifiesta la sexualidad en los sujetos pertenecientes a la Organización de Significado Personal Dápica.

I. 1. b.- Objetivos Específicos:

- Exponer la evolución del estudio científico de la sexualidad.
- Describir el origen y la definición de conceptos relacionados con la sexualidad desde distintos enfoques teóricos.
- Describir aspectos de la metateoría evolutiva procesal sistémica relacionados conceptualmente con la sexualidad.
- Delimitar conceptualmente una noción de sexualidad consistente con la epistemología que caracteriza al Modelo Constructivista Cognitivo.
- Revisar la teoría acerca de la Organización de Significado Personal Dápica propuesta por Guidano.
- Incorporar revisiones efectuadas por el grupo Constructivista Cognitivo del CAPs acerca de la Organización de Significado Personal Dápica, desde la perspectiva de la sexualidad.

- Delimitar teóricamente el papel de la sexualidad en la Organización de Significado Personal Dápica

II. ANTECEDENTES GENERALES DE LA SEXUALIDAD

II. 1.- El estudio científico de la sexualidad

“no se puede esperar claridad conceptual si existe ambigüedad lingüística”

Katchadourian

La sexualidad ha sido definida durante mucho tiempo por una enorme cantidad de autores y desde diversos puntos de vista: antropológico, sociológico, biológico, psicológico, etc.; y aún así, continúa siendo un concepto impreciso y difícil de comprender a cabalidad.

En la bibliografía existente acerca del tema nos encontramos con nociones afines a la sexualidad, tales como género, rol, identidad, etc., que han sido definidas de múltiples formas a través de la historia.

Es necesario mencionar la gran influencia que ha tenido, tanto en el desarrollo de la sexología como en el surgimiento de la terapia sexual, el contexto sociocultural vivido en los distintos momentos históricos, los cuales sustentan la ideología sexual a la base de las diferentes concepciones acerca de lo normal o anormal, de las expectativas y el modo de enfocar la conducta sexual.

No se debe olvidar que la sexualidad es un fenómeno multidimensional, que varía de una cultura a otra, y que depende del contexto socio-histórico en que se desarrolle (Vera-Gamboa, 1998). Es importante mencionar también, la influencia que ha tenido el desarrollo del conocimiento y de las posturas científicas en relación a las diversas creencias y prácticas sexuales. Entre los avances científicos que contribuyen al desarrollo de la sexología, se encuentra el Psicoanálisis y la Criminología (Palma, comunicación personal, 2001).

Arnal (2002, 2) señala que el concepto “Sexo” viene del latín *sexus*, y era utilizado exclusivamente para denominar al sexo femenino e incluso para denominar a la mujer. Su uso se generaliza junto a términos como vagina, vulva, pene, a partir del siglo XVIII, como parte de la terminología médica. Por tanto esta palabra, sólo a partir de entonces, empezó a llenarse de contenido. La definición formal de “sexo” hace referencia a la división de los seres orgánicos identificados como macho y hembra y a las características que los distinguen. Posteriormente, este concepto adquiere una diversidad de connotaciones.

El estudio de la sexualidad o Sexología surge en el siglo XIX dentro del campo de la medicina y con importantes aportes de la filosofía. Relevante es la publicación de los libros de Heinrich Kaan (1844) y Richard von Krafft-Ebing (1882) ambos titulados “*Psychopathia Sexualis*”, aunque la obra del segundo autor tiene mayor importancia dentro del desarrollo de esta disciplina.

En el siglo XIX impera la tradición *Esencialista* de la sexualidad. La sexualidad pasa a ser un tema de reflexión y adquiere un status ontológico, es decir, se constituye como parte del ser, de la “verdad del ser” (Foucault, 1982 citado en Weeks, 1998), existiendo una búsqueda de la “verdad” de la sexualidad.

“Sexualidad” es un término que aparece en el siglo XIX y existía en la jerga técnica de la biología y zoología en 1800, pero fue sólo hacia el final del siglo que fue utilizada con un significado que se acerca más al actual y que aparece en el *Oxford English Dictionary*: “la cualidad de ser sexuado o tener sexo”.

A partir de esta definición, se publica un libro en 1889, cuya temática se centraba en responder a la pregunta ¿por qué las mujeres están expuestas a enfermedades de las que el hombre está exento? y cuya respuesta era “sexualidad femenina”. Esta tesis se orientaba originalmente a mantener refrenada la sexualidad femenina, ya que ésta emergía como un problema que necesitaba soluciones y que la sociedad de la época no estaba dispuesta a dar. Las mujeres que anhelaban el placer

sexual eran consideradas “innaturales”, incluso un especialista médico de la época opina que la excitación sexual es una condición habitual del hombre y una excepción en el caso de la mujer (Giddens, 1998).

A partir de lo anterior, se puede deducir fácilmente que han existido profundas transformaciones, a través de la historia, en la concepción acerca de la sexualidad humana, tanto de la femenina como de la masculina; al menos la consideración contemporánea de ella está bastante lejos de considerar a la mujer como “carente” de excitación sexual y al hombre como portador “exclusivo” de ésta. Se ha producido un cambio de perspectiva en torno al tema de la sexualidad, ya que, si bien la biología fue la primera en interesarse y estudiar el tema, además de jugar un papel esencial en la naturaleza de la sexualidad, ésta no es el origen único ni la causa última de sus características. Es por esto que desde hace bastante tiempo la sexualidad humana ha sido estudiada desde diversas áreas, entre las cuales se encuentra la psicología.

La primera etapa del desarrollo de la ciencia sexual es la primera sexología o “**protosexología**”, en la segunda mitad del siglo XIX, siendo la base de la sexología actual. Publicaciones que marcan esta etapa son las mencionadas anteriormente, “*Psychopathia Sexualis*”. Autores importantes son Kaan, Krafft-Ebing, Lindner, Moll, Moebius, Ellis, Bloch, Hirschfield y Freud. Este período se centra en la búsqueda de la naturaleza humana, que es concebida como única y universal.

El enfoque imperante acerca de la sexualidad era el *Biomédico*, éste planteaba la articulación de tres elementos: sexo, individuo y cultura. Dicho enfoque sostenía que la sexualidad debía ser concebida como una “energía” proveniente de la naturaleza, ubicada en el individuo y que, mediante un principio de coacción ejercido por la cultura, era reprimida, produciéndose un conflicto o colisión en el individuo, es decir, éste se encontraba en constante conflicto con la cultura, la que impedía su propia actualización (conflicto individuo-cultura). A esta “energía”, con el advenimiento del psicoanálisis más mecanicista, posteriormente se la ubica en la psiquis y se la llamó “pulsión” o “instinto”. En este sentido, la cultura cumplía una

función “canalizadora” de la pulsión. Esta perspectiva trajo como resultado el llamado “triunfo de la heterosexualidad” como norma natural de conducta, aunque fue principalmente de la heterosexualidad masculina (Palma, 2002).

La sexualidad, durante este período, es investigada periféricamente, girando en torno a lo que se desviaba del modelo de “normalidad” planteado. Se estudiaba la psicopatología, es decir, lo que se desviaba de la naturaleza sexual ya “descubierta”, de lo “normal”. Además había un imperativo de orden social, al ir desplazando el concepto de “pecado” por el de “enfermedad”, gracias a los avances científicos. Surge el interés por construir una clasificación o nosografía de la psicopatología, de lo que era normal o anormal, existiendo un interés práctico que apuntaba a determinar quién iba a la cárcel y quién al manicomio. Se llega a la conclusión de que habría una población psicopatológica y se construyen categorías como inversión o perversión. La sexología durante este período se caracteriza por su interés en las enfermedades venéreas y, como se mencionó anteriormente, en la psicopatología de la sexualidad (las grandes “aberraciones” y sus relaciones con la “depravación”) y en la eugenesia¹ (Palma, comunicación personal, 2001).

No se puede dejar de mencionar la importancia que tuvo la obra de Sigmund Freud (1856-1939), médico vienés y fundador del Psicoanálisis, en el inicio de un cambio en la concepción de la sexualidad. Freud demuestra la trascendencia que la sexualidad tiene para los individuos. Plantea que habría una energía, que mueve todas las actividades del hombre, que llamó “libido”. Afirma que la mayoría de las fobias y miedos provienen de las frustraciones sexuales, con esto logra escandalizar a la sociedad vienesa de la época. Freud establece la existencia de la sexualidad infantil, siendo relevante el denominado Complejo de Edipo, mediante el cual, desde la primera infancia, alrededor de los dos años, el niño toma como objeto amoroso al padre del sexo contrario. Se podría decir que con Freud se inicia el modernismo sexual (Vera-Gamboa, 1998).

¹ Aplicación de las leyes biológicas que contribuyen al perfeccionamiento de la especie humana.

El autor, amplía el significado de la sexualidad y plantea una nueva definición de lo sexual, reforzando el antes mencionado triunfo de la heterosexualidad, es decir, enfatiza el carácter normal de ésta, ofreciendo un modelo de sexualidad a seguir, un esquema de lo que es “normal” en el desarrollo de la sexualidad. Por lo tanto, establece un modelo de sexualidad enferma o anormal que se desviaría de este esquema normal de desarrollo; es más, es él quien plantea el término “invertidos” para nombrar a los homosexuales (Palma, 2002).

En este sentido, los fundadores o precursores de la sexología construyen un modelo unitario de sexualidad. Por un lado, ofrecen una norma de comportamiento heterosexual, procreativa y mayormente masculina, en que la sexualidad femenina es algo más bien secundario y, por otro lado, se patologiza cada vez más, catalogando de diversas maneras las expresiones sexuales que se alejan del modelo propuesto, como perversiones, desviaciones, parafilias, etc.

Contemporáneo a Freud encontramos a Havellock Ellis (1859-1939), médico inglés, que publica una obra llamada “Psychology of Sex”, teniendo como premisa que el hombre es lo que su sexo es. “Enfatiza el sexo como un instinto humano natural, acepta la masturbación y considera la sexualidad femenina” (Piola, 1994, p.17).

Vera-Gamboa (1998) menciona que hubo mujeres que contribuyeron de manera importante a la revolución sexual. Por ejemplo, encontramos a Marie Stopes (1880-1958) quien, a raíz de sus propios problemas sexuales, postula que el sexo debe ser disfrutado libremente y sin temores. Publica un manual para ayudar a las parejas a desprenderse de las inhibiciones y represiones.

Margaret Sanger inicia el movimiento de control de la natalidad en Estados Unidos y, entre 1922 y 1927, publica diversos artículos sobre la sexualidad femenina.

En 1939 se publica la obra “El eunuco femenino” de Geramine Greer, que se convertiría en estandarte del feminismo. En su obra ataca principalmente los estereotipos rígidos acerca del hombre “activo” y la mujer “pasiva”.

Puede distinguirse una segunda etapa en el desarrollo de la sexología, llamada segunda sexología o “sexología científica”. Su origen se encuentra entre 1922 y 1948, con Reich y Kinsey. La sexología define como su problema central el orgasmo², dejando de lado la llamada “perisexualidad”, es decir, todo lo relacionado a la contracepción, embarazo, aborto y enfermedades de transmisión sexual.

Con la publicación de “La función del orgasmo” de Wilhelm Reich en 1922, se produce una inflexión, apartándose del modelo imperante. Reich propone principalmente que la “liberación” de la energía (no la represión) puede ser positiva para la sociedad, invirtiendo la matriz biomédica (Palma, 2002). Esto permite la apertura a la sexualidad de las personas “comunes” y pone al descubierto lo que él denomina “la verdadera naturaleza del poder del orgasmo”. Reich tiene la importancia de haber desplazado el foco de interés desde lo psicopatológico a lo sano.

En los años 20, en Estados Unidos, aparece el concepto de “Rol”, éste es introducido por George Mead y los sociólogos de la Universidad de Chicago en las ciencias sociales. Según Katchadourian (1983) el concepto de *rol* viene del latín *rotula* y tiene su origen en el teatro. Este era un pequeño rollo de madera alrededor del cual se “enrollaba” el papiro con el libreto para los actores y así el actor sabría cuál era el rol que tendría que desempeñar en la obra. Este concepto logra unir el comportamiento individual con la organización social. En este sentido, el rol es un tipo de expectativa social, define el tipo de comportamiento que espera la sociedad de un individuo que ocupa una determinada posición o, en este caso, de género. Este tipo de rol se llama “rol genérico”, es decir, lo que la sociedad espera de un individuo que pertenece al género masculino o al femenino.

² Etimológicamente significa “hervir de ardor” (Rosenzvaig, 1997).

Money y Ehrhardt (1972 citado en Katchadourian, 1983) introducen el concepto de “rol genérico” definiéndolo como:

Todo lo que una persona dice o hace para comunicar a los demás o a sí misma el grado en el que es hombre, o mujer, o bien ambivalente; incluye la excitación sexual y la respuesta, pero no se restringe a esos elementos; el rol genérico es la expresión pública de la identidad genérica, y la identidad genérica es la experiencia privada del rol genérico. (p.39)

Por otra parte, resulta importante mencionar el término *estereotipo* para distinguirlo de rol genérico. Comúnmente, “los estereotipos son expectativas fijadas de antemano sobre las características y los comportamientos supuestamente manifestados por los miembros de una clase dada. Son presupuestos que pueden ser verdaderos para algunos, pero no para todos” (Katchadourian, 1983, p.41).

Alfred Kinsey, zoólogo, quien se interesa por el estudio del comportamiento sexual humano, publica en 1948, “La conducta sexual del hombre” y, en 1953, “La conducta sexual de la mujer”. Estas obras generaron una fuerte reacción en Estados Unidos, permitiendo develar mitos y tabúes acerca de la sexualidad. Realiza una monumental recopilación de estadísticas, que reflejan los modelos de conducta sexual en este país, desde 1938 a 1952, entrevistando a más de 18.000 personas. Elabora una escala de 7 grados (0-6) entre heterosexualidad y homosexualidad, con el fin de ordenar la variabilidad de los comportamientos sexuales. Logró demostrar que no había sólo heterosexuales e “invertidos”, surgiendo así la idea de que las personas varían unas a otras y que no hay una sola sexualidad, concluyendo que lo “normal” era bastante más amplio de lo que se creía. El autor plantea que el sexo es una función biológica normal, aceptable en cualquier forma en que aparezca. Encontramos aquí una noción primitiva del concepto actual de “diversidad” (Palma, 2002).

Entre algunos de los hallazgos publicados en los informes antes mencionados encontramos (Vera-Gamboa, 1998):

- Las prácticas homosexuales con orgasmo desde la adolescencia hasta la vejez estuvieron presentes en el 37% de los hombres y en el 28% de las mujeres.
- Cerca del 20% de los hombres casados entre los 30 y los 35 años tenían relaciones extramatrimoniales con trabajadoras sexuales y esta cifra aumentaba a medida que aumentaba la edad.
- Más del 60% de las mujeres habían realizado prácticas masturbatorias.

La obra de Kinsey abre las puertas, hasta entonces cerradas, para la investigación de la respuesta sexual humana. En este sentido, Masters y Johnson (1967) señalan:

Pero el trabajo de Kinsey es de investigación sociológica, y ni interpreta la respuesta fisiológica y psicológica a la estimulación sexual. Los fundamentos de la conducta sexual humana no pueden ser establecidos mientras no se contesten dos preguntas esenciales: ¿Qué reacción física se desarrolla cuando el hombre y la mujer responden a una estimulación sexual efectiva? ¿De qué manera se comportan frente a la estimulación sexual efectiva? Para que la inadecuación sexual pueda ser bien tratada deben ser solucionados los problemas que plantean estas dos preguntas básicas. (p. 4)

Sin embargo, la sexología, hasta este momento, no ha logrado escapar de lo que Weeks llama la “falacia naturalista”, ya que el enfoque esencialista de la sexualidad sigue presente. Se le critica que es un método reduccionista, pues limita la complejidad del mundo a una sencillez imaginada de sus unidades constitutivas, siendo además determinista en el sentido que intenta explicar a los sujetos como resultado automático de propulsiones internas, genéticas, instintivas, hormonales o

inconscientes (Weeks, 1998). Si bien Reich cambia el modelo biomédico al postular que la sexualidad debe ser “liberada”, se la sigue considerando como parte de la “naturaleza” y a la ciencia sexual como la mejor forma de descubrirla.

Hasta este momento, la respuesta sexual humana fue considerada desde una perspectiva monista, es decir, como un solo suceso que iba desde la “concupiscencia”, pasaba por la excitación, y terminaba con el orgasmo. Asimismo, las disfunciones sexuales eran consideradas como una única entidad clínica, es decir, las categorías utilizadas eran “impotencia” y “frigidez” y, por lo tanto, el tratamiento era indiferenciado, a un mismo diagnóstico correspondía un mismo tratamiento, de carácter empírico (Palma, 2002).

El desarrollo de la sexología moderna está fuertemente marcado por las investigaciones, realizadas en la década de los ‘60, por los médicos William H. Masters y Virginia E. Johnson. Ambos se dedican a estudiar en laboratorio la respuesta sexual humana en individuos con y sin problemas sexuales. Parten de la premisa que para conocer la sexualidad se debía conocer su anatomía y fisiología (Vera-Gamboa, 1998). Al respecto Masters y Johnson (1967) señalan:

Si los problemas del complejo campo del comportamiento sexual humano deben atacarse con éxito, el concepto de las teorías psicológicas y sociológicas deben reforzar al mismo tiempo el hecho fisiológico. Sin el adecuado sostén de la fisiología sexual básica, la mayor parte de la teoría psicológica continuará siendo una teoría, así como la mayor parte del concepto sociológico seguirá siendo un concepto. (prefacio)

Masters y Johnson publican en 1966 “Respuesta Sexual Humana” con los resultados de sus estudios. Aparece aquí la “curva de respuesta sexual” y se destaca el hecho que tanto hombres como mujeres tienen la misma capacidad de respuesta sexual y que el deseo sexual no desaparece con la menstruación, embarazo o

menopausia; además no dejan de señalar los efectos benéficos de la masturbación y, en contraposición a Freud, que planteaba la existencia de dos tipos diferentes de orgasmo, uno clitoridiano y otro vaginal, ellos plantean que existe un sólo tipo de orgasmo femenino (Vera-Gamboa, 1998).

Plantean un modelo “Bifásico” de respuesta sexual humana, es decir, la respuesta sexual se daría en dos fases, Excitación y Orgasmo, que a su vez se subdividen en excitación y meseta, y en el caso de la segunda fase, en orgasmo y resolución.

Tratando de alejarse de la noción de psicopatología, definen el concepto de “Disfunción”. Además de su aporte teórico, proponen un modelo terapéutico de intervención, en el cual se abarca una amplia variedad de disfunciones sexuales posibles de tratar. En cuanto a los mitos existentes hasta ese momento, sus investigaciones permitieron remover algunos de ellos, especialmente en el caso de la mujer, ya que, por un lado, prueban la existencia del clítoris y su función puramente excitatoria, y por otro, incluyen el orgasmo en el ciclo de respuesta sexual femenina. Este es definido por Masters y Johnson (1967) como:

Entidad sicofisiológica de gran contenido sicosocial. Desde el punto de vista fisiológico, constituye un breve proceso de liberación física del aumento del flujo sanguíneo y de la miotonía, que se producen como respuesta al estímulo sexual. Desde el punto de vista psicológico se trata de la percepción subjetiva del pico de reacción física al estímulo sexual.
(p.115)

Prueban, además, que los ritmos sexuales entre los hombres y las mujeres no difieren. Sin embargo, no se debe dejar de mencionar que en este período se llega al extremo de considerar al orgasmo como criterio normativo de la sexualidad humana (Palma, 2002).

Helen Singer Kaplan, psiquiatra, trabaja en el campo de la sexualidad desde los años 60. Kaplan complejiza el modelo de respuesta sexual elaborado por Masters y Johnson, planteando un modelo “Trifásico” de respuesta sexual humana. La autora plantea que debe haber una fase de predisposición del sujeto para llevar a cabo el acto sexual, esto es, habría una fase de “deseo”, que no tendría correlato fisiológico genital, y que se produciría antes de las fases de excitación y orgasmo planteadas por Masters y Johnson. Es decir, la respuesta sexual humana estaría conformada por tres fases. A partir de su experiencia clínica y de sus investigaciones en torno a los fracasos terapéuticos, Kaplan propone la existencia de esta tercera fase, la fase del deseo sexual, cuyo desconocimiento habría sido el origen de los fracasos terapéuticos investigados, los cuales serían explicados desde la ausencia de métodos terapéuticos específicos para el tratamiento de los trastornos de la fase del deseo sexual.

Otro aporte importante de Helen Kaplan es la integración de las concepciones psicoanalíticas y conductuales a la terapia sexual, que se manifiestan en las consideraciones etiológicas, en los métodos y técnicas de tratamiento.

En este contexto la sexología, según Béjin, tiende a ser simplemente una “orgasmología”, y las terapias de la sexualidad “orgasmoterapias”. La misión de los sexólogos sería la eliminación de las perturbaciones, poniendo de manifiesto un impresionante celo terapéutico, diferenciándose de los protosexólogos, del siglo pasado, y de los psicoanalistas actuales. Los sexólogos actualmente se encuentran con la ventaja proveniente de una *doble legitimación* de su posición, derivada de su *éxito terapéutico* y de la referencia a un *corpus de enunciados científicos experimentales* (Béjin, 1987).

En la década de los 70, surge una fuerte crítica a las nociones imperantes de sexualidad y a las estrategias de psicopatologización. La crítica a la sexología proviene del feminismo, con la reflexión acerca del patriarcado y la categoría de género, desde movimientos sociales y culturales críticos (‘60), por la reivindicación

de sectores discriminados (homosexuales, trabajadores, minorías raciales), y desde las Ciencias Sociales, fundamentalmente con la Antropología y los aportes de Margaret Mead (1901-1978). Es también importante mencionar la crisis metodológica del enfoque biomédico frente al VIH / SIDA.

Esta crítica lleva al debate de tres conceptos:

- **Poder:** Ya que la definición de lo sexual no surgiría del campo de la naturaleza, sino del campo del poder. El ordenamiento de la sociedad estaría sujeto a las relaciones de poder.
- **Elección:** Se afirma el derecho a la elección en materias de orientación sexual (este concepto ya no se utiliza actualmente).
- **Diversidad:** Ya que no hay una sexualidad única. Como fenómeno cultural, que influye en la ciencia se encuentra la caída del concepto de “perversión”.

Un momento clave del proceso es cuando se socializa la reproducción, se separa reproducción de acto sexual, primero por el surgimiento de los anticonceptivos y, segundo por los actos tecnológicos reproductivos. Con esta desvinculación entre reproducción y acto sexual se descentra la sexualidad de la heterosexualidad como modelo imperante (Palma, 2002). Al respecto Giddens (1998) menciona:

La sexualidad surgió como una parte de una diferenciación progresiva del sexo, respecto de las exigencias de la reproducción. Con la elaboración ulterior de las tecnologías reproductivas, esta diferenciación se ha hecho completa. Hoy esta concepción puede ser artificialmente producida, en lugar de ser artificialmente inhibida. La sexualidad es al fin plenamente autónoma. La reproducción se puede realizar en ausencia de actividad sexual. Se trata de una “liberación” final por la sexualidad, que a partir de ahora puede convertirse

plenamente en una cualidad de los individuos y de sus transacciones con los demás. (p.35)

Como se mencionó anteriormente, los estudios de género tienen dos fuentes epistemológicas, las ciencias humanas y el feminismo. El concepto “género” es utilizado en las Ciencias Sociales desde finales de los ‘60, como resultado de la convergencia de dos circunstancias favorables para su instauración teórica. La primera es el avance de la segunda ola de pensamiento feminista y, la segunda, la penetración del concepto en diversos ámbitos académicos, especialmente en Estados Unidos y Europa. Simplificando, se puede decir que sexo es un hecho biológico y género un hecho social (Gomáriz, 1992). En este período el concepto es propuesto desde la psicología con el objetivo de diferenciar el sexo anatómico de las repercusiones psíquicas y sociales. El género es concebido como una construcción cultural, social y subjetiva que se realizaría a partir del “hecho biológico” que es el sexo (Cabrera y Parrini, 1999).

Aparece como una coincidencia de los trabajos teóricos y analíticos la necesidad de perfilar el concepto de género y, aunque no hay acuerdo definitivo sobre este concepto, se concuerda en la necesidad de diferenciar sexo y género (Katchadourian, 1983).

El concepto de *género*, viene del latín *genus*, y significa nacimiento u origen. Es un término de gramática que representa una subclasificación de ciertas palabras como masculinas, femeninas o neutras (Katchadourian, 1983).

Este término comienza a circular cuando, en 1955, John Money propone el término “rol genérico” al que se hizo referencia con anterioridad (Gomáriz, 1992). Sin embargo, fue Robert Stoller quien diferenció conceptualmente sexo y género. El concepto de género alude al dominio puramente psicológico de la sexualidad, define lo masculino y femenino, designando los sentimientos, papeles, actitudes y tendencias correspondientes a cada categoría. “El género y el sexo son, pues, dos partes de la

sexualidad, lo cual no se reduce a esos dos aspectos. El género es un carácter sexual psíquico que prima sobre el sexo como lo psíquico sobre lo biológico” (Faure-Oppenheimer, 1986, p.8).

La idea general es que sexo se refiere al hecho biológico que la especie humana es una de las que se reproducen a través de la diferenciación sexual, y el género tiene relación con los significados que le atribuye cada sociedad a tal hecho (Gomáriz, 1992).

Actualmente, gracias al desarrollo de la ciencia, sabemos que el “sexo” es más que la diferencia externa y visible entre el hombre y la mujer. L. Kreisler (1970 citado en Faure-Oppenheimer, 1986) elabora un cuadro de las “determinaciones del sexo” entre las que encontramos: sexo genético; gonádico; morfológico, dentro del cual están el sexo genital interno y los caracteres sexuales secundarios; sexo genital externo; y de estado civil.

Habría dos categorías generales en las que se podría separar la definición de “sexo” (Katchadourian, 1983). La primera, que sería una categoría descriptiva, hace referencia a la diferencia física y constitutiva del hombre y de la mujer, del macho y de la hembra. El “sexo”, según Mege (1982), obedecería a factores biogénéticos, es decir, estaría determinado por procesos estrictamente biológicos, quedando subordinado a la dinámica y a los cambios que se producen en su propia estructura genética. Es decir, el concepto “sexo” nos remite a lo estructural, anatómico y fisiológico que diferencia al macho de la hembra y viceversa.

La segunda categoría, que sería adjetival, es aquella en la que “sexo” se refiere al comportamiento erótico o sexual (Katchadourian utiliza ambos términos indistintamente). Con esto el autor hace referencia a lo que la gente “hace” sexualmente. Ambas nociones están muy relacionadas. “En ambas categorías, en las que “sexo” se emplea tanto en forma descriptiva como adjetival, el nivel de precisión

con que la palabra designa una entidad varía enormemente” (Katchadourian, 1983. p.19).

Entonces, se podría establecer que el sexo y el género son dos dimensiones que se diferencian por lo que las determina; el sexo es innato, el género es adquirido (Faure-Oppenheimer, 1986).

El sistema de género es específico según la ideología imperante en cada cultura. Cada sociedad, mediante el proceso de socialización, define “cómo ser hombre y cómo ser mujer” (Ramos, 1991 citado en Bojanic, 1998, p.39). Las sociedades se organizan genéricamente, es decir, asignando jerarquía, valores, status y poder a las personas según el género al que pertenecen, en definitiva, según el sexo con el que nacen, “es un sistema de clasificación social sustentado en las diferencias corporales” (Ramos, 1991 citado en Bojanic, 1998, p.40).

Teresita de Barbieri postula que “(...) los sistemas de género son los conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anátomo – fisiológica y que dan sentido, en general, a las relaciones entre personas sexuadas” (De Barbieri, 1992, p.114).

Fuller (1997) propone que el género:

Está constituido por el conjunto de saberes que adjudica significados a las diferencias corporales asociadas a los órganos sexuales y a los roles reproductivos. Esta simbolización cultural de las diferencias anatómicas toma forma en un conjunto de prácticas, discursos y representaciones sociales que definen la conducta y la subjetividad de las personas en función de su sexo (p.18)

Ambas, conducta y subjetividad en función del sexo, nos remiten al concepto de “roles sociales”, al que se hace referencia con anterioridad.

Lamas (1993) postula que las diferencias corporales entre hombres y mujeres sustentan las diferencias sexuales. La confrontación de las diferencias corporales, que se produce durante los primeros años del ciclo vital, incide de manera directa en la estructuración psíquica de una persona, siendo el género la representación simbólica de éstas.

Un concepto a la base de la comprensión de nociones tales como género y sexualidad es el de “Identidad”. Este se hace popular con los trabajos de Eric Erickson. Según Erickson (1972), “la identidad es el sentimiento subjetivo y tónico de la unidad personal y de una continuidad temporal” (citado en Mauro, 2001, p.7). Plantea que la adquisición de la identidad es un proceso complejo en el que se lleva a cabo una relación positiva de inclusión, parecernos a unos, *identificación*, y una relación negativa de exclusión, es decir, ser diferentes a otros, *diferenciación*.

Identidad viene del latín *idem*, “(...) y las definiciones del diccionario refieren a la persistencia de una individualidad y a la mismidad inalterable de una persona o cosa a través del tiempo y en diferentes circunstancias” (Katchadourian, 1983, p.21).

Hay una consolidación importante de la identidad durante la adolescencia, sin embargo, esto no significa que la identidad no se siga desarrollando en otras etapas de la vida. Componentes centrales son la autocatalogación y la catalogación que los demás hacen de nosotros, de importancia especial para la identidad sexual (Katchadourian, 1983).

Fuller propone que existen distintas corrientes que intentan formular y explicar la identidad de los seres humanos, clasificándolas en:

- Biologicistas; la identidad es entendida como el despliegue de un programa genético preestablecido, mediante un proceso evolutivo y que determina las características que son necesarias y como se presentan. Esto sería posible mediante un proceso adaptativo sociobiológico que permite la sobrevivencia.
- Culturalistas; suponen una unión entre cultura e identidad que tendría como resultado una identidad permanente. Esta surgiría en la primera infancia permitiendo al individuo una integración más lograda o menos lograda a su grupo social.

Finalmente, Fuller (1996 citado en Cabrera y Parrini, 1999) propone la corriente Constructivista, señalando que ésta:

Remarca la contingencia cultural de la identidad y la historicidad de la subjetividad, así como lo provisional e imaginario de dicha construcción. La identidad (...) insiste en la reformulación permanente de sus contenidos y expresiones, acicateado por el deseo y el cuerpo. No hay identidades esenciales permanentes sino que narrativas inmanentes y posicionales. (p.33)

Para Fuller la identidad tendría un rol estructurador, es decir, además de dar coherencia a la existencia del sujeto, “establece un puente entre la experiencia individual y la vida social” (Fuller, 1997, p.17). La identidad no es un constructo permanente e inalterable, sino más bien “una construcción histórica que cada persona va reajustando a lo largo de las diferentes etapas de su vida y de acuerdo al contexto en el que actúa” (Fuller, 1997, p.17).

La construcción de la identidad puede ser comprendida como un proceso mediante el cual el sujeto comprueba que es igual a sí mismo y, a la vez, diferente de los otros (Mauro, 2001).

P. Pharo postula que la identidad puede definirse de un modo más amplio como “(...) el sistema unitario y coherente de *representaciones* de sí elaboradas a lo largo de la vida de las personas a través del cual ellas prueban que son siempre iguales a sí mismas, a la vez que distintas a las otras personas, y dignas por ello de ser reconocidas en su particularidad” (Pharo citado en Mauro, 2001, p.8).

Junto a la noción de identidad, aparece consecuentemente el concepto “Identidad Genérica”, en torno al cual aún no existe un consenso en cuanto a su definición.

Stoller³, en 1964, da origen al término *identidad del núcleo génico* o *identidad genérica* y lo usa públicamente por primera vez en una monografía presentada al XXIII Congreso Internacional Psicoanalítico en 1963 (Katchadourian,1983).

“La identidad del núcleo genérico es el sentido de varonidad o el sentido de hembridad (...) un estado psicológico, una parte de la identidad: no es estrictamente sinónimo de la pertenencia a un sexo determinado, sino más bien de la convicción de que uno pertenece a un sexo” (Katchadourian, 1983, p.33).

Por tanto, para Stoller la distinción entre *sexo*, *género*, y *núcleo de la identidad de género*, se hacía imprescindible. *Sexo* es el estado de varón o hembra, nos remite a la biología. *Género* tiene connotaciones psicológicas y culturales, la *identidad de género* empieza con la percepción de pertenencia a un sexo y no al otro. El *núcleo de la identidad de género* es la convicción de que la propia asignación del sexo ha sido correcta.

La identidad genérica entonces, “sería la autopercepción que cada uno tiene sobre su “individualidad como macho, hembra o ambivalente”.” (Katchadourian, 1983, p.32).

³ Psicoanalista y especialista en transexualidad.

Richard Green (1974 citado en Katchadourian, 1983) define identidad genérica como un aspecto fundamental de la personalidad que tendría tres componentes: la convicción básica del individuo de ser macho o hembra; el comportamiento del individuo que aparece asociado en la cultura con los hombres y mujeres (masculinidad y femineidad); y la preferencia del individuo para hacer pareja.

En contraposición a lo anterior, Faure-Oppenheimer (1986) propone que la identidad de género es la convicción de ser hombre o mujer, es un sentimiento precoz y esencial. Esta convicción de ser niño o niña está vinculado al sexo de asignación y no al sexo biológico. El conocimiento del sexo hace referencia a la realidad anatómica, en cambio la pertenencia al género supone la creencia de ser hombre o mujer, ambos aspectos que pueden no ser equivalentes.

“Entonces la repetición continua y sin conflicto de esa asignación por parte de los padres, luego por el resto del mundo, refuerza en el niño la impresión creciente de pertenecer a ese sexo” (Stoller, 1975 citado en Faure- Oppenheimer, 1986, p.66).

La anatomía, punto de partida de la identidad de género, hace posible la asignación del sexo, sin embargo, la actitud de los padres, que no tratan del mismo modo a un niño que a una niña, es determinante. Desde un inicio el niño/a es asumido en la diferencia de los géneros. La madre, por medio de su actitud, transmite mensajes a su hijo, de acuerdo a su género. A partir de esto, el niño aprende un comportamiento de género, correspondiente al sexo de asignación, esta identidad es reforzada progresivamente mediante la imagen corporal (Faure-Oppenheimer, 1986).

Lamas hace referencia a los procesos culturales que naturalizan la heterosexualidad, haciendo coincidir a esta última con la identidad de género. El autor argumenta que la “ley social refleja la lógica del género y constituye los valores e ideas a partir de -una- oposición binaria (...), excluyendo o incluyendo en su lógica simbólica ciertas conductas o sentimientos” (Lamas, 1996, p.348).

Las posiciones subjetivas resultantes de la intersección entre identidad de género y orientación sexual pueden generar cuatro posibilidades identitarias- mujer homosexual, mujer heterosexual, hombre homosexual y hombre heterosexual- “solo están simbolizados dos: mujer y hombre heterosexuales” (Ibidem).

Fuller (1997) sostiene que la constitución del género tendría como requerimiento:

Una identificación con el fantasma normativo del sexo, es decir, el ingreso dentro de un orden simbólico que prescribe que los sexos / géneros son polares, discretos y heterosexuales (...) De este modo, restringe simbólicamente (discursivamente) el espectro de la sexualidad humana, enviando al lindero de lo “antinatural” las formas de identificación sexual no vinculadas con la reproductiva. (p.19)

Comúnmente se han utilizado los conceptos de Identidad genérica e Identidad sexual de manera indistinta, sin embargo, existen autores que plantean la necesidad de establecer definiciones precisas y distintivas de dichos conceptos. En este sentido, Katchadourian, (1983) propone que:

Quizá la identidad sexual deba incluir todo lo que es sexual en una persona: funciones fisiológicas, tipo e intensidad de los comportamientos sexuales, la propia percepción como ser sexual, y la que otros tiene de uno, y todo lo demás que tenga que ver con el hecho de ser hombre o mujer. (p.22)

En Freud, la identidad sexual está incluida en su teoría global sobre sexualidad. Si bien no se preocupa específicamente de este concepto, sí lo hace sobre los conceptos de masculinidad y femineidad. Aquí es esencial el concepto de bisexualidad, según el cual se encuentran elementos masculinos y femeninos en todos

los individuos, aunque en distintas proporciones. Para Freud ésta era parte de la “base” biológica que subyace a las funciones psicológicas.

La identidad sexual puede incluir otras cosas. “Ante todo, es una “convicción básica”, lo cual puede significar que se trata de la continuidad de una autopercepción. Pero Green también le atribuye una liga cultural con el *comportamiento* y la *preferencia en la orientación sexual*” (Katchadourian, 1983, p.32).

Para estudiar la identidad sexual, han sido importantes los desequilibrios de la identidad genérica porque evidencian la posibilidad de una discrepancia entre sexo biológico y autopercepción de ser hombre o mujer. Aquí habrían dos categorías, la primera el hermafroditismo o intersexualidad, en la que hay una falla en la diferenciación sexual anatómica, y la segunda, que serían los transexuales o de identidad genérica invertida, que son normales biológicamente, pero la identidad genérica no es congruente al sexo biológico (Katchadourian, 1983).

La identidad sería asumida eróticamente en relación directa a su base sexual, es decir, el sexo es el elemento base, la información inicial a partir de la cual se desarrolla la dinámica del proceso de identidad sexual, y el resultado de este proceso es una *categorización diferencial de los sexos*, cuyas categorías centrales son *masculino* y *femenino*, que una vez establecidas, obligan al sujeto a asumir su propia identidad sexual (Mege, 1982).

El cuerpo aparece como elemento de significación de la identidad sexual, que se expresaría a través de la corporalidad, entendiendo ésta como la experiencia personal en relación al propio cuerpo. Además es un elemento de comunicación, ya que puede utilizarse como medio para transmitir mensajes reconocidos por la cultura, y posee la categorización inicial de las identidades sexuales (como se mencionó anteriormente, ésta “categorización diferencial de los sexos” se inicia desde una base biogenética, fisiológica).

El cuerpo se hace significativo para cada categoría de la identidad sexual, es signo y símbolo para cada persona desde las primeras etapas de la vida. La identidad se crea y se recrea en un acto de comunicación, especialmente el elemento erótico de dicha identidad ya que “(...) sin el “otro”, no hay erotismo porque no hay espejo” (Paz, 1971, p.337).

Frente a la ambigüedad teórica en la diferenciación de los conceptos identidad sexual y genérica, en la presente investigación se utilizará el concepto “identidad genérica” para hacer referencia a la convicción del sujeto de pertenecer a un determinado sexo; al comportamiento del individuo asociado culturalmente a su género, es decir, rol genérico; y la orientación sexual.

Continuando con la evolución histórica, puede decirse que la “revolución sexual” de los pasados 30 o 40 años implica dos elementos básicos, por un lado, es una revolución en la autonomía sexual femenina, y por otro, se produce un florecimiento de la homosexualidad, masculina y femenina. Los homosexuales han establecido una nueva base sexual que sobrepasa lo más ortodoxo desde el punto de vista sexual.

El desarrollo que lleva de la antigua a la nueva sexología, se caracteriza por la interacción de tres procesos: la delimitación del espacio de competencia y la extensión correlativa de la clientela potencial, la modificación del modo de producción del saber sexológico y, por último, el paso de un control eminentemente represivo a un control fundamentalmente pedagógico (Bejín, 1987).

Posterior al proceso de crítica de los ‘70 se instala definitivamente la tradición *Constructivista* de la sexualidad. Cambia el enfoque biomédico por uno de construcción social, planteándose que la relación entre los elementos antes mencionados, sexo-individuo-cultura, se da en el sentido que es la cultura la que opera como principio de producción (ya no de coacción) de la sexualidad. Desde este enfoque se resalta la importancia de la “significación” para la construcción de la

sexualidad, es decir, la sociedad construye significados sobre todos los fenómenos acerca de la sexualidad. La sexualidad sería histórica y social, un fenómeno plural y diverso, organizado socialmente en el que los sujetos estarían relacionados en torno al poder.

El decir que la sexualidad es un fenómeno *histórico y social* implica que es un fenómeno cambiante, modificable. Cada tiempo histórico y cada sociedad en particular configura un conjunto de “saberes” vinculados a la pregunta sobre el sentido de la sexualidad, es decir, conforma una subjetividad, un ordenamiento del deseo en las personas, y unas normas que le son particulares a ese tiempo y a esa sociedad. “En las Ciencias Sociales el deseo fue concebido, desde la matriz psicoanalítica, como una carencia, es decir, puedo desear sólo eso que me falta” (Palma, 2002). Contraria a esta concepción surge el “antiedipo”, el deseo aquí será concebido como un flujo que se encuentra “a medio camino” entre lo profundo y lo manifiesto, y al conectarse con lo manifiesto se conecta con la cultura.

Al plantear que la sexualidad es un fenómeno *diverso* -concepto que surge en los '70 desde el Feminismo y la Antropología Cultural- se hace referencia a que la sexualidad aparece como un fenómeno plural, con múltiples características y expresiones, sin embargo, “(...) la sociedad con frecuencia confunde diversidad con patología” (Palma, 2002). Junto al concepto de diversidad surge la discusión acerca de los límites que construye la cultura sobre dicha diversidad, en este sentido, las normas o límites sociales establecen lo que los individuos deben sentir y hacer, en este caso, sexualmente. En algunas oportunidades, estas normas llegan a constituirse en verdaderos “tabúes”, es decir, habría algunas normas sociales específicas que al ser transgredidas podrían traer consecuencias destructivas para esa misma sociedad, por lo tanto, es por el significado catastrófico que le da la sociedad a ciertas normas, que se resguarda a sí misma y mantiene el control sobre los individuos.

En cuanto a la *organización social* de la sexualidad podemos mencionar a Foucault. Este autor considera a la sexualidad como una experiencia históricamente

singular constituida por tres ejes: “la formación de los saberes que a ella se refieren, los sistemas de poder que regulan su práctica y las formas según las cuales los individuos pueden y deben reconocerse como sujetos de esa sexualidad” (Foucault, 1998, p.8).

Foucault menciona el concepto de Biopoder y control sobre la reproducción, criticando la idea, que circulaba en el campo científico de la época, de que la sexualidad habría sido reprimida a través de la historia, postulando que toda la proliferación de discursos acerca de la sexualidad eran sólo sistemas de control social, llegando incluso a mencionar que en períodos históricos anteriores hubo más libertad que en la modernidad (Palma, 2002).

Foucault (1979 citado en Weeks, 1998) cuestiona la categoría misma de “sexualidad” al decir que:

La sexualidad no debe pensarse como un tipo de hecho natural que el poder trata de mantener controlado, ni como un dominio oscuro que el conocimiento trata de descubrir gradualmente. Es el nombre que puede darse a un constructo histórico. (p.27)

Al respecto Weeks (1998) señala que:

Para Foucault, la sexualidad era una relación de elementos, una serie de prácticas y actividades que producen significados, un aparato social que tenía una historia, con raíces complejas en el pasado precristiano y cristiano, pero que logra una unidad conceptual moderna, con efectos diversos, sólo en el mundo moderno. (p.27)

Gracias a este enfoque histórico de la sexualidad se abre el campo al análisis y a la evaluación crítica.

Contemporáneo a Foucault surge un sociólogo inglés, Anthony Giddens, que introduce el concepto de “reflexividad institucional” que sería un fenómeno propio de las sociedades modernas. Para Giddens (1998) esta reflexividad:

Es institucional, porque constituye un elemento básico estructurante de la actividad social en las situaciones actuales. Es reflexivo, en el sentido que introduce los términos para describir la vida social, entrar en su rutina y transformarla, no como un proceso mecánico ni necesariamente de forma controlada, sino porque forma parte de los marcos de acción que adoptan los individuos y los grupos. (p.36)

Para el autor los discursos no son sólo control social; en la medida que se elabora un lenguaje para la comprensión de la sexualidad, éste se inserta en la vida social y la reorganiza. En la modernidad, los saberes que se construyen en contextos personales y globales impulsan los cambios que se desarrollan en lo sexual, los que actualmente están asociados a la búsqueda del placer, contribuyendo a acelerar la reflexividad en torno a las prácticas sexuales (Giddens, 1998).

El autor postula que, gracias al desarrollo tecnológico, surge la llamada “sexualidad plástica” y se comienza a sustituir el concepto de perversión por el de diversidad sexual. Esta “sexualidad plástica” tendría un carácter abierto, es decir, estaría incorporada como propiedad potencial de los individuos, sujeta a los estilos de vida, y se vuelve maleable, abierta a una configuración de diversas formas. La sexualidad se ha vuelto un punto de conexión entre el cuerpo, la autoidentidad y las normas sociales (Palma, comunicación personal, 2001).

Por lo tanto, se debe resaltar la idea de que la sexualidad es tanto histórica como biográfica, social y personal, ya que configura una subjetividad y construye una configuración del deseo (Palma, 2002).

Dentro del enfoque Constructivista, es importante mencionar a J. H. Gagnon y W. Simon que inician su trabajo en la década de los '70, sin embargo, cobran vigencia en los '90. Posterior a éstos Jeffrey Weeks, investigador inglés, realiza un importante aporte al desarrollo del enfoque Constructivista de la sexualidad.

Es interesante el aporte de Gagnon y Simon con su perspectiva de los "guiones sexuales". Estos autores tratan de conjugar tres planos: intrapsíquico, interpersonal y cultural. Plantean que la manera en que el cuerpo responde sexualmente, es fruto del aprendizaje social y no de la anatomía y fisiología común a todos los individuos, es decir, la sexualidad sería un fenómeno tan aprendido como cualquier otro (Gagnon y Simon citado en Katchadourian, 1983).

Gagnon y Simon, definen la sexualidad como un proceso de aprendizaje, reconocimiento, negociación e improvisación. En este sentido, el aprendizaje social combinaría el aprendizaje del reconocimiento de la distinción entre lo sexual y lo no sexual en una determinada cultura (en un contexto de relatos no sexuales), junto al aprendizaje del reconocimiento de claves corporales (propias y ajenas) y de la forma de interacción corporal y emocional de los cuerpos. El aprendizaje social, del cual procede la experiencia sexual, opera como una impregnación de relatos que implican secuencias de eventos o de la interiorización de modos de funcionamiento de las instituciones, en él se adquiere no sólo un saber-hacer, sino también una capacidad de percibir estados del cuerpo y reconocer situaciones. Se aprende a partir de narrativas disponibles en la cultura y que no son estrictamente sexuales, pero que finalmente remiten a la sexualidad. Están dirigidos al reconocimiento de lo que es erótico y de lo que no es erótico. Así rompen con el acercamiento naturalista y biologizante a la sexualidad humana (Palma, 2002).

Las prácticas sexuales pueden ser observadas como procesos en los que se involucran diferentes niveles: el individuo, la interacción y la cultura. Aquí aparece el concepto de “Scripts” o “Guión” sexual (inscripciones o condensaciones de representaciones en la conciencia, construido como escenario o relato) definidos como formas organizadas de convenciones mutuamente compartidas, que permiten a dos actores o más participar en actos complejos, implicando relaciones de dependencia mutua (Palma, 2002). Estos guiones operarían en los tres planos o niveles mencionados anteriormente, es decir, en el plano subjetivo de la vida mental, como guión intrapsíquico; en el plano de la organización de las interacciones sociales, como guión interpersonal y en el plano de las prescripciones culturales más generales, como guión o escenario cultural.

En los guiones intrapsíquicos se utilizan elementos de origen diverso (simbólicos, fragmentarios, escenarios culturales, experiencia personal, etc.) y se organizan en esquemas cognitivos estructurados que toman forma de secuencias narrativas, de proyectos, de fantasías sexuales y coordinan así la vida mental y el comportamiento sexual, además de operar en el reconocimiento de situaciones sexuales. En este nivel el sujeto actúa como dramaturgo.

Los guiones interpersonales se componen de secuencias ritualizadas y conocidas de actos que intervienen en el encuentro y en la seducción. Provocan excitación y coordinan la realización práctica de las relaciones sexuales. El sujeto en este nivel es actor de estos guiones.

Los escenarios culturales serían prescripciones colectivas que definen lo posible así como lo prohibido en materia sexual. Suelen ser incluidas en relatos que no tienen necesariamente a la sexualidad por objeto, o en un funcionamiento institucional que no aísla siempre el aspecto sexual. Especifican objetos apropiados, metas y cualidades deseables de las interacciones sexuales, así como también momentos, lugares y las secuencias de gestos y propósitos, sobre todo, especifican

lo que el actor y su(s) pareja(s) supuestamente sentirán. Aquí el sujeto actúa como espectador, crítico y corrector (Palma, 2002).

Weeks (1993) indica que:

Las posibilidades eróticas del animal humano, su capacidad de ternura, intimidad y placer nunca pueden ser expresadas 'espontáneamente', sin transformaciones muy complejas: se organizan en una intrincada red de creencias, conceptos y actividades sociales, en una historia compleja y cambiante. (p.21)

Jeffrey Weeks entiende la sexualidad como una construcción social que "(...) tiene tanto que ver con las palabras, las imágenes, los rituales, las fantasías como con el cuerpo" (Weeks, 1993, p.20). Esta comprensión de la sexualidad busca superar las explicaciones esencialistas que la visualizan como un fenómeno en sí, determinado de antemano por la biología de los sujetos. Una visión cultural de la sexualidad implica desnaturalizar el fenómeno sexual, desconociendo una ideología que lo hace aparecer como natural, innato e instintual.

La expresión "construcción social" de la sexualidad comprende "(...) las maneras múltiples e intrincadas en que nuestras emociones, deseos y relaciones son configurados por la sociedad en que vivimos" (Weeks, 1998, p.29). El autor plantea que:

La sexualidad existe como una presencia social palpable, que configura nuestra vida pública y personal. Sin embargo, considero que lo que definimos como "sexualidad" es una construcción histórica, que reúne una multitud de distintas posibilidades biológicas y mentales –identidad genérica, diferencias corporales, capacidades reproductivas,

necesidades, deseos y fantasías- que no necesariamente deben estar vinculadas, y que en otras culturas no lo han estado. Todos los elementos constitutivos de la sexualidad tienen su origen en el cuerpo o en la mente, y no pretendo negar los límites planteados por la biología o los procesos mentales. Pero las capacidades del cuerpo y la psique adquieren significado sólo en las relaciones sociales. (p.20)

La cultura penetra en lo más íntimo de la experiencia individual, desde esta perspectiva, la sexualidad sería una dimensión de dicha experiencia. No escapa al amplio conjunto de relaciones sociales que actúan sobre ella, estructurándola; “(...) nuestra manera de pensar en el sexo modela nuestra manera de vivirlo” (Weeks, 1993, p. 20)

Weeks (1998) considera que la sexualidad puede ser un conductor muy sensible de influencias culturales y, en consecuencia, de divisiones políticas y éticas, debido a su “habilidad camaleónica”, a su movilidad y capacidad para adoptar diversas formas y aspectos.

La sexualidad es un campo donde sujeto y cultura se intersectan de manera compleja, de modo que no existe una relación sencilla y unívoca entre sexo y sociedad. Los hechos biológicos de la sexualidad no hablan por si mismos, deben ser interpretados en el contexto cultural en el que se presentan. Weeks plantea que la sociedad opera como el principio indispensable de producción de conductas sexuales, y de las significaciones que les están ligadas (Palma, 2002).

La vivencia individual de la sexualidad incorpora las definiciones, símbolos y significados del mundo en que han sido construidos. La sexualidad es una experiencia histórica y personal a la vez (Cabrera y Parrini, 1999). Reconocer el carácter cultural de las significaciones sexuales nos posibilita indagar históricamente las formas en que la sexualidad ha sido pensada y construida, y atisbar su incesante fluidez; “(...) el

sexo es una relación viva y cambiante y no una “esencia” cuyo contenido está fijo. El sexo no puede ser estudiado como una serie de “actos”; no puede ignorarse el componente sexual en toda relación social” (Ross y Rapp, 1983 citado en Cabrera y Parrini, 1999, p.26).

Foucault (1985) menciona:

Es en el terreno del sexo donde hay que buscar las verdades más secretas y profundas del individuo (...): la estructura de sus fantasmas, las raíces de su yo, las formas de su relación con lo real. En el fondo del sexo, la verdad. (p.15)

De este modo “(...) la conciencia moderna permite, como no pudieron anteriores sistemas de pensamiento, el posicionamiento del “sexo”, quizás por primera vez, como teniendo una existencia independiente” (Ross y Rapp, 1983 citado en Cabrera y Parrini, 1999, p.27).

La sexualidad adquiere sentido, en tanto atendemos a las formas culturales que moldean su significado, pero también se las debe reconocer como una experiencia individual.

A partir de febrero, de 1974, en Ginebra, la sexualidad es considerada por la Organización Mundial de la Salud (OMS) dentro del concepto integral de salud del ser humano. Rosenzvaig (1997) expone la definición, elaborada por la OMS, de salud sexual:

La integración de los aspectos corporales, emocionales, intelectuales y sociales de la conducta sexual, para que éstos resulten enriquecidos y realcen la personalidad, la comunicación y el amor. Es fundamental, en este concepto, el derecho a recibir información sexual y el derecho a considerar

la sexualidad tanto para el placer como para la reproducción.

(p.11)

La sexología actual afirma su autonomía de otras disciplinas, al contrario de lo que ocurrió al inicio de su desarrollo, tales como la psiquiatría, medicina legal, neurología, urología, dermatovenerología, endocrinología, ginecología-obstetricia, medicina psicosomática, etc. Sin embargo, podemos afirmar que esta disciplina tiene un carácter inter y multidisciplinario. La sexología moderna ha sabido definir el objeto principal de su problemática, el orgasmo, y su norma fundamental, el orgasmo ideal, de una forma positiva y minuciosa. La sexología moderna sustituye la anterior oposición entre normalidad y anormalidad por un proceso continuo de disfuncionalidad.

III. MODELO CONSTRUCTIVISTA COGNITIVO

La Metateoría y la Teoría clínica cognitiva han transitado por varios momentos, a través de los cuales han sufrido cambios epistemológicos importantes, a pesar de los cuales, los supuestos teóricos de los diversos momentos coexisten en la actualidad. La evolución del Modelo Cognitivo se encuentra marcada por el progreso desde una concepción del ser humano como un sujeto mecánico y pasivo, en el momento conductual, hasta una mirada del hombre como activo y proactivo en la construcción de su realidad, en el momento constructivista. Los cambios que se han producido a lo largo de su desarrollo tienden cada vez más hacia la concepción del hombre como un ser intersubjetivo. Se han ido incluyendo fenómenos cada vez más complejos y que describen de manera más representativa al sujeto.

El modelo evolutivo procesal sistémico, cuyo mayor exponente es Vittorio Guidano, se enmarca en una perspectiva Evolucionista que considera el estudio de la evolución del conocimiento y de los sistemas de conocimiento. Esta perspectiva “utiliza y relaciona datos procedentes de la ciencia cognitiva, biológica y evolucionista, para rastrear los patrones y procesos subyacentes a la interdependencia entre el conocimiento en evolución y los sistemas de conocimiento” (Guidano, 1994, p. 21). El Modelo Constructivista-Cognitivo integra elementos de dicha perspectiva con planteamientos teóricos de autores vinculados a la epistemología Constructivista.

En definitiva, el Constructivismo es considerado un hito muy importante dentro del desarrollo del modelo cognitivo, puesto que modifica, entre otros aspectos, la conceptualización de realidad y de conocimiento (relación sujeto-objeto). Esto conlleva un cambio en el modo de entender el mundo, al hombre y, en definitiva, la práctica clínica; haciendo necesaria una reformulación del modelo que integre los nuevos conocimientos adquiridos.

A continuación se describen aspectos fundamentales del modelo Constructivista-Cognitivo.

III. 1.- Concepción de la realidad

Desde el Constructivismo, la realidad no es concebida como externa y objetiva, sino que se entiende como “una red de procesos pluridimensionales entrelazados, articulados simultáneamente en múltiples sistemas de interacción” (Guidano, 1994, p.16). Es decir, la realidad comprende una red de procesos que ocurren en diversos niveles simultáneos y diferentes, que no se encuentran subordinados unos a otros.

Maturana (1986) propone el término “**Multiverso**” para sustituir el de “Universo”. Este último hace referencia a una realidad única, en tanto, la noción “multiverso” enfatiza la pluralidad de mundos y realidades posibles que se crean a partir de nuestras distinciones, es decir, del modo como se ordena nuestra experiencia. De este modo, cada noción de la realidad o cada punto de vista sería igualmente válido y único, constituyéndose en información acerca de nosotros mismos. Existen, como dice Maturana, tantas realidades como observadores hay en el mundo.

Desde esta perspectiva, el observador ya no sería un sujeto que mira desde afuera de manera objetiva. “Toda observación introduce en la red de procesos entrelazados una distinción ordenadora, a través de la cual las posibles ambigüedades causadas por interacciones múltiples y simultáneas adquieren, a los ojos del observador, un carácter inequívoco y necesario” (Guidano, 1994, p.16). Es decir, el observador organiza la realidad a partir de su propio orden perceptivo, introduciendo distinciones propias de las características de dicho ordenamiento, por lo que cualquier observación es **autorreferencial**, se refleja siempre a sí misma, más que a cualidades intrínsecas del objeto. De este modo, Ruiz (1992) propone que:

El orden y la regularidad con la cual estamos habituados a tratar las cosas y a nosotros mismos, no es algo externo y

objetivamente dado, sino que es el producto de nuestra interacción con lo externo y con nosotros mismos. (p.4)

III. 2.- Sistema de conocimiento humano

Guidano plantea que, desde una perspectiva evolutiva, holística y procesal, el sistema de conocimiento humano puede definirse como “una organización compleja autorreferente, cuya característica distintiva es su capacidad de autoorganizarse” (Guidano, 1991, p.9). El autor subraya que esta **capacidad autoorganizativa**, permite al sujeto construir un sentido de identidad personal estable y estructurada que conlleva sentimientos de unicidad y continuidad histórica. La mantención de la identidad percibida es una condición de importancia vital, puesto que permite al sujeto una autopercepción y autoevaluación coherente y continua, ante una realidad mutable y frente al devenir temporal de la experiencia.

Una característica importante de los sistemas de conocimiento humano es su **autonomía**. El sujeto organiza la experiencia en curso de acuerdo con las capacidades de procesamiento de la información de las que dispone, produciendo su propia identidad y construyendo activamente la realidad en relación a su organización de personalidad y de la etapa del desarrollo en que se encuentre. Lo central en un sistema de conocimiento autónomo (autonomía: ley-propia) es su **autorreferencia**, es decir, la cualidad de ser una unidad de percepción individual, que mantiene niveles de referencia generados internamente (Varela, 1976 citado en Guidano, 1991). Al respecto, Guidano (1991) enfatiza acerca de la autorreferencialidad que:

Por lo tanto, por encima de todo se refiere a una función que viene de sí misma y no está dirigida a la producción de ninguna salida específica. En lugar de ello tiene que ver con su propio auto-mantenimiento y auto-renovación. (p.10)

Otra cualidad relevante, es la capacidad de **mantención de la identidad**, percibida por el individuo, a lo largo de su historia vital. Esta mantención se hace posible a través de la “**actividad autopoietica**” (Varela, 1979 y Zeleny, 1981 citado en Guidano, 1991, p.10), es decir, de un proceso continuo y generativo de auto-renovación en que “las perturbaciones que surgen de los intercambios con el mundo son transformados en niveles más complejos e integrados de auto-identidad y auto-conciencia” (Ibidem). De este modo, como consecuencia de la asimilación de experiencias en curso, todas las posibles presiones emergentes para el cambio se encuentran subordinadas a la mantención de la identidad personal, que sería “la invariante auto-organizativa fundamental” (Ibidem).

El sistema humano se encuentra regulado, a lo largo de su vida, por una **progresión ortogenética**, es decir, que los cambios que van produciéndose en la asimilación de la experiencia, a partir de la reorganización sistémica de las pautas de coherencia interna, desembocan en una aparición discontinua de niveles de conocimiento de sí mismo y del mundo más inclusivos (Guidano, 1994).

La **función** de los sistemas de conocimiento humano es la **construcción de significados** a partir de las perturbaciones medioambientales. Con “significado” se hace referencia al “Efecto de sentido de reconocimiento como propio del sistema, que se produce con la inclusión de un nuevo contenido y la consecuente reorganización y reestructuración ortogenética” (Yáñez, 2003b). El “orden” y “contraste”, cualidades propias del funcionamiento del sistema nervioso, son los mecanismos implicados en la producción de significado y, por tanto, en la adaptación y el desarrollo.

Desde una perspectiva evolutiva, se entiende el conocimiento como el resultado emergente de procesos biológicos y adaptativos. El conocimiento expresa una particular relación entre el conocedor y lo conocido, por lo que se podría decir, que los organismos son teorías acerca de su ambiente (Sameroff, 1982 citado en Guidano, 1991) y, por tanto, el conocimiento refleja las limitaciones autorreferentes específicas a partir de las cuales el organismo estructura su realidad.

El conocimiento cuenta con una estructura, es decir, un ordenamiento jerárquico del contenido de las vivencias, según la forma idiosincrásica y particular de organizar el significado. Dicho contenido se organiza a través de dos modalidades, la temporoespacialidad y la funcionalidad. Con la primera se alude al modo de organizar el significado en torno al contexto y a secuencias cronológicas. La funcionalidad hace referencia al significado personal que tiene el evento para el sujeto, en términos del nivel de activación emocional que genera en el individuo. Se hace necesario otorgar un significado a los sucesos para poder ordenarlos e incorporarlos al sistema (Yáñez, 2003b).

Guidano propone, que “la mente parece ser un sistema constructivo activo, capaz no sólo de producir lo que emite sino que también, en gran medida, lo que recibe incluyendo las sensaciones básicas que subyacen la construcción de sí misma” (Guidano, 1991, p.22).

En definitiva, el sistema de conocimiento humano “es la operación de una estructura y su organización para producir significado viable a la coherencia del sistema, a partir de las perturbaciones a las que se encuentra sometido durante el curso de su existencia” (Yáñez, 2003b). El sistema mantiene su coherencia y promueve su desarrollo, incorporando y dando sentido sistémico a lo incluido.

III. 3.- Intersubjetividad

Se debe considerar que el desarrollo del ser humano se logra filogenética y ontogenéticamente, a través de los otros.

Los primates lograron sobreponer el mundo social complejo al mundo físico, organizándose en lo que se denomina el mundo intersubjetivo. “El mundo intersubjetivo es un mundo en el cual la única manera de sobrevivir es estar, como dice Maturana, en una Coordinación Consensual de conductas, de acciones, de intenciones” (Guidano, 1997 citado en Aronsohn, 2001, p.320). Por lo tanto, dicha

realidad intersubjetiva es una condición sine qua non para el conocimiento de sí mismo y del mundo.

La serie de cambios en la dinámica morfológica y funcional del cerebro, junto a la actividad del organismo, posibilitaron el surgimiento de ciertas habilidades intersubjetivas, que permitieron una mayor coordinación y sincronización entre los individuos. Lecannelier (2001), señala al respecto:

Estas habilidades, al ponerse en práctica a través de la actividad del organismo, posibilitaron la emergencia de un sistema social intersubjetivo, que generó, a su vez, las bases para la formación de un self, que ordena el mundo en base a una temporalidad propiamente humana. (El origen evolutivo de los fundamentos del self, 4)

Dicha necesidad de coordinación mutua es facilitada por el surgimiento, en el ser humano, de lo que se ha denominado **Mentalismo**, es decir, la capacidad de atribuir intenciones a los otros y, al mismo tiempo, la capacidad de fingir o no expresar las propias intenciones y estados emocionales. Esta capacidad surge con el fin, tanto de aumentar la coordinación entre los individuos, como para incrementar la posibilidad de manipulación de los otros. Por lo tanto, el consecuente aumento en la sincronización conlleva inevitablemente un mayor aprendizaje intersubjetivo y, por ende, un incremento en el conocimiento de sí mismo, debido a que la emergencia del mentalismo brinda la posibilidad de que cada individuo utilice como referencia su propia manera de sentir y de pensar para comprender a los otros.

Por otra parte, el mentalismo, junto a otras diversas capacidades, se hicieron necesarias para la adaptación del individuo a un mundo intersubjetivo cada vez más complejo. Una característica del ser humano (pesquizable desde los primates), que resulta fundamental en un medio social, es la capacidad de distinguir entre los diversos individuos a través del rostro. El reconocimiento facial se hace indispensable

con el surgimiento de un medio intersubjetivo complejo, ya que posibilita una mayor sintonización con las conductas y las intenciones de los otros.

Esta capacidad de reconocimiento y distinción entre varios individuos, permite tanto anticiparse a la percepción que los otros tendrán de las propias acciones, como apreciarse a sí mismo desde la perspectiva de los otros. Lo anterior permite, por un lado, una mayor coordinación entre los sujetos y, por otro, un mayor autoconocimiento, transformando al reconocimiento facial en “una forma de ordenamiento autorreferencial de la experiencia intersubjetiva, que facilita la autoindividuación” (Guidano, 1994, p.24). Teniendo en cuenta la interdependencia entre la individuación y la intersubjetividad, se hace posible comprender que, por medio de la distinción entre el sí mismo (yo) y los otros (no- yo), se logre un autorreconocimiento estable.

Por otra parte, “la aparición del lenguaje coincidió con la aparición de un nuevo nivel de ordenamiento autorreferencial, en concordancia con reglas léxicas y semánticas que permiten la reestructuración de la experiencia inmediata en términos de proposiciones” (Guidano citado en Quiñones, 2001, p.27).

El mencionado ordenamiento autorreferencial de la experiencia intersubjetiva junto al lenguaje, posibilitan la reestructuración de la experiencia inmediata. Las aptitudes de abstracción lingüística en este contexto intersubjetivo, permiten generar un sentido de sí mismo continuo y estable como sujeto (“yo”) y como objeto (“mi”). Es decir, la capacidad de coordinación con las intenciones de otros y la posibilidad de adquirir la perspectiva de otros con respecto a sí mismo, da lugar, por una parte, a un mayor ordenamiento y continuidad de la experiencia inmediata (“yo”) y, por otra, da origen a un sentido de sí mismo estable (“mi”).

Teniendo en cuenta lo anterior, el carácter indispensable de la intersubjetividad se puede apreciar de manera clara en las relaciones de apego tempranas, que constituyen el medio y la unidad fundamental para la formación de la

regulación espacio-temporal interna, que es la base para la posterior formación del sí mismo (Lecannelier, 2001).

III. 4.- Lenguaje Humano

En relación al Lenguaje, Maturana y Varela (1996) indican que:

Durante muchos años fue un dogma en nuestra cultura que el lenguaje era absoluta y exclusivamente un privilegio humano, y a años luz separado de las capacidades de otros animales. En años más recientes, esta idea ha comenzado a ser notablemente reblandecida. (p.140)

En concordancia con lo anterior, el lenguaje puede ser definido como un sistema de vocalización, señalización e intercambio de símbolos no exclusivo de los seres humanos.

Sin embargo, el lenguaje humano posee una característica que lo distingue del resto de los animales, una capacidad propia del lenguaje semántico, la cual se ha denominado **lenguaje temático**, que según Kermode "(...) es la capacidad de conectar e integrar un conjunto de elementos experienciales que ya ocurrieron como un tema, y un tema es algo que tiene un inicio, un desarrollo y una conclusión" (1967, citado en Quiñones, 2001, p.28); es esta capacidad del lenguaje la que permite transformar en información la inmediatez de la experiencia, manteniéndola independiente de los acontecimientos que la han producido (Guidano citado en Quiñones, 2001).

A través del lenguaje, es posible separar en cada vivencia, el contenido afectivo del contenido informativo, lo que genera, a su vez, que dicho contenido afectivo pueda ser transformado en información. "Así lo que es la afectividad vivida en la inmediatez (vivencia) se convierte en información que puede ser

conceptualizada y destacada en el sentido que es separada del acontecimiento original que la produjo” (Ibidem, p.28).

Consecuentemente, el ser humano es capaz de ordenar o secuenciar los acontecimientos, es decir, establecer un inicio, un desarrollo y una conclusión, transformando las secuencias de eventos en estructuras informativas estables. Esto permite mantener un sentido de sí mismo continuo y estable, diferenciado de la inmediatez de los acontecimientos.

La emergencia evolutiva del lenguaje, otorga entonces, la capacidad de poner las experiencias en secuencia, lo que se denomina **Estructura Narrativa de la Experiencia Humana**, que posibilita la mantención de la coherencia sistémica.

En relación a lo anterior, Guidano (citado en Quiñones, 2001) argumenta:

Desde que surge el lenguaje, esto se transforma en algo irreductible, y toda la experiencia humana es siempre una secuencialización muy ordenada, es decir, que presenta un orden cronológico, temático y causal. Este es un aspecto muy importante, ya que de la estructura de la secuencialización dependerá si un tema de significado se desarrolla de manera normal, neurótica o psicótica. (p.29)⁴

En consecuencia, la **trama narrativa** aparece como el resultado del proceso de ordenamiento de la inmediatez en términos abstractos. Se constituye como el punto de referencia para mantener una imagen de sí y el mundo coherente. La experiencia en curso se ordena en relación a esta trama, la cual permite reconocer, regular y autorreferirse la experiencia (Ferrer, comunicación personal, 2003).

⁴ Véase capítulo VII, acápite 2.

El lenguaje otorga un carácter singular a la experiencia humana, posibilitando que ésta ocurra en dos niveles simultáneos, un nivel inmediato y un nivel explicativo. Se hace posible entonces, que en el nivel explicativo se ordenen secuencialmente las vivencias que ocurren en el nivel inmediato, reestructurando continuamente la inmediatez y el fluir de la experiencia.

III. 5.- Niveles de conocimiento

Desde un punto de vista evolutivo, la distinción de dos niveles de procesos de conocimiento aparece sólo en la especie humana, y puede ejemplificarse claramente por la emergencia del lenguaje y por la especialización de los hemisferios cerebrales, única en los seres humanos.

Se sugiere que hasta el nivel evolutivo de los primates, el desarrollo de un cerebro simétrico en su estructura y sus funciones, maximiza la adaptación, pues mantiene un nivel integrado de funcionamiento, a pesar que una porción de éste se encuentre dañado. En la evolución humana se quiebra esta simetría en respuesta a demandas específicas, impuestas por la aparición de desafíos evolutivos importantes representados por el lenguaje. Este proporcionó tal autonomía del ambiente, que comienzan a perder importancia las ventajas relacionadas con la simetría del cerebro.

La aprehensión de la realidad se logra objetivar, estructurándola en conceptos estables y consistentes que pueden ser manipulados. Por otro lado, al internalizarse el lenguaje, se hace posible la construcción de representaciones internas definidas y precisas, que fueron dando lugar a habilidades de mapeo mental sofisticadas, que pueden modificar y adaptar la aprehensión inmediata de la realidad a los planes de acción actuales. Esta capacidad permitió a los seres humanos distanciarse de la experiencia inmediata y adquirir nuevas posibilidades de exploración y control del ambiente y, además, alcanzar mayores niveles de comprensión de sí mismos y del mundo (Guidano, 1991).

Se afirma que la especialización diferenciada de ambos hemisferios ha aumentado de manera importante las posibilidades de adecuación adaptativa y se da, de manera tal, que ambos hemisferios operan en un nivel integrado de unidad funcional, en el cual, el hemisferio izquierdo se encarga de las tareas secuenciales, analíticas y lógicas, mientras el derecho se dedica a los procesos holísticos de relaciones espacio-tiempo y emocionales, es decir, al procesamiento de la información tácita o inconsciente.

A partir de esto, desde "(...) una perspectiva evolutiva-motora, los aspectos tácitos y explícitos del conocimiento son la expresión de dos niveles de procesos cognitivos estrechamente interconectados" (Guidano, 1991, p.23).

Se propone que el nivel Tácito es el que primero aparece en el curso del desarrollo individual. La infancia y los años preescolares, debido a la lentitud del desarrollo cognitivo, se caracterizan por una aprehensión global e inmediata de la realidad y de sí mismo. En este período las habilidades verbales, abstractas y reflexivas se encuentran poco desarrolladas. Correspondiente a la especialización de los hemisferios cerebrales, se va elaborando progresivamente un nivel de conciencia articulado, el nivel de procesamiento explícito, cuyo desarrollo alcanza su máximo nivel estructural en la adolescencia. Junto al logro de niveles semánticos superiores se produce una separación progresiva entre los pensamientos del individuo, respecto a la situación que se desarrolla en la actualidad, y de la inmediatez de la experiencia de sí mismo.

La especialización hemisférica ofrece entonces, una base evolutiva para la diferenciación de los niveles de conocimiento tácito y explícito, además de permitir el establecimiento de un control descentralizado, que hace posible que la dominancia de todo el sistema oscile continuamente entre estas dos dimensiones de conocimiento.

Ambos niveles de la experiencia humana fluyen de manera constante y se determinan mutuamente. El nivel Tácito se compone de procesos de ordenamiento

básico y corresponde a la experiencia inmediata, al dominio de las emociones, y es preferentemente inconsciente. Por otra parte, el **nivel Explícito**, o de la explicación, corresponde a un sistema principalmente semántico y consciente, reordenando constantemente la experiencia inmediata, elaborando una percepción coherente de la realidad, con la finalidad de mantener la coherencia del sí mismo.

Nivel tácito de conocimiento

Guidano (1994) plantea que el sistema afectivo-emocional corresponde a una percepción del mundo inmediata. A través de los sentimientos, el ser humano puede experimentar directamente su modo de ser, por lo que, ontológicamente, sería imposible equivocarse acerca de los propios sentimientos.

La mayor parte del procesamiento de información ocurre en un nivel tácito. Este se constituye como el nivel superior de elaboración en el sistema cognitivo humano. Guidano lo define como “(...) conjuntos de esquemas emocionales jerárquicamente ordenados y las reglas profundas a través de las cuales se estructuran” (Guidano, 1991, p.87). El complejo sistema de reglas ordenadoras tácitas profundas, son originadas a partir del andamiaje de la experiencia inmediata que ocurre durante la infancia, los años preescolares y la niñez. Estas reglas ordenan los esquemas emocionales en cuestión, en circuitos recursivos diferenciados que oscilan entre límites de significado oponentes, organizando la experiencia en curso en patrones específicos de procesamiento.

Esta oscilación rítmica provee algo parecido a un sentido cinestésico de sí mismo, en el que el significado implícito se explicaría continuamente mediante estructuras representacionales, las que son definidas a través del procesamiento selectivo de las claves accesibles continuamente.

Por tanto, el nivel tácito procesa la información de modo principalmente emocional, incluye aspectos de la cognición que han sido excluidos del

procesamiento consciente o a los que no se ha puesto atención, además de las tonalidades emotivas, imágenes y narrativas (Kühne, 2000). En este nivel, la información es procesada y almacenada principalmente a través de modalidades visuales (imágenes) y emocionales.

La estructuración del conocimiento tácito no concluye, puesto que una de las características más importantes es su habilidad para elaborar progresivamente nuevos marcos de referencia que serán insertados y manipulados posteriormente en las representaciones explícitas de sí mismo y del mundo.

El nivel tácito se caracteriza por funcionar a partir de un control descentralizado, lo que permite la diferenciación de nuevos esquemas emocionales. El control descentralizado del nivel tácito influye de manera importante en la experiencia en curso, trayendo a la identidad personal percibida, sentimientos, imágenes y patrones motores de los cuales el sujeto puede no estar consciente, pero que cambian su actitud hacia la realidad (Guidano, 1991). El autor establece que:

El control descentralizado tácito –aquello que nos hace posible percibir más de lo que experimentamos, y experimentar más de lo que atendemos (Dennett, 1978)- debería ser considerado como el “empuja-y-saca” básico del sistema de conocimiento humano, haciendo constantemente disponibles nuevos conjuntos de relaciones tácitas a ser explicados en la representación consciente del sí mismo y del mundo. (p.90)

Finalmente, este nivel cumple con la función de organizar la experiencia y dirigir el comportamiento (Epstein, 1994 citado en Kühne, 2000) y se corresponde con el “yo” que experimenta, en la dinámica de la mismidad.

Nivel explícito de conocimiento

Guidano define este nivel como “(...) un conjunto de modelos explícitos de uno mismo y de la realidad que provienen del núcleo de esquemas del nivel tácito producidos por procedimientos del pensar imaginal (Lang, 1969; Pylshyn, 1973, 1981, a) y verbal basado en la experiencia entrante” (Guidano, 1991, p.91).

Este nivel corresponde a un procesamiento autorreferente reflexivo que emerge con el logro de las habilidades analíticas y el pensamiento reflexivo, operando de modo primordialmente consciente.

Los modelos representacionales conscientes, en contraposición al nivel holístico (tácito), dan una imagen más limitada e incompleta del sí mismo y del mundo. De esto se desprende que, en la construcción de modelos explícitos, no se utiliza todo el conocimiento que está contenido en el nivel tácito, ni son representados de manera consciente los contenidos del conocimiento de los modelos progresivos del sí mismo y la realidad, con todos sus detalles y en cada momento.

A pesar de la representación episódica, que depende de las necesidades individuales y los eventos experimentados por el sujeto, el conocimiento explícito, por lo general, se ajusta al conocimiento tácito, con mínimas incongruencias.

Dentro de la dinámica de la mismidad, el nivel de conocimiento explícito, se corresponde con la noción del “mí” que ordena y explica al “yo” (tácito).

A partir de lo anterior, Guidano (1994) concluye que todo sistema racional tiene una base emocional, puesto que, en todos los seres vivos el sistema afectivo-emocional corresponde a una percepción del mundo inmediata e irrefutable, el posterior reordenamiento racional-cognitivo (explicación) actúa de acuerdo a la coherencia de reglas semántico-lógicas basadas en premisas tácitamente proporcionadas por la experiencia inmediata. Este reordenamiento o reestructuración

consciente-explicita, que permite el acceso a nuevos niveles de abstracción, transforma la modulación de los estados internos en patrones de autocomprensión, modificando así la experiencia inmediata y facilitando su posterior articulación. En este sentido, el autor establece que:

El autoconocimiento tácito se expresa en un nivel explícito por un conjunto de modelos representacionales percibidos por el sujeto como su rango progresivo actual y potencial de auto-imágenes. De este ordenamiento de creencias, memorias y procesos de pensamiento sobre el sí mismo, surge una progresiva identidad personal auto-sintética y coherente. (p.91)

IV. EL SÍ MISMO

IV.1.- Estructura y Organización

Yáñez et al. (2001) señalan:

De acuerdo con la Epistemología constructivista, la subjetividad se entiende como un Sí Mismo que opera a través de un sistema de conocimiento y autoconocimiento que le permite hacer consistente, en la explicación, la experiencia de la praxis del vivir. (p.105)

Desde esta perspectiva, se propone que este “Sí Mismo” se constituye como un sistema de conocimiento.

Guidano (1998) plantea que el **sí mismo** es esencialmente un **proceso** tendiente a la unitariedad. No es una estructura ni un conjunto de éstas, sino que es el proceso que provee una configuración de totalidad a esta estructura.

Además el sí mismo sería un proceso evolutivo, que tiene una historia evolutiva, y una historia ontológica.

Desde un punto de vista evolutivo, el sí mismo emerge como respuesta a las presiones evolutivas selectivas del ambiente intersubjetivo. Puesto que vivimos en un mundo intersubjetivo, necesitamos de una coordinación consensual que nos permita conocer nuestras emociones y las de los otros, reconstruir intenciones, etc. El sí mismo es entonces, un proceso dialéctico puesto que siempre incluye al otro, incluyendo en lo que llamamos “otro” a todo lo que no es uno mismo (Guidano, 1998).

El sí mismo tiene una estructura y una organización. “La *estructura* del Sí Mismo, será entendida como una disposición particular de los componentes del sistema, cuyas relaciones le permiten presentar esa particular disposición” (Yáñez et al., 2001, p.105). Los autores agregan que:

Por otra parte, la organización de este sistema de conocimiento (Sí Mismo) se refiere a la secuencia de interacciones que le confieren al sistema sus características operacionales. En otras palabras, la modalidad particular en que los elementos del sistema interactúan entre sí. Éstas son interacciones mutuamente necesarias para la marcha de la estructura y le otorgan un sentido estable de “identidad” al sistema. (p.106)

En cuanto a la estructura, ésta se compone de “esquemas de conocimiento” que se unifican progresivamente a medida que el sujeto se relaciona con su experiencia. Estos esquemas le permiten dar significados a su experiencia y expresarlos en reglas y creencias sobre sí mismo, la realidad y su relación con ésta.

El ser humano se encuentra unido inevitablemente al modo en que ve la vida, por lo que toda comprensión es resultado de una interpretación, que emerge como producto del proceso de mutua regulación que continuamente alterna entre experimentar y explicar. A través de este proceso, los patrones de actividad en curso, es decir, la experiencia inmediata, quedan sometidos a distinciones que generan un reordenamiento o explicación capaz de cambiar la experiencia misma (Guidano, 1994).

La interpretación, por tanto, trae consigo siempre una comprensión y, puesto que la comprensión es inseparable de la experiencia humana, existir es equivalente a conocer. Este conocer no implica representar una realidad “dada”, sino más bien,

construir y reconstruir continuamente una realidad que sea capaz de dar coherencia a la experiencia en curso del individuo ordenador.

Ambos procesos son apreciados de manera diferente por cada persona. La experiencia suele ser extrarreferida a una realidad única, externa y común para todos, mientras la explicación, al consistir en la imposición de distinciones conscientes es, generalmente, autorreferida a la propia actividad interna.

Es posible decir, entonces, que el sí mismo, en su calidad de proceso, se encuentra constantemente en una dinámica circular, en la cual las percepciones inmediatas y tácitas de uno mismo y del mundo son reordenadas y estructuradas mediante el lenguaje, que las organiza en términos de proposiciones que se distribuyen en redes conceptuales. Esta reestructuración explícita y consciente hace posible la emergencia de nuevas dimensiones de experiencia, haciendo accesibles nuevos niveles de abstracción (Guidano, 1994).

Recapitulando, Guidano plantea que la experiencia humana se vivencia constantemente a través de dos niveles de procesamiento de información, un nivel emocional, inmediato y primordialmente tácito o inconsciente (“yo”), y un nivel semántico y analítico principalmente consciente (“mi”) que hace referencia a la experiencia inmediata, reordenándola en función de mantener la coherencia del sí mismo.

El “Yo” se refiere al aspecto del sí mismo que es vivenciado directamente en la dinámica corporal, acompañada de ritmos psicofisiológicos que proporcionan continuidad a la experiencia inmediata.

Por otra parte, el nivel de conocimiento explícito corresponde al “Mí” que observa, evalúa y se explica desde un punto de vista objetivo, en un nivel semántico de la experiencia. Aquí se encuentran los esquemas semánticos de conocimiento que permiten sustentar una narrativa coherente con la noción de sí mismo, que sostiene la

identidad del sujeto. El desarrollo del “mí” involucra un sentido normativo, puesto que implica que nos sentimos de cierta manera respecto a la normatividad del mundo al que pertenecemos (Guidano, 1998).

El sí mismo discurre en la tensión esencial entre el *yo* que experimenta y el *mí* que percibe y ordena al yo. “El sí-mismo como sujeto (“yo”) y como objeto (“mí”) aparecen por lo tanto como dimensiones irreductibles de una dinámica de la mismidad cuya direccionalidad depende del devenir de nuestra experiencia vital” (Guidano, 1994, p. 20). El yo estaría siempre un paso adelante del mí, que se transforma en un proceso continuo de reordenamiento del sentido consciente de sí mismo.

A partir de esto, Guidano (1998) afirma que el sí mismo no es sólo un proceso dialéctico, es un proceso multinivelar y multimodal.

Al nivel que nos interesa, el sí mismo es como mínimo no sólo bi-nivelar, sino multimodal. Si en cada momento hay un fluir continuo de aquello que podemos llamar una experiencia inmediata de sí mismo, es con la capacidad de lenguaje que tenemos, que estos continuos hechos los debemos reordenar en secuencias, secuenciar la inmediatez de nuestro sentir, esta es una cosa que no podemos ignorar (...) Este es el origen del significado. En esta dialéctica están los dos niveles del sí mismo, la experiencia inmediata que tengo de mí, y la imagen consciente de mí que la prepara, la organiza y la explica. He aquí un proceso dialéctico, multinivelar y multimodal. Aún más, es un proceso también que tiene una evolución, una procesualidad sin fin. (3)

Experimentar y explicar, si bien se diferencian en cuanto a “inmediatez fijada” y “distanciamiento abstracto”, constituyen polaridades interdependientes en el

proceso circular incesante de nuestra **autocomprensión**. En un polo, encontramos la experiencia inmediata de uno mismo y, en el otro polo, el sentido de sí mismo emergente como consecuencia de autorreferirse de modo abstracto la experiencia en curso. Es decir, encontramos el sentido de sí mismo, por un lado, como sujeto (“yo”) y, por otro lado, como objeto (“mi”), convirtiéndose en un proceso continuo de reordenamiento y reconstrucción del propio sentido consciente del sí-mismo.

Coincidente con los planteamientos de Guidano, Stern define el sí mismo como “(...) un patrón constante de apercepción a través del cual se organizan los procesos psicológicos” (Stern 1985, citado en Safran y Segal, 1994, p.85). Este patrón proporciona una experiencia subjetiva organizadora que permite generar un sentido de coherencia y unidad.

Según Safran y Segal (1994), la capacidad de detectar constantes, organizando la experiencia, resulta fundamental para la supervivencia, por tanto, el desarrollo de un sentido del sí mismo es esencial en el desarrollo cognitivo. Así mismo, Stern sostiene que existen cuatro constantes experienciales básicas para el sentido del sí mismo, éstas son:

- 1) *El agente o la autoría de la acción*: se compone del sentido de volición que precede a un acto motor y del sentido de predecibilidad de las consecuencias que siguen a las acciones. Se plantea que es la constante más fundamental, puesto que permite a las personas aprender a manipular el mundo con fines de supervivencia.

- 2) *La autocoherencia*: que implica la organización de diferentes experiencias sensorias, motoras y conceptuales que permiten construir un sentido unitario de sí mismo, lo que conlleva el sentido de ser una totalidad física no fragmentada, con fronteras y con un centro de acción integrado. Sin dicho sentido de autocoherencia, las experiencias del individuo serían fragmentarias y despersonalizadas.

- 3) *La autoafectividad*: que se refiere a la organización de la experiencia en diferentes estados afectivos, cada uno con un estilo característico e invariable de acontecimientos internos; el individuo experimenta un patrón invariable y característico de retroalimentación propioceptiva y experiencia subjetiva para cada estado emocional. Aporta a la mantención de la continuidad de la personalidad consciente, mientras el individuo cambia en otros aspectos.
- 4) *La autohistoria*: le impone a la experiencia una estructura histórica otorgándole continuidad a través del devenir temporal, haciendo posible el aprendizaje.

La autoorganización, noción abordada con anterioridad, resulta central para comprender la dinámica de la mismidad. Al respecto, Guidano (1994) enfatiza:

La autoorganización, en términos de coherencia interna, implica que todas las posibles presiones inductoras de cambio que emergen como consecuencia de la asimilación continua de la experiencia estén subordinadas al mantenimiento del “orden experiencial” (significado personal) sobre el que reposan la congruencia y la continuidad percibidas del propio sí mismo. (p.22)

Consecuentemente, un sistema autoorganizado puede alcanzar un equilibrio dinámico sólo en la medida que las presiones ambientales activen cambios en el sistema, que resulten viables al orden experiencial, posibilitando así el surgimiento de niveles más integrados de autoconciencia y autoidentidad.

El sistema logra preservar el propio sentido de sí mismo a partir de su capacidad de adaptación, transformando continuamente las perturbaciones resultantes de su relación con el mundo en información significativa para su propio orden experiencial. Esta capacidad hace posible la preservación del propio sentido de sí mismo.

El desarrollo vital refleja una curva discontinua de adquisición de conocimiento, debido a que, los períodos de relativa estabilidad estructural son interrumpidos por episodios de cataclismo de todo el sistema, lo que desemboca en reorganizaciones o revoluciones personales importantes, que pasarán a constituirse como las siguientes bases a partir de las cuales se llevarán a cabo las operaciones tácitas de la viabilidad (Mahoney, 1991 citado en Guidano, 1994).

A partir de dichas bases, Guidano y Liotti (1988) señalan que:

Los intentos subsecuentes para convertir esquemas centrales emergentes en creencias y procedimientos de pensamiento –procesos de cambio- son regulados y modelados, paso a paso, por los procesos de mantenimiento, dirigidos a preservar la continuidad funcional y el sentido de unicidad perteneciente a las estructuras de la identidad personal. (p.142)

IV. 2.- Mismidad o Procesos de Mantenimiento

La dinámica de la mismidad opera a través de los procesos centralizados o de mantenimiento, por los cuales se acopla la experiencia mediante la semejanza de ésta con los esquemas pre-existentes, es decir, opera dentro de los márgenes de la coherencia sistémica, siendo generativa de la experiencia de continuidad (Yáñez, comunicación personal, 2002).

Por tanto, una expresión de las funciones reguladoras, que son controladas por la identidad personal, son los procesos de mantenimiento. Estos, aunque son muy variables en cuanto a su procedimiento, se caracterizan por que sesgan el balance entre el reconocimiento y la discrepancia que ajusta el emparejamiento continuado entre la experiencia entrante y el conocimiento preexistente del sujeto, a partir de la

pre-estructuración de ensayos de reconocimiento. Es decir, estos procesos se dirigen a la producción de confirmaciones acerca de la fiabilidad de los modelos sobre sí mismo y el mundo.

“Las actitudes hacia uno mismo y la realidad, a niveles jerárquicos diferentes, representan las relaciones estructuradas que ofrecen un rango completo de confirmaciones para las estructuras de la identidad personal” (Guidano y Liotti, 1988, p.143).

La actitud hacia uno mismo es la representación del nivel jerárquico más elevado de confirmaciones y contribuye al mantenimiento de la identidad personal. El sujeto tendría, virtualmente, un acceso sin límites a la información disponible sobre sí mismo, sin embargo, es el propio sujeto quien demarca los límites. De este modo, el sujeto logra una autopercepción y una autoevaluación continua y coherente durante su evolución, a partir de la creciente conformación de la actitud hacia uno mismo.

Por otra parte, en la actitud hacia la realidad son utilizadas confirmaciones de un nivel inferior al anterior, que ofrezcan estabilidad y coherencia ante la inconstante realidad de los modelos del mundo y que resulten coherentes con la autoimagen del sujeto. Este último entonces, tiende a mantener las concepciones propias sobre el mundo, lo que se expresa en la utilización de los procedimientos de confirmación-sesgo en el razonamiento y la solución de problemas y en la utilización de estrategias idiosincrásicas para los mismos fines. Esto hace posible la manipulación activa, por parte del sujeto, de las situaciones ambientales en la producción de hechos concordantes con la autoimagen estructurada.

IV. 3.- Ipseidad o Procesos de Cambio

Los procesos de cambio operan a través de los mecanismos descentralizados, los cuales actúan a partir de las presiones que obligan al sí mismo al cambio y, por tanto, a la complejidad. Es decir, la Ipseidad es aquella dinámica que interviene fuera

de los márgenes de la organización del sí mismo, en la línea del cambio, pudiendo causar una reorganización en el sistema. Los mecanismos de control descentralizados conllevan un costo para el sistema y son desbordantes para la organización del sí mismo, puesto que lo presionan a ampliar sus límites (Yáñez, comunicación personal, 2002).

Guidano plantea que a lo largo del desarrollo, a medida que aumentan las capacidades cognitivas y las competencias motrices, los individuos son capaces de “(...) manipular activamente la modulación emocional inmediatamente experimentada (“yo”), a fin de mantener la propia apreciación del sí mismo (“mi”) como coherente” (Guidano, 1994, p.48).

Dentro de los mecanismos de control descentralizados, se consideran la capacidad de exclusión de información y la distracción por medio de actividades diversivas.

La capacidad de **exclusión selectiva**, que depende de las aptitudes cognitivas disponibles, mediatiza la entrada sensorial proveniente de los campos críticos de la experiencia, con el objetivo de modificar la dirección y la referencia de los sentimientos que resulten perturbadores. “Una de las primeras modalidades consiste en desconectar el afecto percibido de la situación interpersonal que lo ha activado” (Bowlby, 1980, 1985; Bretherton, 1985 citado en Guidano, 1994, p.49). Es decir, se elaboran cogniciones que niegan el significado discrepante del afecto. Cuando la desconexión es completa, la experiencia resulta incomprensible para el sujeto en términos de sus propias reacciones.

La **distracción** opera a través de actividades diversivas, entendidas como pensamientos, sentimientos y conductas, que se activan para impedir la apreciación del afecto perturbador cambiando el foco de atención, otorgándole con esto un mayor control al sujeto. Es decir, dichas actividades “(...) distraen del procesamiento

posterior de una información que, aunque ha sido registrada, está siendo excluida” (Bowlby, 1980, 1985 citado en Guidano, 1994, p.49).

Por otra parte, las condiciones que gatillan e influyen en el proceso de cambio se pueden describir de la manera siguiente:

Puesto que los elementos que se encuentren en el nivel de procesamiento tácito deben ser significados y hacerse explícitos para insertarse en los modelos representacionales, la conciencia aparece como una condición necesaria para la transformación del conocimiento tácito en creencias y pensamientos. De este modo, la autoconciencia⁵ o conciencia de sí mismo, influye ampliamente en los procedimientos oscilantes y en las consecuencias de los procesos de cambio, debido a que la actividad autorreflexiva posibilita cambios profundos en los patrones de actitud hacia uno mismo, modificando la identidad personal, lo que finalmente desemboca en una reestructuración de la actitud hacia la realidad.

Junto a lo anterior, el surgimiento de discrepancias y presiones ambientales, puede forzar la evocación de un mayor grado de distanciamiento y descentramiento, obligando al sí mismo a complejizarse. Es decir, el equilibrio dinámico y oscilante del sí mismo se ve compelido a flexibilizar sus límites, en busca de la coherencia sistémica.

Puede afirmarse que en los procesos de cambio, cuando el sí mismo se encuentra en los límites del desborde, se facilitan las soluciones novedosas, a la vez que el sistema se hace más permeable a la influencia externa (Yáñez, comunicación personal, 2002).

⁵ La autoconciencia es entendida desde el Modelo Constructivista como “la capacidad de distanciarse del momento que es vivido y ponerlo en perspectiva mirando al mismo tiempo el mundo separado de nosotros y a nuestro interior como una pantalla que puede ser observada” (Zagmutt y Silva, 1999, La conceptualización de la psicología constructivista de la conciencia y la autoconciencia, 2).

En los procesos de cambio se pueden distinguir dos niveles, los cambios superficiales y los cambios profundos.

El **cambio superficial** involucra una reorganización de la actitud que el sujeto tiene hacia el mundo. Esta reorganización, en general, posibilita una mayor adaptación del sujeto a su ambiente, reduciendo su sintomatología, pero no involucra modificaciones en la actitud del sujeto hacia sí mismo.

Por otra parte, en el nivel de los **cambios profundos**, los patrones de actitud hacia uno mismo son reorganizados, permitiendo con esto acceder a información significativa de sí mismo proveniente del nivel de conocimiento tácito. Todo lo anterior, que involucra desde reestructuraciones limitadas hasta revoluciones personales, presiona al sí mismo a pasar a un metanivel de representación cognitiva, reestructurando así la actitud hacia sí mismo y, en consecuencia, la actitud hacia la realidad, lo que permite al sujeto interactuar de manera diferente (Guidano y Liotti, 1988).

El proceso de cambio profundo va acompañado de una gran intensidad emocional y puede tener diversos efectos para el sí mismo, dependiendo de la naturaleza progresiva o regresiva de dichos cambios.

Tiene el carácter de *progresivo*, cuando el sí mismo es capaz de integrar la información y los afectos desafiantes, ajustándose a las presiones externas. Esta complejización del sí mismo trae como consecuencia, por un lado, la posibilidad de decodificar, identificar y reconocer la activación emocional, permitiéndole al sujeto un mayor autoconocimiento y autoconciencia y, por otro lado, modificar y sofisticar los modelos de realidad haciéndolos más flexibles e inclusivos.

En tanto, en los cambios *regresivos*, el sí mismo no es capaz de convertir los afectos desafiantes en información significativa, por lo que el cambio a un metanivel de representación cognitiva se ve contrarrestado por el patrón de autoconciencia

alcanzado hasta ese instante. Este fracaso en la integración de información al sí mismo genera como consecuencias, por una parte, que la activación emocional suscitada sea referida externamente, sin involucrar un cambio en la actitud hacia sí mismo y, por otra parte, que los modelos de realidad que posee el sujeto se unen con “(...) representaciones imaginativas y procedimientos de solución de problemas estereotipados y repetitivos, a lo que corresponde un cambio regresivo en la asimilación de experiencias” (Guidano y Liotti, 1988, p.145).

IV. 4.- Dimensiones Operativas

En la dinámica de la evolución ontológica del sí mismo, es posible distinguir los procesos de nivel profundo, que se relacionan con la estructura del sistema y los de nivel superficial, asociados a su operación. Parte de esta dinámica, se explica por el “equilibrio por oscilaciones” y por la retroalimentación constante entre estos dos niveles, esto deriva en un permanente cambio y reorganización.

Las dimensiones operativas, pertenecen al nivel de funcionamiento superficial, específicamente al funcionamiento cotidiano, dentro de los límites de la mismidad y de los procesos de mantenimiento, es decir, este nivel tiende a mantener la estabilidad del sistema (Yáñez, 2003b).

Producto de su autorreferencialidad, las dimensiones operativas permiten la autoconciencia, es decir, sitúan al sujeto como “objeto” de su propia conciencia, permitiendo la constante evaluación del yo.

En definitiva, la estabilidad del sí mismo y sus potenciales adaptativos a las presiones del medio dependen de las dimensiones operativas.

a) Concreción- Abstracción

“Se refiere a los niveles de simbolización, en categorías conceptuales explicativas, de los contenidos de la experiencia real” (Yáñez, 2003b). La experiencia en curso es simbolizada a través del lenguaje y la abstracción. En esta categoría, la interferencia del proceso de simbolización es aquello que se constituye como psicopatológico. Esta interferencia se produce como consecuencia de las demandas que exceden las posibilidades de explicación del sistema, de tal manera que el sujeto padecería emocionalmente, la sujeción a determinados contenidos experienciales. En este contexto emergen resoluciones transitorias que derivan en mecanismos de control descentralizados y, eventualmente, en síntomas psicopatológicos. Durante el proceso terapéutico, ésta dimensión se encuentra demandada permanentemente, puesto que la base del cambio significativo y permanente, de nivel operativo o estructural, se encuentra en la simbolización de contenidos.

b) Flexibilidad-rigidez

“Esta dimensión refiere a la operación de las estructuras de conocimiento y procesamiento proactivo ante las demandas de la experiencia en curso” (Yáñez, 2003b). En otras palabras, la flexibilidad/rigidez de la operación alude al acceso del sistema a una mayor o menor gama de explicaciones posibles respecto a los acontecimientos de la experiencia y, en la misma medida, a las opciones con que se cuenta para la selección de aquella explicación que resulta armónica a la coherencia sistémica. De este modo se construye la delimitación propia del sí mismo, que permite a un sujeto distinguirse de otro, en medio de otros. Las dificultades en el registro e integración del material de la experiencia vital, correspondería a lo psicopatológico para la progresión ortogenética, la generatividad y la complejidad del sistema. A su vez, la complejidad permite al sistema aumentar sus niveles de flexibilidad.

c) Inclusión- Exclusión

Esta dimensión operativa tiene que ver con la capacidad del sistema de conocimiento para integrar nuevos contenidos a partir de las presiones que ejerce la experiencia en curso (el Yo, que experimenta y actúa), y para simbolizar el material perturbador (el Mi, que observa y evalúa). En el marco de los procesos ontológicos de conocimiento, corresponde a la operación de autoreconocimiento la integración de un sentido unitario de sí mismo, a partir de la diferenciación de los límites de la mismidad y la ipseidad, como procesos de mantenimiento o de cambio respectivamente, llegándose a tener un “(...) sentido de reconocimiento relativamente estable que nace de una demarcación igualmente estable entre la autopercepción (el “sentido interior” experimentado subjetivamente) y la percepción del mundo (el “sentido exterior” experimentado objetivamente con los otros)” (Guidano, 1994, p.40).

La dimensión Inclusión-Exclusión es el resultado de, al menos dos fenómenos propios de la mismidad, en los que se ve requerida la necesidad de inclusión:

- 1) Exclusión natural: A lo largo del desarrollo, con la finalidad de ordenar la complejidad, se excluye gran parte de la información que alcanza al sistema nervioso central a través de los órganos sensoriales. “La praxis vital como fenómeno existencial, produce “naturalmente” más contenidos Experienciales que los que son posibles de procesar por el sí mismo” (Yáñez, 2003b). Como resultado se obtiene una sobreabundancia experiencial-sensorial. El particular sí mismo en curso sesga la información, optando por contenidos que son posibles de incluir en su coherencia sistémica.
- 2) Exclusión Defensiva: En la inclusión experiencial, el sí mismo se ve amenazado, en ocasiones, por contenidos experienciales determinados, que resultan perturbadores para la mantención y continuidad de su

coherencia sistémica, por lo que debe defenderse. A través de la exclusión selectiva y activa de estos contenidos es posible evitar que el sí mismo se desorganice. Este fenómeno, en que el sujeto participa activamente en un nivel tácito, corresponde a los Mecanismos de control Descentralizados.

En la categoría “inclusión-exclusión”, los niveles de patología se asocian a la magnitud y la frecuencia con que los contenidos experienciales se excluyen de la consciencia. Como resultado, se produce una interferencia de la progresión en complejidad del sistema de conocimiento, al estrecharse las posibilidades vivenciales y de operación. “Esta dimensión, es particularmente sensible a la operación de las categorías anteriores mencionadas, incluso se podría afirmar que ella es un resultado de la operación de aquellas” (Yáñez, 2003b).

La inclusión posibilita al sistema humano la ampliación de las dimensiones del conocimiento para disponer, de este modo, de oportunidades de adaptación mejores y más complejas.

d) Actividad-Pasividad

Esta dimensión hace referencia al nivel de persistencia y permanencia de los niveles de respuesta motor, emotivo y cognitivo, ante los desafíos y amenazas y depende de las cualidades innatas e ideográficas del sujeto, que intervienen en un estilo de enfrentamiento ante las demandas que ejerce la relación con el mundo. Lo psicopatológico en esta dimensión corresponde a la inactividad, que es entendida como una falta de propositividad, producto de una ausencia de despliegue de las competencias del sistema de significados para resolver las demandas que resultan desbordantes. El mecanismo de control descentralizado preferente es el desentendimiento o negación del conflicto con la realidad. Desde el enfoque de las organizaciones de Significado Personal, los particulares estilos que resultan de una inclinación tendiente hacia lo activo o lo pasivo dan origen a las sendas personales.

e) Exposición-Evitación

“Esta dimensión se refiere a la actitud del sujeto frente a las perturbaciones que generan las demandas desbordantes con dificultades de procesamiento” (Ibidem). Puesto que se configuran como una amenaza para el sistema, presionan por una actividad de enfrentamiento o escape, ampliando o limitando las posibilidades de crecimiento del sistema. Con el estilo de resolución decidido, el sujeto opta también por un desarrollo propio.

Generatividad

En relación a la generatividad, Yáñez (2003b) postula que:

La generatividad resulta ser una cualidad que es producto del funcionamiento del sistema de conocimiento en su totalidad y que implica por un lado, la incorporación progresiva de nuevos contenidos de la experiencia y a su vez del reordenamiento de las estructuras de funcionamiento abstracto y, por otra parte, a nivel superficial es un indicador de la operatividad del sistema en un sentido productivo para la coherencia de estas reglas abstractas y para la mantención de la integridad de los componentes de la estructura.

En este sentido, la generatividad permite que los procesos de mantenimiento y cambio cumplan con sus funciones, produciendo nuevos estados organizados que pueden ser integrados al sistema mediante los procesos de significación.

En consecuencia, la generatividad hace referencia al proceso de progresión ortogenética del sistema de conocimiento humano en lo que corresponde a la coherencia e integridad del sí mismo, manteniendo y proyectando su dinámica en pos de alcanzar mayores niveles de complejidad “(...) a través de la reorganización

constante de los niveles operativos de Flexibilidad y Exposición del sistema, Abstracción y Actividad de los niveles operativos e Inclusión sistémica del flujo de la experiencia” (Yáñez, 2003b).

Por otra parte, con respecto a la construcción del sí mismo, ésta puede ser concebida en términos de generatividad intrapersonal y de generatividad interpersonal. Con generatividad intrapersonal se alude, como plantea Yáñez (2000), a la progresión de la coherencia del sí mismo, y la complejización del sistema, a partir de una reorganización flexible, abstracta e inclusiva. La generatividad interpersonal, en cambio, se refiere al logro de una progresión ortogenética en las relaciones establecidas por un individuo, apuntando a la complejización de las interacciones del sujeto, como parte de un mundo intersubjetivo.

Dentro del modelo Constructivista Cognitivo la generatividad es considerada como el resultado del funcionamiento de las dimensiones operativas, mientras que para Guidano constituye *una* de las propiedades formales y estructurales del procesamiento del conocimiento, y no el producto de éstas.

Complejidad

Los sistemas de conocimiento humano evolucionan inevitablemente hacia organizaciones más complejas de funcionamiento. En este sentido, Yáñez (2003b) afirma que:

La complejidad, es una propiedad de los Sistemas de Conocimiento Autoreferenciales que le permite a la unidad, consecuentemente con su propia organización, dar respuestas múltiples y de diverso nivel a las presiones constantes y cambiantes que ejerce el medio como resultado de su propia dinámica.

Esto se hace posible a partir de la progresiva construcción de estructuras más abstractas, flexibles e inclusivas de procesamiento y de una organización jerárquica heterárquica. Yáñez señala que la complejidad involucra la dinámica de las dimensiones operativas, puesto que, los esquemas de procesamiento, en sus procesos estructurales y organizacionales, despliegan la totalidad de sus posibilidades operativas en aquellas situaciones en que el sistema es demandado al límite de sus capacidades, aumentándose así las alternativas de responder encontrando un significado que resulte viable para su coherencia. Si lo anterior no fuese posible, el sistema funcionará como los sistemas disipativos propuestos por Prigogine, con lo que se hace referencia a que es en los momentos que éstos operan en los márgenes de sus posibilidades sistémicas, llegando a niveles de desequilibrio amenazantes, cuando se encuentran vulnerables a que acontecimientos externos puedan provocar alguna reacción o, de otro modo, que el mismo sistema sea el que despliegue una respuesta novedosa u original que posibilite la mantención de su integridad (estructura) y su coherencia (organización) (Yáñez, 2003b).

Para que la operatividad resulte concordante con las posibilidades de los sistemas complejos, éstos cuentan con otro efecto funcional que consiste en el hecho que, si se encuentra dentro de sus posibilidades resolver las demandas a través de sus propiedades, la mejor alternativa para el sistema es el menor esfuerzo, logrando un funcionamiento económico basado en el principio de la parsimonia.

“Al moverse siempre hacia niveles mayores de complejidad organizada, la autonomía de su ambiente de una unidad en desarrollo auto-referente, llega a ser cada vez más afín a un distanciamiento de la inmediatez de la experiencia del ambiente” (Guidano, 1991, p.23).

Guidano plantea que la evolución emerge como una estrategia reguladora esencial dirigida a conseguir estabilidad en un ambiente cambiante a partir del logro de niveles más complejos de funcionamiento autónomo y auto-referente. Esto se evidencia en la distribución de la mente a través de un continuo desde tempranas

conductas exploratorias rudimentarias hasta la autoconciencia humana. En este sentido, el surgimiento de los procesos y patrones específicos subyacentes al emerger de la identidad percibida, puede considerarse como resultado de limitaciones evolutivas sistemáticas que se encuentran a la base de procedimiento evolutivo de la mente humana (Yáñez, 2003b).

V. TEORÍA DEL APEGO

Durante los años 30 y 40 comenzaron a llevarse a cabo investigaciones en torno a la influencia de la relación madre-hijo en el desarrollo de la personalidad de los sujetos.

Es así como se realizaron estudios para identificar las consecuencias que tenía para el niño el prolongado cuidado en instituciones y los cambios frecuentes de la figura materna. La teoría sobre el apego, formulada inicialmente por el psiquiatra británico John Bowlby y la investigadora canadiense Mary Ainsworth, intenta explicar los efectos de los vínculos tempranos de protección en el desarrollo psicológico del neonato y el infante, así como los efectos que produce el no contar con tales vínculos.

Posteriormente, en la década de los 90, aparece la investigadora Patricia Crittenden, quien desarrolla también una teoría vincular, tomando elementos de sus predecesores.

En su trabajo, Crittenden integra los aportes de Ainsworth, quien establece la importancia crucial que tiene para el desarrollo psicoafectivo del niño la competencia de la madre y su habilidad para atender selectiva y asertivamente las demandas y señales del lactante.

La teoría del apego de Bowlby fue desarrollada como una variante de la teoría de las relaciones objetales, por cuanto postula la existencia de una organización psicológica interna que incluye representaciones de sí-mismo y de la (o las) figuras de apego. Dado que desde la mirada única del psicoanálisis le resultaba imposible realizar las investigaciones que tenía en mente, Bowlby decidió ampliar su enfoque, incluyendo aportes provenientes de la etología, psicología cognitiva, neurobiología y de la teoría sistémica.

La teoría propuesta por Bowlby es “una teoría sistémica acerca de la organización, la función y el desarrollo de la conducta de protección en los seres humanos” (Crittenden, 2002, p.7). Los postulados centrales de esta teoría son los siguientes:

- los seres humanos se encuentran innatamente preparados para conformar relaciones de apego con sus principales cuidadores;
- tales relaciones cumplen la función de proteger a la persona apegada; y
- estas relaciones existen de forma organizada al finalizar el primer año de vida.

Brenlla, Carreras y Brizzio (2001) argumentan:

Bowlby señala que los lazos afectivos entre los niños y quienes les brindan protección y cuidado tienen una base biológica que debe ser analizada en el marco de un contexto evolucionista. Los neonatos se comportan de maneras que aseguran el acercamiento con adultos protectores. Las condiciones que amenazan las posibilidades de salud y sobrevivencia ponen en juego los comportamientos de apego. La teoría sobre el apego se focaliza en el estudio de los procesos a través de los cuales niños e infantes desarrollan sentimientos de confianza en la protección paterna y/o adulta.

(9)

Guidano integra en su propuesta la teoría del apego de Bowlby para explicar los procesos a partir de los cuales se va desarrollando la experiencia y, en definitiva, cómo se va conformando el ser humano como individuo. Una de las características fundamentales del ser humano es su calidad de ser intersubjetivo, en este sentido, cualquier autoconocimiento tiene su fundamento en la presencia de otros y en la interacción con ellos. Por tanto, sólo se puede llegar a ser un sí mismo a través de la relación con otros.

El ser humano nace como una criatura desprotegida, incapaz de sobrevivir por sus propios medios, por lo que necesita de otros para asegurar su supervivencia y su desarrollo.

Es imprescindible para el niño, por tanto, desarrollar estrategias conductuales que le permitan mantener una cercanía con sus cuidadores. Este es el apego, definido por Bowlby como cualquier forma de conducta que tiene como objetivo el logro o la conservación de la cercanía con otro individuo identificado claramente. Este es considerado como mejor capacitado para enfrentar el mundo (Bowlby, 1986). La función biológica atribuida al otro es distinta a la alimentación o al sexo: es la **protección**.

El apego es característico de muchas especies, ya que contribuye a la supervivencia. Se ve modificado por sistemas de conducta que se van corrigiendo según las metas. Algunas de estas conductas operan para atraer a la madre hacia el niño, como por ejemplo, el llanto o la sonrisa. Otras, tienen el sentido de llevar al niño hacia la madre, como las de seguirla o aferrarse.

Ontogenéticamente, el apego garantiza, en gran medida, la seguridad física y la satisfacción de las necesidades vitales del niño, que no puede valerse por sí mismo y, por tanto, depende por entero de su cuidador.

“En la especie humana, el contacto y vínculo con los padres poseen características distintivas que no tienen precedente en la escala zoológica” (Guidano, 1991, p.111). Por una parte, el proceso dura muchos años, más que en cualquier otra especie y, por otra, la relación permite hacer viable información acerca de uno mismo y del mundo. Esto implica que en el ser humano la relación padre – hijo es fundamental, ya que permite la construcción de un sí mismo y una manera particular de vinculación.

A diferencia de lo que pudiese pensarse, las conductas de apego no finalizan al concluir la infancia, sino que permanecen durante toda la vida, aunque en distintas formas (Safran y Segal, 1994).

La figura elegida por el niño para constituirse como su base segura se denomina “**figura de apego**” (Bolwby, 1986). Por lo general, es la madre quien desempeña este papel, sin embargo, lo que define quién será esta figura es la cualidad de ser cuidador. Quien provea al niño de contacto físico, alimento, calor, estimulación social y esté disponible para él la mayor parte del tiempo, es quien se constituye como tal.

El sistema comportamental de apego es considerado un sistema motivacional – conductual, evolucionista y adaptativo. Tiene como objetivo la promoción de la seguridad en la infancia y la niñez a través de la relación del niño con su cuidador. El concepto “apego” incorpora componentes sociales, emocionales, cognitivos y conductuales.

El apego es definido por Safran y Segal (1994) como

Un patrón de objetivo establecido de fundamental importancia en los seres humanos (Ainsworth, 1982;; Bowlby, 1969; 1973; 1980; Stern, 1985; Sroufe, 1979). Tiene la función biológica específica de mantener la proximidad entre el bebé y la madre o la persona a cuyo cuidado se encuentra.
(p.80)

Este contribuye a la supervivencia de la especie. A su vez, se plantea que el apego cumple un rol primordial en el desarrollo emocional, puesto que funciona como el principal sistema motivacional del hombre. Contribuye coordinando los sistemas conductuales rudimentarios incorporados al ser humano, completándolos y perfeccionándolos.

Bowlby (1993) propone que cualquier alteración en el patrón de apego generará importantes repercusiones en el desarrollo del niño. A su juicio, a partir de las pautas reiterativas de respuesta observables durante la primera infancia, es posible discernir pautas similares en el posterior funcionamiento del individuo.

“Existe una intensa relación causal entre las experiencias de un individuo con sus padres y su posterior capacidad para establecer vínculos afectivos” (Bowlby, 1986, p. 163). El niño construye modelos de relación basados en la interacción con sus padres. Una vez contruidos estos modelos, tienden a persistir incluso cuando el individuo, en años posteriores, se relaciona con personas que lo tratan de manera totalmente diferente a las adoptadas por sus cuidadores.

Es relevante resaltar que la importancia de la relación entre los padres y el niño, radica en la *percepción* que el niño tiene de lo que sus padres son, y no en lo que los padres realmente hacen o en sus intenciones específicas. Es decir, el niño va construyendo el “mundo real” basado en lo que percibe acerca de sus padres y de la relación con ellos, lo que será esencial en la organización tácita de su significado personal.

Es importante aclarar que existe una diferencia entre el apego y lo que llamamos patrón vincular. **Patrón vincular** es la forma particular de relación que se establece entre el niño y las figuras parentales. Va desarrollándose y definiéndose en la primera infancia y depende tanto de características de la figura parental como de características del niño. Por tanto, el patrón vincular se constituye como una forma particular de resolución de la dinámica de relación entre los patrones de objetivo establecido de apego y alejamiento. En otras palabras, es la forma cómo se resuelve el apego.

Safran y Segal (1994) plantean que los bebés se encuentran predispuestos biológicamente a ser sensibles a la información que los otros humanos transmiten. Distinguen rasgos y expresiones faciales asociados a emociones diversas. De acuerdo

a estos autores, los niños pequeños “leen” los estados afectivos de sus padres para obtener una segunda apreciación de cómo deberían sentirse en ciertas situaciones ambiguas. Sullivan (1953 citado en Safran y Segal, 1994), corrobora esta idea planteando que, anteriormente al desarrollo de las competencias verbales del niño, entre madre e hijo se transmiten tenues estados afectivos a través de un “*proceso empático*”. Esta clase de comunicación no verbal puede influenciar el modo como el niño llega a percibirse a sí mismo.

Las relaciones de apego, por tanto, permiten al niño desarrollar la capacidad de distinguir los propios estados emocionales y a la vez los de los otros, a partir de la decodificación de las expresiones de las figuras de apego y, posteriormente, de las otras personas que circundan su ambiente. Esta capacidad de decodificación de los rostros es crucial para comportarse en concordancia a las emociones de quienes lo rodean, manteniendo la proximidad con las figuras significativas y asegurando la supervivencia.

“El reconocimiento de la cara de los otros significativos implica siempre una reordenación global de las propias tonalidades emocionales” (Balbi, 1994 citado en Kühne 2000, p.60). El único modo de poder reconocer la propia experiencia es a través de la interacción con las figuras de apego. El reconocimiento, por parte de los otros significativos, de las emociones en curso, hace posible que el niño reconozca como propios y reconocibles por otros, sus estados emocionales y que los perciba como formando parte de su propia experiencia.

En algunos casos, cuando las situaciones son percibidas como ambiguas, los niños dejarán de codificar y procesar emociones y experiencias que parecen ser incongruentes con lo que perciben en sus padres. Esto demuestra la importancia de la coordinación emocional entre el niño y sus cuidadores. Las discordancias tienen efectos en el procesamiento de la información puesto que definirán, en cierto modo, las experiencias que son procesadas conscientemente y las que son excluidas del procesamiento consciente.

Además de su función biológica el apego provee al niño las condiciones necesarias para la conformación de un sentido de sí mismo. Aprende que debe ser reconocido como “alguien” para mantener la cercanía con otros y ser cuidado. Por lo tanto, el niño irá desarrollando gradualmente un sentido de sí mismo a partir de las tonalidades emocionales que van surgiendo en la relación de apego y que han sido reconocidas por quienes cuidan de él.

Quiñones (1997) menciona que mediante el dominio relacional con las figuras de apego emerge la autorregulación, es decir, el sujeto construiría un modelo del mundo y de sí mismo en concordancia con su desarrollo cognitivo y emocional, el cual estaría influido por los procesos de vínculo característicos de la relación entre el niño y sus figuras significativas.

La relación vincular, por lo tanto, es un fundamento del desarrollo de la identidad, de la actitud hacia sí mismo, del desarrollo de la conducta interpersonal y la actitud hacia la realidad.

La experiencia del niño y las tonalidades emocionales presentes en ella dependerán, en gran medida, del tipo de vínculo existente entre el niño y sus cuidadores. La proximidad y la disponibilidad de acceso de los padres, además de la posibilidad de coordinación emocional con ellos, son aspectos cruciales en la determinación de las emociones que caracterizarán la experiencia del niño. De este modo, la percepción de un alejamiento indeseado, de una pérdida o amenaza de pérdida suscitará ansiedad en el niño, mientras, por el contrario, su cercanía con las figuras de apego y la posibilidad de acceso a ellas le producirá una sensación de seguridad y emociones más placenteras.

Bowlby (1986) plantea, que la ansiedad de perder al ser amado o separarse de él no se produce sólo porque exista una situación de riesgo real, sino por estar aumentada la probabilidad de dicho riesgo. Por lo tanto, la ansiedad no aparece sólo

cuando se abandona al niño, sino cuando se amenaza con abandonarlo. Tal amenaza produce también ira, tendiente a disuadir al que quiere abandonarlo.

Como una conducta antitética al apego se erige la **conducta exploratoria**. Bowlby (1993) plantea que ambas son componentes básicos del ser humano.

La exploración implica el alejamiento de las figuras de apego para recorrer el ambiente y conocerlo. Según el autor, esta conducta viene también incorporada biológicamente y es crítica para el proceso de individuación, puesto que permite al niño separarse de la figura de apego para explorar, lo que conlleva una experiencia de ser un sujeto, separado de los padres y distinto a ellos, contribuyendo a la formación de la propia identidad. La exploración, al igual que la conducta de apego, permite al niño conocer el mundo, a los otros y a sí mismo.

Para que pueda llevarse a cabo esta conducta y continúe desarrollándose, es necesario que los padres se hayan constituido como una **base segura**, a partir de la cual pueda explorarse el ambiente a sabiendas que éstos estarán dispuestos y disponibles para protegerlo en su exploración. Además, una base segura implica que el niño pueda alejarse y saber que a su regreso sus padres estarán dispuestos a recibirlo y cuidarlo. La exploración es una experiencia activadora para el niño. Si se cuenta con una base segura será vivenciado, como en el caso del juego, como algo placentero, sin embargo, si no se cuenta con esta condición, la exploración puede ser experimentada como angustiante. Las actitudes de los padres al respecto son fundamentales, ya que, si el niño teme ser rechazado al volver, siente que sus padres no lo cuidan en el proceso o percibe la ausencia de éstos a su regreso, difícilmente estará dispuesto a alejarse de ellos y no explorará el ambiente, lo que sin duda, tendrá consecuencias en el conocimiento de sus propias capacidades.

Guidano (citado en Quiñones, 2001) plantea que el apego es el sistema de autorreferencia subyacente al desarrollo y mantenimiento de la identidad. Este se entiende como un proceso complejo que emerge de un intercambio continuo y

dialéctico entre cercanía y separación. De acuerdo a esta perspectiva, la separación se considera como una parte integrante del apego, que facilita el desarrollo de modalidades más complejas y elaboradas de apego.

Por su parte, Patricia M. Crittenden (2002), propone el modelo dinámico - madurativo de los patrones de apego, en el cual se considera que el funcionamiento mental y la supervivencia de la especie dependen, fundamentalmente, de la capacidad de predicción del peligro que posea el individuo. Esta capacidad de predicción constituiría la base sobre la cual se pueden distinguir las diversas calidades de apego.

En el modelo dinámico – madurativo se establecen tres tipos de patrones de apego: Tipo A, Tipo B y Tipo C. Se describe “(...) el funcionamiento psicológico de los patrones ABC en función de dos dimensiones: la fuente de información (Cognitiva versus Afectiva), dimensión horizontal, y el grado de integración de la información (Integrada versus No integrada), dimensión vertical” (Crittenden, 2002, p.11). Los patrones de apego son conceptualizados como constructos dimensionales, en los cuales, el tipo de funcionamiento está determinado por el nivel de articulación entre la fuente de información y el grado de integración. En cuanto a la fuente de información, se plantea que la cognición permite conocer cuándo se puede esperar el peligro, en cambio, el afecto brinda la información respecto a dónde se puede esperar peligro. Estos tipos de información pueden encontrarse en un mayor o menor nivel de integración, permitiendo así, el desarrollo de representaciones mentales complejas y precisas o falsificadas y distorsionadas, respectivamente.

En el caso del funcionamiento de los patrones de apego se distinguen:

- Tipo A** (denominados evitativos o defensivos), se basa en la información cognitiva, excluyendo, distorsionando o falsificando la información afectiva;
- Tipo B** (denominados seguros), utilizan de manera flexible e integrada la información proveniente de ambas fuentes.
- Tipo C** (denominados ambivalentes o coercitivos), se sustenta en la información afectiva, excluyendo, distorsionando o falsificando la información cognitiva.

V. 1.- Los procesos de vínculo y la autoidentidad

Trevarthen (1979, 1982 citado en Guidano, 1994) indica que el ser humano se encuentra naturalmente dotado de una capacidad para la experiencia intersubjetiva. Desde su nacimiento se observa una propensión a conocer a otros y a sí mismo en relación con éstos. Según Lecannelier (2001) antes de nacer y en los primeros meses de vida, es posible confirmar que la intersubjetividad es parte de la historia evolutiva del individuo, a través de lo que Trevarthen denominó “la intersubjetividad primaria”. Lecannelier (2001) señala que esta noción permite afirmar que:

Desde los primeros días de vida de un infante, existe una sintonía emotiva con la madre y no con otras personas. Los niños, ya a muy temprana edad, muestran una cierta proactividad, en términos de preferencia y atención por los olores, sonidos y expresiones faciales de la madre. Asimismo, en los primeros meses, el niño y su madre muestran una coordinación gestual y vocal. (El desarrollo del self, 7)

Como condición ontológica esencial, a la base del ordenamiento de la experiencia, aparece la fuerte tendencia del niño a formar lazos emocionales estrechos con sus cuidadores.

Dado que, como se mencionó anteriormente, una de las características básicas de la experiencia humana es la intersubjetividad, es claramente comprensible el hecho que el ser humano llega a constituirse como un sí mismo sólo mediante la interacción con otros. La naturaleza relacional, dialéctica del sí mismo, pertenece a la estructura misma de éste, no es algo que se identifica con una dinámica social que empieza después que el sí mismo se ha establecido.

El sí mismo autoorganizado tiene como función básica la construcción de un sentido de sí mismo (identidad) y su permanencia, del modo más estable posible a lo

largo del ciclo vital (Guidano citado en Quiñones, 2001). El desarrollo del sentido de sí mismo es algo que ocurre en virtud de las interacciones con las figuras de apego. Este proceso ocurre a lo largo de toda la vida.

Guidano (1991) propone que:

El logro gradual de un sentido de identidad y de entidad personal, requiere de un contexto interpersonal estable a través del desarrollo. Así, los procesos de vínculo y las habilidades de auto-organización están integralmente entrelazadas; el desarrollo progresivo de los patrones familiares de vínculo representan el contexto de la llave decodificadora que provee foco y dirección a las habilidades cognitivas-emocionales que va desarrollando el niño. Comenzando con meras ligazones físicas durante la temprana infancia, el vínculo se vuelve un vehículo altamente estructurado a través del cual llega a ser disponible una ilimitada información cada vez más compleja acerca de uno mismo y el mundo. (p.39)

El “yo” llega a verse como un “mí”, es decir, como a las otras personas, sólo a través de la conciencia que los cuidadores tienen de su conducta (Guidano, 1994).

La autoconciencia emerge de un autorreconocimiento posibilitado por la aptitud empática, es decir, asumir como propias las actitudes ajenas. “Elaborar una autoimagen consciente consiste en delimitar el perfil del “mí” a partir del “yo” percibido” (Guidano, 1994, p.35).

Lo que da continuidad al desarrollo de la identidad, por tanto, es la progresiva emergencia de un sentido de sí mismo unitario y singular, que se adquiere a través del conocimiento de uno como distinto de los otros y que cuenta con sus propios

atributos. Puesto que el desarrollo cognitivo en los niños es lento, éstos adquieren tal conocimiento mucho antes de ser capaces de reflexionar sobre ello. Sólo en la adolescencia son capaces de transformar esta aprehensión tácita de sí mismos en un sentido íntegro de identidad personal.

Guidano (1991) plantea que la unicidad es un factor básico para el desarrollo de relaciones vinculares. Con esto quiere decir que el niño tiende a ordenar jerárquicamente sus figuras vinculares, puesto que para él es muy difícil formar vínculos seguros con más de una persona. En este orden, la figura principal se encuentra en el nivel más alto.

“Una relación única con una figura vincular, produce una especie de modelo dentro del cual otras informaciones fragmentarias sobre uno mismo y el mundo pueden ser organizadas en un todo coherente” (Guidano, 1991, p.40). Es decir, la unicidad en los vínculos permite al sujeto reconocerse como una totalidad. Además, durante las primeras etapas del desarrollo, cuando la cognición se encuentra cercanamente ligada a la situación existente, los niños son capaces de abstraer su propio sentido de unicidad y singularidad, de la experiencia misma de estar involucrados en una relación.

Dentro de este tipo de relación emocional, los procesos de aprendizaje del niño pueden ser esbozados a través de los *procesos de identificación*.

En un principio, el sentido de uno mismo se encuentra indiferenciado y afronta un mundo confuso e ininteligible. Durante el desarrollo, el sentido continuo de sí mismo emerge de dos tendencias opuestas: una hacia lo externo y la otra hacia lo interno (Guidano, 1991).

El **proceso de identificación** parece ser la función de una tendencia general hacia lo externo y consiste en “(...) la capacidad de reconocer información relevante sobre sí mismo a través de la semejanza percibida entre la continua percepción de uno

y la percepción de los otros significativos” (Guidano, 1991, p.41). Esta es la principal función de la tendencia hacia lo externo. Por otro lado, la elaboración de un sentido de sí mismo legítimo también requiere el abandono de la fuente de identificación. Esta tendencia hacia lo interno implica la capacidad para convertir en un atributo personal estable las semejanzas percibidas en una figura vincular y se constituye como el **proceso de diferenciación**⁶. Es así como los niños van imitando a sus figuras de vínculo en diversos aspectos, sin embargo, en el proceso van integrando estas características como propias, creando una identidad personal singular percibida como coherente por ellos mismos.

Es importante señalar que la relación padre – hijo, por la lógica auto-referente de cualquier relación afectiva básica, puede ser considerada como una situación en extremo compleja, como un proceso de identificación recíproca. Los padres pueden experimentar la relación con el niño como una fuente central de “confirmaciones potencialmente disponibles (...) para la percepción de sí mismos” (Guidano, 1991, p. 110).

La diferenciación sí mismo/otro es un proceso complejo, de niveles múltiples. Ambas condiciones, identificación y diferenciación, son igualmente necesarias para la experiencia. Por una parte, la comprensión de otra persona implica identificarse con ella. De esto se despliega la empatía, sostenida y mediatizada por una semejanza percibida con otro significativo, lo que implica un compromiso emocional con él. A partir de esto, se delimita “(...) la propia subjetividad respecto de la objetividad de una realidad interpersonal compartible” (Guidano, 1994, p.36).

Los procesos de identificación parecen relacionarse con diferentes mecanismos y efectos dependiendo de la fase evolutiva en la que se encuentre el sujeto, y son fundamentalmente tácitos. Al respecto, las fases críticas que pueden

⁶ Para la presente investigación se utilizará el término “diferenciación”, proveniente de las reformulaciones elaboradas por el modelo Constructivista Cognitivo, como un equivalente a lo que Guidano define como proceso de identidad, con el fin de distinguirlo del sentido de sí mismo o identidad personal.

verse particularmente afectadas por estilos parentales inadecuados son la temprana infancia y la adolescencia. Esto es así pues en la infancia los primeros patrones estables de auto-percepción y auto-reconocimiento del niño se constituyen como los puntos de referencia necesarios para los procesos posteriores. La adolescencia es una fase de integración en la que se establece un sentido definido y pleno de persona, por lo tanto, es aquí donde culminan todos los estadios madurativos.

Durante la infancia, el vínculo del niño con su cuidador tiene una notoria influencia sobre la estructuración de los esquemas emocionales, y, por tanto, sobre los primeros patrones de autopercepción estables.

La sintonía con una fuente sincrónica de estímulos regulares⁷ va organizando el flujo sensorial en una corriente de ritmos psicofisiológicos recurrentes que permiten al niño ir reconociendo sus sensaciones corporales y fisiológicas. Del mismo modo, los aspectos emocionales del apego van transformando progresivamente las tonalidades afectivas en módulos emocionales más específicos, que caracterizarán la experiencia del sujeto. Por medio de conductas y motivaciones de los cuidadores, el niño comienza a relacionar sentimientos básicos difusos con recuerdos, acciones y percepciones, convirtiéndolos en esquemas emocionales susceptibles de ser reconocidos por el sujeto como experiencias propias. La experiencia subjetiva aparece acompañada de la percepción de que uno es una entidad diferenciada de los otros. Guidano (1994) plantea que:

Los ritmos psicofisiológicos y los esquemas emocionales se convierten en ingredientes básicos de la conciencia infantil, que es verdaderamente afectiva en su naturaleza y cualidad (Buck, 1984; Ende, 1984; Izard, 1980). Por lo tanto, el propio sentir, inmediatamente y directamente percibido como un sentido cinestésico interior (“yo”), se organiza de forma primaria en torno a esquemas emocionales prototípicos

⁷ Esta fuente corresponde a la figura de apego.

diferenciados a través de la reciprocidad del apego con los cuidadores. (p.34)

Durante el primer y segundo año de vida, se lleva a cabo la diferenciación entre el sí mismo y el no sí mismo. Cuando el sentido de sí mismo, desarrollado hasta el momento, se integra al desarrollo del sentido de permanencia y continuidad se logra, por lo general, el **auto-reconocimiento**. Este se alcanza cuando el infante logra integrar el desarrollo de múltiples habilidades en un verdadero sentido de sí mismo, alrededor de los dos años.

Guidano (1991) sostiene que:

El reconocimiento del sentido de si mismo consiste no sólo en una diferenciación “cognitiva” entre el si mismo y el no si mismo, sino que también involucra una actitud emocional hacia el no si mismo- una especie de “tono afectivo” sobre el mundo social. (p.49)

Este tono afectivo corresponde a esquemas emocionales que contienen la información del mundo social. La naturaleza de la respuesta que da el cuidador al infante determina la calidad de la tonalidad afectiva de éste.

Los padres determinan la información de sí mismo y del mundo que es significativa y cómo ésta será procesada, además de ser la fuente para la elaboración de un sentido de sí mismo. Un conjunto de información significativa proviene de los componentes afectivos del vínculo padre-hijo, y otro corresponde a la forma como los padres facilitan o interfieren en la búsqueda de autonomía del niño. Los niños deben resolver el conflicto entre el estar controlados desde afuera y el aprendizaje que requiere llegar a controlarse por sí mismos.

Durante los años preescolares y en la niñez, por la limitación de las capacidades cognitivas, los procesos de identificación se encuentran mediados principalmente por los aspectos emocionales inmediatos de la relación significativa en curso.

“Los patrones de procesos de vínculo e identificación constituyen el marco unitario a través del cual se va desarrollando la diferenciación emocional durante todo el período de la edad preescolar” (Guidano, 1991, p.52), puesto que la percepción del estado afectivo de otro es necesario para reconocer el mismo sentimiento dentro del sí mismo.

Al ser la conciencia infantil afectiva, el sentido del yo está principalmente organizado en torno a esquemas emocionales prototípicos. Son estos esquemas emocionales básicos los que proveen la característica perceptual - afectiva que permite asimilar la experiencia en curso.

Tomkins (1978, citado en Guidano, 1991), sugiere que los seres humanos se encuentran innatamente dotados para organizar la experiencia. Una escena constituye la unidad básica de análisis desde la experiencia del niño, es decir, corresponde a “(...) un conjunto de esquemas emocionales que ensaya y reproduce un sentido de sí mismo a partir de una experiencia concreta previa” (Guidano, 1991, p.52). Las escenas más cargadas de afecto o las más intensas, en este sentido, se constituyen como “imágenes criterio”. Estas influyen en las habilidades cognitivas disponibles hasta el momento, integrándolas con otras escenas a partir de analogías, más que por las semejanzas en detalles.

De este modo, durante la infancia y los años preescolares, varios conjuntos de escenas ordenadas por jerarquía alrededor de las imágenes criterio, se diferencian en forma paralela.

Al finalizar la edad preescolar, cuando las escenas prototípicas se encuentran diferenciadas, amplificadas y magnificadas suficientemente, se da lugar a una conceptualización rudimentaria, tornándose disponible un esbozo de “escena nuclear”, a la vez que los patrones de auto-percepción se tornan más estables y capaces de anticipar el futuro inmediato. Una escena nuclear, es originada a partir de una situación cargada de afecto que se torna prototípica al ser experimentada reiteradamente por el niño en situaciones similares, aunque no exactamente idénticas, experimentadas no tanto como una intención consciente, sino como por una incapacidad de evitarlas.

“La formalización de una escena nuclear consiste en el ordenamiento de diferentes conjuntos de escenas en un circuito recurrente que oscila entre dos grupos principales de esquemas emocionales prototípicos seleccionados y diferenciados de los patrones vinculares tempranos” (Guidano, 1991, p.53). Esto representa una mínima organización cognitiva automantenedora que es capaz de generar, paralelamente, su propio patrón de auto-percepción y una sucesión ordenada de conductas y emociones.

La diferenciación de escenas nucleares subyace al desarrollo posterior de las diferencias individuales, proveyendo de dirección y foco a los procesos cognitivos, ya que seleccionan los dominios específicos de la experiencia, influyendo en el contenido que el conocimiento irá asumiendo.

Entre los cuatro y cinco años se produce un reordenamiento del sí mismo, producto de la interacción creciente entre la diferenciación emocional y el crecimiento cognitivo. La diferenciación entre el sí mismo y el no sí mismo se origina por la adquisición del sentido de los otros como personas con intención y por el aumento de las habilidades de descentralización y distanciamiento, lo que permite al niño percibirse como relativamente independiente. Las escenas nucleares, formales ahora, se constituyen como experiencias emocionales sobre las que el niño puede actuar.

“Al finalizar el período preescolar, emerge un “camino evolutivo” (Bowlby, 1979) que de ningún modo determina el “destino” o el “mapa” o el “viaje” que recién comienza, pero que si aporta una guía, influyente para su llegar a ser” (Guidano, 1991, p.57).

Al final de los años preescolares, se adquiere la identidad de género específica y estable. Para desarrollar los atributos de masculinidad y feminidad es fundamental el proceso de identificación con el padre o un sustituto del mismo sexo, así la identidad se reconoce y se siente. La cualidad y la consistencia con que los padres exhiben su rol sexual es importante para el desarrollo de la confianza del niño en su masculinidad o feminidad.

En este proceso el padre del sexo opuesto permite un ensayo en que el niño prueba su aceptabilidad y el atractivo de su identidad sexual, al aproximarse a su maduración sexual (Guidano, 1991).

En la niñez los procesos de conceptualización se vuelven más diferenciados. Esto corresponde a la etapa de “operaciones concretas” de Piaget. Se produce la descentralización, es decir, un distanciamiento de la experiencia inmediata, sin embargo, aún su pensamiento sigue ligado al objeto (Guidano, 1991).

Al comienzo de la niñez se produce el paso de la diferenciación física a la psicológica. El carácter distintivo respecto a los otros se expresa como una actitud psicológica y emocional. Existe una percepción mayor de la propia subjetividad, se reconocen claramente las diferencias entre los estados interiores y exteriores y se percibe la experiencia psicológica como diferente de la conducta real. Aparece el sentido de ser un agente independiente cuando el niño toma conciencia de la experiencia inmediata, que conlleva la posibilidad del engaño consciente para controlar la relación con los otros significativos. Junto con el crecimiento de la capacidad cognitiva y motriz, surge la capacidad de manipular la modulación

emocional inmediatamente experimentada (yo) a fin de mantener la propia apreciación del sí mismo (mí) como coherente (Guidano, 1991).

La interdependencia entre la complementariedad y la búsqueda de autonomía es compleja, al igual que los procesos de identificación, esto se debe a la capacidad de abstracción y a la toma de perspectiva. Producto de la relación, aún complementaria, los padres pueden influir en la forma como los niños aprenden a decodificar y reconocer sus propias experiencias emocionales.

Cuando se produce una experiencia, que es distinta de la que los padres suponen que el niño tiene, hay una exclusión de emociones y pensamientos, por lo que las redefiniciones que hacen los padres son procesadas por los niños. Esto tiene una importante repercusión en el desarrollo de la auto-percepción de niño, ya que se puede llegar a excluir experiencias emocionales de la identidad percibida de uno mismo, además de crearse un sentimiento de poca confiabilidad para reconocer y definir los propios estados internos.

La influencia parental es contrabalanceada por la red social, haciendo posible que la búsqueda de autonomía se vuelva más definida. Esta diferenciación del rango jerárquico de modelos significativos implica una descentralización emocional, en busca de autonomía. A pesar de esto, los patrones de interacción social-familiar pueden influir indirectamente en la construcción del mundo social. Acerca de lo anterior Guidano (1991) argumenta que:

La cualidad y consistencia de los aspectos emocionales de la conducta parental influyen en la habilidad del niño para enfrentar las emociones que surgen de las relaciones interpersonales, ya sea magnificando o reduciendo posibilidades de establecer relaciones sociales significativas, que pueden producir efectos apreciables de modelamiento (p.59).

En la adolescencia se producen transformaciones cualitativas del sí mismo. “Varios conjuntos de esquemas emocionales y los guiones relacionados con ellos son continuamente ejercitados, reelaborados y comparados con las experiencias nuevas, que tienen su origen en el pensamiento lógico/deductivo, la maduración sexual, y la autonomía (separación de los padres)” (Guidano, 1991, p.72).

Esta etapa se caracteriza por la aparición del pensamiento lógico, abstracto, correspondiendo al estadio de operaciones formales de Piaget. Estas habilidades permiten imprimir la diferenciación e integración de la identidad. La relación entre lo que es real y lo que es posible, implica un “ensanchamiento del mundo”, es decir, se subordina el mundo real al mundo posible. Los procesos de identidad tienden a la consecución de un equilibrio oscilante estable entre los límites de significados personales, esto refleja la diferenciación de un repertorio de reacciones cognitivo-emocionales automáticas que atenúan las perturbaciones en curso.

Junto con el desarrollo de la abstracción reflexiva en la adolescencia, aparece la conciencia que posee el sí mismo de su propia autoconciencia, la estabilización de un sí mismo que no se produce sólo por la confirmación o desconfirmación de los otros, sino por características reflexivas del propio sujeto.

En los patrones vinculares se producen cambios que modifican el interjuego entre la complementariedad y la búsqueda de autonomía. Se construye una explicación, en el nivel explícito, de la diferenciación entre el yo y los otros que anteriormente sólo se daba en un nivel tácito.

Debido a una actitud vincular menos emocional, el adolescente lucha por adquirir una identidad adulta por lo que “(...) dirige los procesos de identificación hacia la internalización de un valor de modelo de vida y axiomas filosóficos existenciales” (Ibidem, p.69). Los procesamientos lógicos deductivos permiten un conocimiento más abstracto que se asimila principalmente de modo tácito. Los

procesos de identificación “(...) producen una codificación tácita de la realidad proveniente de los valores percibidos de la madre o del padre” (Ibidem).

En este período, los adolescentes experimentan una separación cognitiva y emocional de sus padres, pero esto no reduce los procesos de identificación, al contrario, la separación se constituye como una motivación para la identificación, ya que la internalización aumenta en respuesta a la separación. Los procesos de modelamiento son tácitos y permiten tener un patrón de valores provenientes de los padres (Guidano, 1991).

Los padres disminuyen su importancia como figuras primarias de vínculo, producto de transformaciones cognitivas y emocionales. A través de una sucesión de transformaciones cognitivas, mezcladas con las emociones correspondientes, los adolescentes experimentan repetidas interrupciones en el vínculo parental, llegándose a conformar una identidad adulta unida a una actitud nueva hacia los otros.

Guidano (1991), al respecto comenta:

Cuando el vínculo con los padres se vuelva menos central, las relaciones afectivas sexuales aumentan en importancia, ya que los adolescentes buscan en éstos el apoyo y la confirmación de su sentido de identidad que previamente habían buscado en sus vínculos parentales. (p.71)

Por lo tanto, una vida amorosa es consecuencia de una balanceada y adecuada identificación y separación, y es una expresión directa de competencia y autonomía.

El período de la adolescencia se caracteriza por una conciencia dividida, en que se producen dos procesos simultáneos interdependientes y complementarios. El sujeto percibe una dicotomía entre un “yo aparente”, que se refiere a la forma como se comporta en situaciones específicas, y la percepción de un “yo real”, es decir, la

forma en que se comporta independientemente de la situación. El yo aparente hace referencia a la descentralización del mundo, es decir, el descubrimiento de una multiplicidad de puntos de vista detrás de la aparente unicidad, lo que implica un enfoque más relativista de la realidad (es la acción de percibir al “yo” en instancias concretas) y, por otra parte, la **recentralización** en sí mismo, coincidente con el yo real, correspondiente a la percepción de uno mismo siendo directa e inmediatamente afectado por los propios límites internos, desconsiderando los instantes subsecuentes. La recentralización, por tanto, consiste en poner el sentido de sí mismo y de la vida en el centro de la experiencia personal a cada momento, para gobernar el sentido de soledad epistemológica emergente.

Mientras el adolescente reconoce la pluralidad de perspectivas alternativas debe comprometerse con algún significado y una perspectiva que sienta como única y personal. “Así, el compromiso consigo mismo va paralelo a la programación de vida de la percepción del futuro percibida de uno” (Guidano, 1991, p.74).

De este modo, el sentimiento de soledad epistemológica y la fluctuación entre el centramiento y descentramiento abre camino a otro rango de sentimientos desafiantes que emergen aumentando la presión a un compromiso continuo consigo mismo.

Finalmente, se considera que el logro del adolescente de repersonalizar la realidad y marcarla por la relatividad, se constituye como la primera integración prototípica de la vida de un individuo que se encuentra en un profundo cambio “fisiológico”. Esta funcionará como un criterio de referencia a partir del cual se compararán los futuros desafíos tendientes a cambios profundos o revoluciones personales.

Guidano (1991), al respecto expresa:

La adolescencia representa un paso crucial en el desarrollo porque dependiendo de cómo se integren las transformaciones maduracionales los individuos tendrán pocas o mayores posibilidades de desarrollar un auténtico compromiso consigo mismos, y esto a su vez influirá la mayor parte de su vida futura. (p.77)

Durante el desarrollo, entonces, los patrones vinculares van cambiando desde la labilidad de la infancia temprana, hacia la estabilidad de la adolescencia y la juventud.

A partir de lo anterior se desprende que, en la adolescencia y la juventud, ocurre una especie de “revolución cognitiva”. La interdependencia fundamental entre el vínculo y los procesos de identidad y de significado personal se vuelve más abstracto.

Puesto que el vinculamiento con otros significativos continúa siendo crucial para la estructuración del auto-conocimiento durante toda la vida, en la adultez surgen nuevas formas de vínculo que pueden confirmar, apoyar y expandir aun más la realidad personal. Un ejemplo de éstas son las relaciones de pareja que juegan, al igual que las demás relaciones significativas, un rol central en la preservación del propio sentido de identidad.

Guidano (1991) aclara que no todos los lazos afectivos pueden ser considerados como vínculos, en el sentido anteriormente descrito. Sólo aquellas relaciones largamente vivenciadas, interacciones cara a cara que cuenten con un nivel importante de intimidad emocional, son capaces de tener efectos de importancia sobre la estabilidad del sentido de identidad personal. Estas, según el autor, son relativamente escasas a lo largo de la vida. Con esto quiere decir que, a pesar de

representarse en formas diferentes, en la adultez se da la misma interdependencia entre vínculos únicos y estabilidad de la identidad que se encuentra en las primeras etapas del desarrollo.

A la base de la continuidad y la coherencia de los procesos de significado personal se encuentra la interrelación entre el individuo y su red personal de relaciones únicas, por lo que es posible “(...) asumir razonablemente que las emociones más disruptoras que una persona puede experimentar en la vida, son las que surgen en el curso del establecimiento, mantención y quiebre de tales relaciones” (Guidano, 1991, p.44).

En la adultez, aunque de manera más abstracta, la identidad de sí mismo, ahora más estable y diferenciada, hace reconocible y decodificable al sí mismo, sólo a partir de la interacción con otros. “Esto implica que la continua interacción con las experiencias de los otros –ya sea en forma directa o simbólica- es el proceso básico que transforma el desarrollo de vida de la identidad reflexiva en un proceso en espiral, abierto” (Ibidem).

En definitiva, según Guidano, la **identidad personal** es un proceso dialéctico interactivo que se construye a través de una progresiva diferenciación entre el “yo” y “el no yo”. Este proceso llevará al sujeto a la obtención de un “sentido de unicidad y singularidad adquirida del conocimiento de uno como diferente de los otros y que tiene sus propios atributos” (Ibidem, p.41).

Desde una perspectiva evolutiva, Guidano (1991, 1994) sostiene que el logro gradual de un sentido de identidad precisa un contexto interpersonal estable a lo largo del desarrollo. Por esta razón, el vínculo estable con otro significativo jugaría, de algún modo, un rol diferenciador en el curso del desarrollo humano. Estos procesos de vínculo están entrelazados integralmente con las habilidades de autoorganización.

VI. ORGANIZACIÓN DE SIGNIFICADO PERSONAL

Como premisa básica debemos considerar que nuestro ser en el mundo es inseparable del ordenamiento que hacemos de él. El ser humano observa la realidad en que vive desde su propio orden perceptivo, por lo tanto, *conocer* es equivalente a *existir*. El *significado* es el modo en que el sujeto aprehende el mundo como resultado de la experiencia generada por su praxis vital, es decir, su interacción con el medio y los otros, y por el contexto histórico en que está inmerso.

Es posible considerar como el aspecto más singular de la existencia el “esfuerzo en pos del significado”, es decir, el ser humano, inmerso en una realidad intersubjetiva, busca un significado que logre dar coherencia a su sí-mismo. Esta búsqueda de significado se desarrolla como una comprensión proactiva, influenciada por condiciones intersubjetivas específicas e ineludibles que definen un conjunto de emociones prototípicas, con el objeto de compartir significados en relación a una dimensión simbólico-lingüística común. En el individuo, dicha búsqueda adopta la forma de una construcción y mantenimiento de un **significado personal** coherente.

Relacionado con lo anterior, Johnson (1987), Olafson (1988) y Shanon (1987, 1988) (citado en Guidano 1994) comentan:

El significado es propio primordialmente de la actividad autoorganizadora global del ser humano. En otras palabras, el significado es una *comprensión ontológica* en la que la recursividad percibida de la propia modulación afectivo-fisiológica fluyente es coherentemente reconocida y apreciada como unitaria y continua en el tiempo, mediante la estructuración de categorías básicas (autoidentidad, verdad-falsedad, competencia-control, etcétera) de intercambio entre

el ser y el mundo, capaces de producir y asimilar experiencias coherentes. (p.51)

A partir de esta premisa, se estima que “todo sistema de conocimiento individual debe considerarse, desde el punto de vista ontológico, como una organización autorreguladora de los procesos de significado personal” (Guidano, 1994, p.52).

“Organización de Significado Personal” hace referencia a la organización de los procesos de conocimiento personal que emerge gradualmente durante el desarrollo individual. Si bien, cada individuo vive en una realidad social objetivamente compartida, construye activamente, en un nivel superior de experiencia perceptual, su propia perspectiva. Cualidades que resultan importantes para el proceso personal de organización de significado, son su evolución temporal y plasticidad, en especial la habilidad para sobrellevar cambios en su vida y continuar manteniendo un sentido estable de unicidad y continuidad histórica (Guidano, 1991).

Dada la naturaleza interaccional de la experiencia humana, todo sentido de sí mismo se encontraría ligado a la experiencia de formar parte de la conciencia de los otros.

El proceso vincular más elemental es el de predecir las oscilaciones entre proximidad y alejamiento de la figura significativa de referencia. Es en este proceso que, mediante el fluir de la dinámica y la mantención de los lazos primarios, se adquieren los esquemas emotivos que se constituyen como aspectos invariantes de la noción del mundo y de uno mismo. Es en el proceso vincular que se organizan las tonalidades emotivas básicas de una forma particular que es equivalente al surgimiento de un modo de ordenar el mundo y a sí mismo (Zagmutt y Ferrer, 2003).

Los padres o cuidadores pueden facilitar la exploración y el reconocimiento de los estados emotivos en el niño, o bien, ignorarlos o redefinirlos. Por tanto, podría

decirse que los otros sostienen nuestra identidad condicionando, en algún sentido, nuestra búsqueda de coherencia interna, puesto que, para tener la sensación de coherencia, debemos percibir que nuestra identidad es suficientemente positiva como para sostenerse. Una autoimagen aceptable es de crucial importancia en la comprensión ontológica.

Como resultado de la calidad de la predicción, acerca de la disponibilidad de las figuras significativas ante las necesidades del niño, encontramos dos formas posibles de enfrentamiento a los desafíos. Por un lado, el niño puede guiarse predominantemente por patrones externos, cuando esta predicción de disponibilidad es baja, lo que se traduciría en sujetos que tienden a privilegiar la individualidad. Por otro lado, el niño puede guiarse predominantemente por patrones internos, cuando la predicción de disponibilidad es alta, en este caso los sujetos tienden a privilegiar la conexión con los otros para operar con la realidad.

“El modo específico de organizar de una manera idiosincrásica y apriorística las experiencias emotivas que surgen en el interjuego aproximación – evitación en referencia al cuidador es lo que Guidano define como una organización de significado personal” (Zagmutt y Ferrer, 2003, La organización de significado personal, 2).

A partir de lo anterior, Zagmutt y Ferrer (2003) proponen que la Organización de Significado Personal es:

Un sistema de ordenamiento de la experiencia inmediata en un proceso idiosincrásico de ordenar, agrupar y combinar las diferentes tonalidades emotivas básicas que se entrelazan con el sistema explicativo haciendo consistente esta experiencia con una imagen explícita positiva de sí mismo de modo de dar coherencia al sistema total y permitir su viabilidad. (Ibidem, 5)

Es a partir de las emociones significativas, principales en los vínculos tempranos de apego, que se puede entender la búsqueda del ser humano por el significado como una comprensión proactiva y apriorística de la realidad. Durante toda su vida, el individuo construirá un significado personal coherente en un esfuerzo por producir un mundo acorde al significado emotivo. Este es un proceso de construcción continua de un auto-reconocimiento explícito positivo.

En el despliegue de Organizaciones de Significado Personal distintas, subyace el autoordenamiento de diferentes patrones de unidad organizativa del campo emocional.

En cada OSP el ordenamiento inicial de guiones nucleares origina, durante las etapas de la maduración, categorías básicas de significado personal que, con el advenimiento de la abstracción reflexiva en la adolescencia, van creando “una estructuración de la realidad capaz de producir pruebas de sostén para la propia apreciación activa del sí-mismo y el mundo” (Guidano, 1994, p55).

Si se postula que el significado personal refleja el patrón de la organización emocional y psicofisiológica y, si tomamos en cuenta que la cantidad de emociones fundamentales que pueden ser experimentadas por los seres humanos es relativamente pequeña, las posibilidades de combinación y recombinación, que permiten producir una autopercepción fiable junto a un nivel aceptable de autoestima, son probablemente pocas. Esto significa que existiría un número restringido de Organizaciones de Significado Personal. Guidano (1994) sostiene que existen, tal vez, entre cuatro y seis, o a lo sumo nueve o diez.

Algunos autores afirman que, a pesar de la gran variabilidad de actitudes que pueden tener los progenitores hacia sus hijos, sería posible establecer tres patrones de apego central primitivo⁸. Esto se constituye como una nueva evidencia para el

⁸ Estos dependen de la percepción del niño acerca de la accesibilidad de sus padres y corresponden a un continuo que va desde el apego seguro hasta el apego desorganizado. Dentro de éste, las categorías descritas por Guidano son: apego seguro, inseguro-evitativo e inseguro ambivalente.

establecimiento de un número reducido de Organizaciones de Significado, si consideramos que las organizaciones centrales primitivas corresponden a las expresiones de la aptitud autorreguladora y autoorganizadora de los procesos de apego, lo que significa finalmente, que si estos procesos son tres, las OSP también se verán limitadas en su número.

Un conjunto diferenciado de OSP representa las modalidades autorreferenciales, a través de las cuales la conciencia humana logra ordenar la multiplicidad y variabilidad de un ambiente dinámico de manera coherente con su experiencia vital. Mediante la actitud autoorganizadora se logra la **coherencia en un ambiente dinámico**, la que puede encontrarse desde las etapas iniciales de la diferenciación de la mismidad.

Zagmunt y Ferrer (2003), aluden a lo siguiente:

Guidano propone ordenar la enorme diversidad de las expresiones de superficie de la experiencia humana, ya sea normal o patológica, en cuatro modalidades invariantes de funcionamiento profundo. Estas son generadas a partir de las relaciones vinculares tempranas y se estabilizan de manera definitiva en la adolescencia, al culminar el desarrollo del pensamiento abstracto. Estas modalidades permiten explicar todas las variaciones de superficie de la conducta humana, a la luz de la cualidad experiencial que subyace a toda expresión psicopatológica. (La organización de significado personal, 10)

Para lograr una diferenciación de los propios límites, se hace necesaria una comprensión ontológica -hasta qué punto el “mi” puede apreciar a su “yo”- en la que el significado personal estaría representando un procesamiento proactivo: “Un ordenamiento activo de redes de acontecimientos significativos relacionados, que genera una percepción del mundo capaz de desencadenar patrones recursivos de

modulación emocional (“yo”), específicamente reconocibles como el propio sí-mismo (“mi”) unificado y continuo en el tiempo” (Guidano, 1994 p. 53). Esta forma de conocimiento proactivo otorga a los individuos una manera particular de sentirse en el mundo y apereibir cualquier evento desafiante, lo que finalmente constituye un modo de restricción del conocimiento (Zagmutt y Ferrer, 2003).

El significado personal se desarrolla, por su naturaleza proactiva, como un proceso en espiral, mediante el cual se despliega la tensión intrínseca de la dinámica de la mismidad. La dinámica irreductible “yo”/ “mi” actúa como un “tira y afloja” básico, por lo que, el progresivo despliegue de los procesos de significado personal asigna la direccionalidad generativa de todo el ciclo vital (Guidano, 1994).

Subyacentes al ordenamiento de una organización de significado personal encontramos procesos autorreferenciales. Para Guidano (1994) una OSP debe interpretarse como:

Un *proceso ordenador unitario*, en el que se buscan la continuidad y la coherencia interna en la especificidad de las propiedades formales, estructurales, de su *procesamiento* del conocimiento (es decir, en la flexibilidad, la generatividad y el nivel de abstracción) más que en las propiedades semánticas definidas de los *productos* de ese conocimiento. (p.54)

A partir de lo anterior, es posible afirmar que la mismidad y el significado personal se encuentran profundamente entrelazados, puesto que la capacidad para la autorreferencia reflexiva hace coherente la experiencia tácita. Así, la experiencia inmediata del sí mismo, aparece unida simultáneamente a la percepción de que uno es el agente causal de ésta. En toda experiencia consciente, por tanto, influyen las categorías de atribución causal y la propia responsabilidad.

De esta manera, la tensión esencial de la mismidad se constituiría como el foco de atención del observador, de manera tal que el proceso ordenador y unificador, que organiza coherentemente los patrones de la actividad afectiva, motriz y cognitiva, estaría representado por el modo en que el “mi” reconoce y da coherencia al “yo” percibido.

VI. 1.- Cierre organizacional y apertura estructural

La Organización de Significado Personal posee una capacidad para ordenar la experiencia entrante en estructuras de la identidad del sí mismo. Este proceso implica una forma de computación autónoma considerada como cerrada organizacionalmente, por su autorreferencialidad (Guidano, 1991).

El conjunto tácito de guiones nucleares es una cadena circular de procesos que, debido a su recursividad rítmica, posee coherencia, y cuya lógica se basa en su auto-referencialidad. Es por esto que, cuando se ordena el flujo de entrada de datos de la experiencia, es posible estructurarla de acuerdo a las mismas polaridades de significado sobre las cuales reposa el verdadero sentido del sí mismo.

Se podría considerar el cómputo autónomo, resultante del cierre de una OSP, como una constricción o limitación “epistemológica”, puesto que la realidad se vuelve significativa sólo cuando es procesada dentro de las polaridades de significado propias del sentido de sí mismo. Además, el cierre organizacional de una OSP, mediante su llegar a ser temporal, “subordina la fusión de subprocesos y las presiones para los cambios estructurales a la mantención y articulación posterior de sus auto-límites tácitos (invarianza sistémica)” (Guidano, 1991, p.98).

Durante el ciclo vital, se producen transformaciones en el modo que el individuo experimenta sus límites tácitos, las cuales son percibidas como cambios personales al ser comparadas con lo que no cambia, es decir, la recursividad rítmica entre los límites en los que reposa su verdadero sentido de unicidad y continuidad.

En consecuencia, “(...) cualquier OSP a través del cierre organizacional de su nivel tácito y la apertura de su nivel explícito, está dotada tanto de una identidad coherente como de las transformaciones dinámicas que son esenciales para su viabilidad continua” (Ibidem).

Entonces, para una OSP, el cierre organizacional se constituye como criterio de estabilidad, mientras que la apertura estructural, como resultado de sus interacciones e intercambios inherentes, confiere generatividad y productividad a la organización en su totalidad.

Ambos, cierre organizacional y apertura estructural, serían la expresión de procesos reguladores oponentes, ya que el cierre organizacional en el nivel tácito (ley abstracta autorreferente que constriñe el llegar a ser de una OSP), “(...) ocurre sólo en una dimensión espacio-tiempo definida y a través de modelos explícitos específicos de uno mismo y el mundo que puede generar” (Guidano, 1991, p. 99).

La direccionalidad de una vida individual se basa en el proceso de hacer explícito lo tácito. En este proceso, los patrones de cierre organizacional son elaborados y articulados en modelos conscientes, acordes a la experiencia en curso. Esta dinámica de hacer explícito lo tácito, involucra un proceso constructivo de moldear procesos tácitos en procedimientos de pensamiento analítico-analógico de la experiencia obtenida.

La estructuración explícita consciente transforma la experiencia inmediata en conceptos y la extiende a un completo rango de problemas actuales y potenciales. Asimilar la experiencia producida lleva a un aumento de la complejidad individual, facilitándose la producción de nuevas reglas tácitas que posteriormente serán insertadas en los modelos conscientes. De este modo, la articulación de reglas tácitas contribuye a desarrollar aún más la dimensión tácita del individuo. Como función potencial del proceso de hacer explícito lo tácito encontramos la generación de

circuitos de retroalimentación positivos auto-mantenidos, que traigan consigo modelos más complejos e integrados de uno mismo y del mundo.

El aumento de complejidad, característico de la progresión ortogenética, se puede considerar como una serie de saltos auto-trascendentes, es decir, la serie de guiones nucleares, en constante aumento, se reelabora y explica a través de las nuevas experiencias que cambian teorías periféricas y contingentes causales por unas más centrales e integradas, y esto, a su vez, aumenta los sentimientos de unicidad y continuidad histórica del sujeto.

Finalmente, Guidano (1991) agrega:

Por lo tanto, podemos concluir que las posibilidades heurísticas de un nivel tácito individual –el que a su vez depende de su patrón organizacional de cierre- constriñen el conjunto de mundos concebidos para ese individuo en particular, como también el rango de sus posibles experiencias subjetivas. (p. 100)

VII. PSICOPATOLOGÍA ORIENTADA HACIA LOS PROCESOS

Guidano (1994) considera que la actual metodología clínica posee una ambigüedad básica radicada en su naturaleza *ateórica*, es decir, en su ignorancia etiológica y de los procesos psicopatológicos, por lo que la considera como meramente *descriptiva* de los rasgos clínicos de los trastornos. El autor menciona la necesidad de una psicopatología orientada hacia los *procesos*, que sea explicativa y considere como perturbaciones clínicas las conductas percibidas por un observador externo, planteando una reformulación acerca conceptos como salud mental y trastorno mental. Para Guidano (1991), una perspectiva evolutiva de la psicopatología se enfoca en una metodología orientada hacia los sistemas/procesos, que tendría como resultado una verdadera ciencia del significado personal.

Desde un enfoque procesal sistémico, la noción de psicopatología nos permite acceder a un **modelo etiológico comprensivo** que permita explicar la aparición de un patrón disfuncional específico de vínculo. Este sería el resultado de la relación dialéctica entre procesos de *vinculación* e *identidad*. En este sentido, los patrones disfuncionales de vínculo intervienen en el desarrollo de las diferentes organizaciones de significado personal. Al desequilibrarse, éstas proporcionan la estructura básica para la aparición de síndromes clínicos. En consecuencia, los procesos de vinculación e identidad se constituyen en la base etiológica para la aparición de un patrón disfuncional específico de vínculo.

VII. 1.- Etiología

La conciencia reflexiva es la condición básica para la emergencia de la **autoconciencia**. Esta se estructura dentro de una narrativa⁹, inseparable de la identidad personal, y su principal característica es que le otorga al ser humano la posibilidad de un experimentar escindido, es decir, el hombre experimenta a través de

⁹ Véase capítulo III, acápite 4.

dos modalidades de conocer, como se menciona anteriormente¹⁰. Esta capacidad de procesamiento doble de la información es una particularidad del desarrollo evolutivo de la especie humana, que le permite al sujeto mantener un sentido de *continuidad experiencial*, a pesar de lo discontinuo e impredecible del mundo externo. Así el individuo se mantiene independiente de la inmediatez de la experiencia y construye una identidad personal con tendencia a mantenerse en el tiempo (Zagmutt y Ferrer, 2003).

En este sentido, desde un inicio del desarrollo, la modalidad de procesamiento personal se estructura en torno a la evitación de emociones desafiantes que puedan poner en riesgo el vínculo entre el niño y su cuidador, puesto que dicho vínculo es esencial para la supervivencia del primero.

Desde un enfoque procesal sistémico se considera importante la solución de conflictos y contradicciones para el desarrollo de las habilidades cognitivas, sin embargo, el verse enfrentado a una situación en extremo desafiante y que supera las capacidades de resolución del niño, puede distorsionar y limitar su desarrollo cognitivo.

Es posible observar la influencia negativa de los modelos de vinculación disfuncionales, tanto en los contenidos de los argumentos nucleares, como en la intensidad de la activación cuando éstos emergen. Controlar los efectos disruptivos de la hiperemocionalidad se transforma en una estrategia fundamental del niño para alcanzar una proximidad adaptativa con la figura vincular, esta estrategia se acompaña por un aumento en la exclusión de información y por la estructuración de actividades distractoras (Bowlby, 1980 citado en Guidano, 1991).

“Un cuerpo creciente de evidencia sugiere que los patrones diferenciados de control descentralizado se tornan operativos muy tempranamente en el desarrollo” (Guidano, 1991, p.113). La oscilación entre los límites críticos de sí mismo, que se

¹⁰ Véase capítulo III, acápite 5.

acompaña de una intensa activación afectiva, obstaculiza la adecuada articulación de la interrelación entre la diferenciación emocional y el crecimiento cognitivo durante la infancia. Como resultado, se restringe el posterior procesamiento de las habilidades del pensamiento formal adolescente.

La lucha del niño por manejar los sentimientos intensos, además de focalizar las habilidades cognitivas, disponibles hasta ese momento, en dominios muy estrechos y específicos de la experiencia, restringe sus posibilidades de lograr niveles más articulados de abstracción. Esto se observa en la limitada capacidad de distanciamiento del niño, que dificulta la elaboración de un campo temporal que vaya más allá de su percepción directa de la situación, por lo que estará a merced del caudal de eventos que no será capaz de organizar en un esquema temporal ordenado. En este sentido, se observa una limitada *habilidad descentralizadora*, es decir, para tomar perspectiva conceptualmente, lo que restringe la posibilidad del niño de diferenciar y comparar sus opiniones y sentimientos con los de otros. Esto obstaculizará su posterior capacidad de ordenar y decodificar sus propios estados internos, por lo que se estabilizan las actitudes “ligadas al objeto” y, por tanto, la diferenciación entre el sí mismo y los otros se verá muy afectada.

En consecuencia, una práctica cognitiva pobre limita el rango de emociones decodificables, por lo que los conjuntos de esquemas emocionales no son transformados en contenidos semántico-cognitivos. Producto de esto la información será almacenada, representada y recuperada mediante canales como la percepción, imaginación, mecanismos mnémicos de imágenes y patrones motores.

“(…) como los patrones disfuncionales de vinculación familiar tienden a permanecer estables en el tiempo, se establece un circuito auto-perpetuante con retroalimentación positiva en el cual las habilidades cognitivas son interferidas y fatigadas por las presiones afectivas” (Ibidem, p.115). Estas condiciones disminuyen la posibilidad de una adecuada reorganización del desequilibrio producido por la emergencia de las operaciones formales propia de la adolescencia.

Entre las operaciones cognitivas relevantes para el sujeto se encuentra la capacidad de focalizar y ordenar los aspectos contradictorios de la propia percepción, para su posterior integración. Por tanto, la capacidad de abstracción reducida tiene una influencia en las operaciones lógico-formales, favoreciendo la formalización de aspectos contradictorios del sí mismo de manera concreta y limitante lo que, a su vez, trae como resultado una integración igual de concreta y parcial. En consecuencia, el sujeto quedará inmerso en la situación cognitiva que le está ocurriendo.

Incluso, posterior a la adolescencia, se puede reproducir la misma retroalimentación positiva auto-perpetuante, característica de los patrones de vinculación familiar disfuncionales, por lo que el sujeto permanecerá anclado a patrones de ordenamiento de la realidad propios de un pensamiento inmaduro y primitivo. Las características de estos patrones son la unidimensionalidad, globalidad, invariabilidad e irreversibilidad, por tanto, están llenos de errores inferenciales, pensamiento polarizado, inferencia arbitraria, sobregeneralización, etc.

Excluyendo del acceso consciente los aspectos desafiantes y poco controlables del auto-conocimiento, se completa el proceso de re-equilibrio e integración entre los aspectos contradictorios del sí mismo. Pero las *estrategias explícitas* no logran impedir la *reacción tácita* frente al flujo continuo de sentimientos y esquemas emocionales. Al respecto Guidano (1991) agrega:

La calidad de la conciencia individual sigue en función de aquellos aspectos que intenta excluir. A su vez, el rango potencial de autoimágenes explícitas emergente va a contener un alto grado de contradicciones e incongruencias que aún esperan formalizarse e integrarse. (p.117)

En este sentido, es posible mantener algún grado de estabilidad y coherencia en el proceso de auto-síntesis, subyacente a la percepción de la identidad personal, si

se estructura una actitud defensiva rígida y selectiva hacia uno mismo mediante *mecanismos de auto-engaño*¹¹.

Cuando el sistema percibe una amenaza a su coherencia, reduce la *discrepancia* entre la experiencia y la trama narrativa con mecanismos de autoengaño, estos pueden ser excluyendo información que pueda activar emociones incontrolables o que no puede reconocer, o desarrollando actividades distractoras que minimicen el efecto disruptivo de aquellas emociones discrepantes que no pudieron ser evadidas.

“(…) los problemas que podamos tener en nuestra salud mental son problemas conectados a un excesivo autoengaño o escaso autoengaño” (Guidano citado en Quiñones, 2001, p.31). Con esto pretende explicarse que, en el caso de un autoengaño rígido o excesivo se encuentra lo denominado típicamente como psicopatológico, por otro lado, cuando el autoengaño es poco desarrollado, de baja intensidad y demasiado flexible, el sujeto se refiere casi la totalidad de la información proveniente de la experiencia inmediata, por lo que su autoimagen alcanza niveles muy altos de complejidad, resultándole difícil mantenerla integrada y estable (crisis existenciales).

Los procesos de autoengaño, *exclusión* y *distracción*, obstaculizan las habilidades de autoconciencia, estructurando así el aspecto central de la psicopatología, que es la **externalización** de la experiencia perturbadora en curso.

Cuando los mecanismos mencionados son sobrepasados por la presión de las vivencias no reconocidas, y éstas amenazan el mundo explícito construido en la trama narrativa, surgen las crisis, viéndose amenazado el sentido de continuidad vital del sujeto, puesto que *no reconocerse* implica la posibilidad de desintegración. La trama narrativa ya no logra controlar la afectividad, por lo que ésta se dispara de una

¹¹ El mecanismo de auto-engaño, como concepto, es equivalente al término “mecanismo de control descentralizado” analizado en esta investigación en el capítulo IV, acápite 3.

manera global e indiferenciada, produciendo una turbulencia emotiva intensa. En este sentido, Zagmutt y Ferrer (2003) comentan:

Cuando la rigidez del procesamiento es extrema, el sujeto queda adherido al momento, viviendo la experiencia discrepante como algo absoluto e inescapable, completamente extraño e incomprensible, con la consecuente percepción de sí de extrema vulnerabilidad. El sujeto vive ese momento una experiencia de objetividad casi absoluta. Lo que se experimenta es la realidad misma. Ningún otro punto de vista es admisible. (La psicopatología como una cualidad de la autoconciencia, 10)

El *desarrollo* es un proceso abierto de asimilación de experiencia, que va generando reorganizaciones de soporte del significado personal. Una reorganización siempre implica desencadenar sentimientos intensos que, en un inicio pueden no ser inteligibles ni controlables, por tanto, el nivel de autoconciencia tiene un rol crucial en la orientación de un proceso de reorganización, ya sea hacia un crecimiento personal o hacia un colapso existencial mezclado con perturbaciones emocionales (Guidano, 1994).

VII. 2.- Enfoque Evolutivo de la Psicopatología

Es importante destacar como premisa central que “(...) distintos patrones de cierre organizacional -estructurados sobre la base de distintas vías específicas de desarrollo- subyacen, correspondientemente, a la expresión de diferentes patrones clínicos” (Guidano, 1991, p.118). Como se mencionó anteriormente, la experiencia clínica ha permitido identificar cuatro patrones básicos de cierre organizacional u Organizaciones de Significado Personal (OSP), subyacentes a la gran cantidad de variaciones individuales que se encuentran en la observación clínica.

Respecto a lo anterior Guidano (1991) agrega:

La unidad organizacional de significado personal, por lo tanto, determina el tipo de coherencia sistémica a la cual la OSP es constreñida durante el desarrollo de su vida. De este modo, una vez que conocemos las leyes de un cierre (...) se puede predecir, razonablemente, la compensación de cualquier disfunción posible (Varela, 1976 a). (p.121)

De acuerdo a esto, la “normalidad” se caracteriza por la **generatividad** con la que una OSP va desarrollando su coherencia sistémica durante la vida y, por lo tanto, por los niveles más altos de complejidad y auto-trascendencia que es capaz de ir alcanzando.

El despliegue progresivo del significado personal, y sus reorganizaciones cíclicas, serían el resultado de la tensión inherente a la dinámica de la mismidad, determinándose así la direccionalidad generativa del ciclo vital. Por tanto, las causas de las crisis deben buscarse en las OSP, y no en situaciones vitales externas tensionantes, puesto que la naturaleza específica del significado personal determina la gama de hechos o emociones discrepantes¹² para un sujeto.

Cuando la reorganización adolescente se completa con un nivel relativamente bajo en su capacidad de abstracción, la OSP tendrá como característica central un grado significativo de *discrepancia e incongruencia* en la relación entre los niveles de conocimiento tácito y explícito. En consecuencia, el sujeto elabora modelos de sí mismo y del mundo, a partir de excluir aspectos desafiantes y poco controlables de sus límites profundos, del acceso consciente. Sin embargo, la conciencia individual permanece en función de estos mismos aspectos que se intenta excluir, pues le es imposible impedir la reacción del nivel tácito, como anteriormente se mencionó.

¹² Es necesario distinguir entre emociones negativas, que tienen una función filogenética, y emociones discrepantes, que se relacionan con desórdenes clínicos resultantes de una ontogenia particular (Quiñones, 1997).

Guidano (1991) considera a la **disfunción cognitiva** como:

Un proceso regresivo de reordenamiento evocado por oscilaciones desafiantes profundas que no calzan con los modelos conscientes de sí mismo, que ha logrado un nivel de elaboración tácita tan alta que puede rodear la actitud auto-engañadora hacia uno mismo y ejercer una presión directa sobre los modelos conscientes. (p.122)

Subyacente a la característica esencial de la disfunción cognitiva, que es el **fraccionamiento** entre lo tácito y lo explícito, encontramos el intento por la mantención de la identidad personal percibida, contraria a las presiones desafiantes para reorganizar dicha identidad.

El sistema tiene dos opciones frente a una experiencia desafiante. Por un lado, ser capaz de integrar dicha experiencia, haciendo un salto progresivo en su complejidad, incluyendo y autorregulando la experiencia tácita discrepante, operando con ella a nivel explícito o, por otro lado, no ser capaz de integrar la experiencia desafiante, haciendo un salto regresivo, en el que la experiencia discrepante es referida a lo externo, condición básica para la psicopatología (Zagmutt y Ferrer, 2003).

Guidano (1991) plantea, en relación a la psicopatología, que:

El quiebre entre los procesos de conocimiento tácito y explícito impide la decodificación posible del significado del sentimiento que ha emergido (crucial para la estructuración de los aspectos percibidos de sí mismo en curso y, por tanto, inescapables) e interfiere con la capacidad de auto-síntesis basada en funciones inhibitorias y amplificadoras de los

procesos explícitos conscientes (Posner y Snyder, 1975).
(p.124)

Consecuentemente, se produce un nivel estable de sobre-emocionalidad y el desequilibrio resultante empuja al sujeto a intensificar aún más los procesos de reordenamiento orientados a manejar los sentimientos discrepantes de significado, por lo que le es imposible darse cuenta de ellos.

Como dinámica básica de la aparición de la psicopatología está el salto *regresivo*, mediado por procesos de autoengaño o exclusión y distracción de los eventos amenazantes, teniendo en cuenta que las perturbaciones son un evento de estrés dependiendo de la apercepción tácita vivida por el individuo.

El **síntoma** es entendido como la activación emocional no reconocida, que está fuera de la trama narrativa personal, por lo que es vivida sin poder comprenderla. Es un acto que desvía el regular curso de los sucesos rutinarios y que se configura como el resultado de las perturbaciones conscientes o, generalmente inconscientes. “El síntoma entonces es la expresión de la modalidad con la que el sistema hace la coherencia que le restablece el sentido de continuidad experiencial ante los procesos de interferencia de la autoconciencia” (Zagmutt y Ferrer, 2003, La psicopatología como una cualidad de la autoconciencia, 7).

Los “síntomas” deben considerarse como *procesos de conocimiento* plenamente desplegados que dejan al descubierto intentos frustrados de cambio, los que evidencian que el sistema se encuentra en un estado de transición entre el equilibrio y el desequilibrio. Quiñones considera los signos y síntomas¹³ como información no decodificada, es decir, los entiende como una forma de “(...) procesamiento restringido del significado personal en una circunstancia social” (Quiñones, 1997, p.16), que refleja la incapacidad del sujeto de asimilar o acomodar

¹³ Con síntoma se hace alusión a un fenómeno subjetivo, experimentado y referido por el sujeto. El signo corresponde a un indicador objetivo, constatable y cuantificable por un observador externo.

información de diferentes dimensiones experienciales a su identidad narrativa. Según Guidano, los síntomas y signos se originan en “un nivel pobre o inviable de toma de conciencia, que impide una asimilación congruente de la experiencia personal producida hasta entonces” (Guidano, 1994, p. 88). En términos clínicos, es importante resaltar que las experiencias discordantes deben ser reconocidas como propias por el sujeto, para que pueda integrarlas narrativamente.

Para Quiñones, la **salud mental** del sujeto reposa en “(...) no padecer “grandes discrepancias” entre los niveles de procesamiento autorreferencial, ya que mientras mayor sea el grado de indecodificabilidad de la discrepancia Yo-Mi, más intensa será la experiencia de división detectada entre los propios pensamientos y emociones” (Quiñones, 1997, p.3).

Por tanto, encontramos dos grupos de procesos de conocimiento opuestos en competencia. En primer lugar, se encuentran los “procesos relacionados a procesar lo explícito consciente centrados en la tentativa de mantener lo más posible la auto-imagen acostumbrada” (Guidano, 1991, p.125). Estos se producen en dos direcciones simultáneamente, por un lado, se elaboran cogniciones que niegan la naturaleza misma del significado discrepante del sentimiento, lo que permite al sujeto experimentar el sentimiento como alienado y, por otro lado, se elaboran actividades distractoras que le permiten al sujeto reducir la posibilidad de llevar a cabo, en el medio presente, auto-imágenes alternativas en competencia, activadas por el significado discrepante, experimentadas como desafíos insoportables y atemorizantes.

En segundo lugar, se encuentran los “procesos relacionados con la activación inconsciente de significados personales que intentan revisar la auto-imagen acostumbrada a través de una asimilación estable de datos tácitos ahora accesibles” (Ibidem, p.126).

Si bien la discrepancia con los procesos conscientes disminuye la posibilidad de mantener la activación tácita en emociones más decodificables, el significado

discrepante del sentimiento se expresará mediante la emergencia continua de “explosiones emocionales” que agravan el desequilibrio ya existente. Debido a la falta de una “mediación cognitiva apropiada, el componente motor que acompaña la activación de sentimientos intensos e incontrolables tiende a realizarse directamente, la excitación no tiene retardo procediendo inmediatamente a su terminación” (Ibidem).

En caso que el interjuego oscilante entre estos procesos de conocimiento en competencia, tenga como resultado un balance integrado con un cambio progresivo en el auto-conocimiento del sujeto, la disfunción cognitiva será sólo la manifestación de una crisis existencial que resultará en un proceso de crecimiento personal. Además, es posible encontrar, como resultado del interjuego oscilante entre los procesos de conocimiento, un equilibrio paradójicamente estable, que es capaz de proveer un relativo control frente al alto nivel de sobre-emocionalidad.

Modalidades de Procesamiento

Normalidad, neurosis y psicosis es una denominación consensuada por la comunidad clínica que hace referencia a **modalidades de procesamiento**. Estas apuntan a la generación de una “danza relacional de subsistemas” (memoria, percepción, emociones, lenguaje, etc.). Son tres formas de procesar el significado, son modalidades del procesamiento de significado social autorreferencial (Quiñones, 1997).

La normalidad, la neurosis y la psicosis son consideradas como categorías conceptuales que remiten a las OSP, puesto que al volver coherentes los contenidos del saber, producirían estos rasgos. La “**normalidad**” habita en el despliegue de un proceso dinámico, en la flexibilidad, elasticidad y generatividad con las que una Organización de Significado Personal particular desarrolla su coherencia sistémica. Al contrario, “**psicótica**” sería una modalidad estructural de ordenamiento del

conocimiento en la que la coherencia disminuye la flexibilidad y elasticidad (Guidano, 1994).

Guidano las define como “*dimensiones de procesamiento* dinámicas y modificables de la coherencia sistémica de una Org. S. P.” (Ibidem, p.90). El autor comenta acerca de la neurosis y la psicosis:

La neurosis y la psicosis no son más que los diferentes “lenguajes” (acompañados por las distintas dimensiones correspondientes a la experiencia inmediata y la conciencia autorreflexiva) que puede asumir el mismo patrón de coherencia del significado en función de las aptitudes de procesamiento e integración del individuo. (p.91)

La calidad y la estructura de los síntomas depende de la modalidad de organización de la experiencia para cada Organización de Significado Personal y de la modalidad de procesamiento de los contenidos del conocimiento distinguidos en cada OSP. Los contenidos elaborados por cada OSP pueden ser procesados de forma normal, neurótica o psicótica, esto depende de la calidad de la modalidad del procesamiento del conocimiento (flexibilidad-rigidez, abstracción-concreción, inclusión-exclusión, actividad-pasividad y exposición-evitación). En este sentido, el curso de la disfunción cognitiva puede ser variable dependiendo de la calidad de la organización de significado personal específica. Para Guidano (1994) cada Organización de Significado Personal presenta una vulnerabilidad particular en cuanto a su capacidad para tocar algunos puntos críticos de la autointegración.

Una nosología procesal sistémica se focaliza en el *procesamiento* de los contenidos del conocimiento de la realidad, teniendo en cuenta que éstos pueden encontrarse en la misma persona y OSP en un procesamiento normal, neurótico o psicótico. Este enfoque se centra en las reglas sintácticas del conocimiento.

Cuando el resultado de una disfunción cognitiva es el *quiebre* entre los procesos de conocimiento, con tanta intensidad que logra sobrepasar totalmente la capacidad de auto-síntesis de la Organización de Significado, pueden emerger disturbios psicóticos.

Quiñones (1997) describe las tres modalidades de procesamiento, diferenciándolas entre sí. La modalidad **normal** se caracteriza por un procesamiento abstracto y flexible del conocimiento, en el cual es posible observar cómo surgen, en lo inmediato, las oscilaciones emocionales, distinguiéndose otros aspectos de dichas oscilaciones, como intensidades e imágenes. El individuo vivencia las distinciones yo-mí como una posibilidad de acción generativa, a partir de la cual se obtiene una explicación más global que permite generar hipótesis integrativas de lo que está ocurriendo.

El nivel de autointegración del sí mismo permite integrar la experiencia en una narrativa global y unitaria. En la modalidad de procesamiento normal, el nivel de conciencia es alto, por lo que el autoengaño es medianamente bajo, existiendo un balance entre los afectos y las cogniciones, acordes a la historia del sujeto. La narración no presenta discrepancias y se constituye como un proceso útil para su coherencia sistémica.

En cuanto al ámbito social, se observa en lo cotidiano que la viabilidad del sistema con sus circunstancias es adecuada. Finalmente, desde el punto de vista del observador, no se aprecian síntomas o signos, sin embargo no se descarta la posibilidad de dificultades de carácter existencial.

En la modalidad **neurótica** de procesamiento se observa una menor flexibilidad, lo que implica una tendencia a la concreción. Esto significa que el sujeto no logra distanciarse de la inmediatez de la experiencia y tomar conciencia de su "estar en el mundo". Como consecuencia la explicación queda restringida por la emoción, lo que revela una menor generatividad del procesamiento en el cual, si bien

hay un nivel menor de integración, se logra la mantención de un sentido unitario. Al disminuir el nivel de conciencia, aumenta el de autoengaño, considerado como medio/alto. Se observa un desbalance, en diversos grados, en la relación entre afecto y cognición, con respecto a su historia vital. Es posible percibir un grado importante de discrepancias en la narración, además de dificultades en la asimilación y acomodación (Quiñones, 1997).

La viabilidad del sistema con su circunstancia se encuentra debilitada en algún dominio experiencial. Desde la perspectiva del observador, se encuentran síntomas y signos característicos de los desórdenes neuróticos clasificados en los manuales diagnósticos estadísticos.

Finalmente se encuentra la modalidad **psicótica** de procesamiento. Esta es altamente rígida y con un nivel alto en concretitud. La generatividad está ausente en el procesamiento autorreferencial y el nivel de conciencia es bajísimo por lo que el autoengaño es muy alto.

En el nivel de autointegración se observa una dificultad en el logro de una visión integrada entre lo que siente y lo que visualiza de sí mismo, produciéndose una anti-integración en cuanto a la información otorgada por la relación entre el afecto y la cognición. También se observa una integración pobre en la narración, junto a un aumento de las discrepancias, por lo que el sentido de unidad y continuidad es esencialmente laxo. El auto-relato es pobre en distinciones y carece de estructura y la calidad de las explicaciones es restrictiva. Se observa una viabilidad absolutamente deteriorada y restringida respecto a su historia de interacciones pasadas. Desde el punto de vista del observador, es posible apreciar síntomas y signos propios de los desórdenes clasificados como psicóticos por los manuales de diagnóstico estadísticos (Ibidem).

En consecuencia, en la psicopatología juega un rol crucial la capacidad y calidad del procesamiento de la **autorreferencialidad** que tenga el sistema.

Guidano (1991) subraya en relación a la psicopatología:

Para que una OSP desequilibrada pueda mantener su continuidad funcional, es necesario que la tendencia hacia la desunidad de la conciencia (causada por el quiebre entre sentimientos y pensamientos) sea constantemente juntada dentro de la unidad provista por los procesos de identidad (...) la neurosis y la psicosis son distintos estados de coherencia sistémica –que se llevan a cabo por diversas dimensiones correspondientes de conciencia reflexiva- que una OSP determinada puede asumir como función de la habilidad de auto-síntesis inherente a sus procesos de identidad. (p.127)

Desde un enfoque que concibe al hombre como un sistema epistémico autoorganizado “Es posible entender la psicopatología como una modalidad de mantención de la coherencia del sistema y de su sentido de unicidad y continuidad histórica ante desafíos o perturbaciones que superan sus capacidades normales de procesamiento” (Zagmutt y Ferrer, 2003, La psicopatología como una cualidad de la autoconciencia, 13).

VIII. SEXUALIDAD: UNA PROPUESTA CONSTRUCTIVISTA COGNITIVA

VIII. 1.- Antecedentes teóricos

Dentro del marco del modelo Constructivista - Cognitivo, es posible encontrar propuestas teóricas acerca de conceptos, que de una u otra manera, se hayan ligados, y son acordes, con la definición de sexualidad que será desarrollada en esta investigación.

A continuación se revisarán algunos de estos conceptos, con el fin de contextualizar y sustentar los planteamientos propuestos en este capítulo, permitiendo así al momento de definir sexualidad, contar con un escenario más amplio y complejo que posibilite comprender a cabalidad los alcances de la presente investigación para el modelo Constructivista Cognitivo.

Deseo

Basándose en nociones de J. Searle, acerca de conceptos tales como estados mentales, intención y deseo, entre otros, Cayazzo y Vidal (2002) proponen reformulaciones de ciertos conceptos desde una epistemología constructivista, integrando con esto los avances desarrollados en el modelo.

Según dichos autores *deseo* podría definirse como “(...) un estado mental tácito, inevitable y permanente, que opera como una disposición a la acción en la medida que es experimentado como la carencia de otro” (Cayazzo y Vidal, 2002, p.116).

Para Searle, los estados mentales se refieren a eventos “sobre” o “en relación a”, no implicando con esto una actividad determinada, sino más bien un dirigirse “hacia”. Por lo tanto, deseo no involucra una acción particular sino más bien una dirección determinada.

Consecuentemente, se debe tener en cuenta que para que exista el estado mental es necesario que el individuo se encuentre en un mundo intersubjetivo de coordinación recíproca, al que el lenguaje estructura y otorgue consistencia. En este escenario, como plantean Cayazzo y Vidal (2002), la función simbólica es fundamental para introducirse en la dinámica interpersonal, y por ende resulta indispensable “un otro” que nos introduzca en los significados. Así entonces, se puede afirmar que es la intersubjetividad humana la que posibilita la emergencia del deseo.

A partir de la definición propuesta por los autores, conceptualizar deseo como tácito e inevitable, involucra otorgarle un operar similar a la emoción. Con esto se asume, que lo tácito hace referencia al carácter inconsciente¹⁴ del deseo, y lo inevitable representa que el no desear es imposible.

Otro elemento fundamental del deseo es su carácter de permanente, es decir, “(...) al ingresar al deseo como producto de la función simbólica, el deseo se transforma en un estado de la mente, y por lo tanto se está y se vive en el deseo” (Molina, 2001, citado en Cayazzo y Vidal, 2002, p.117). Dicha característica, refuerza la idea de que el individuo está inevitablemente en el deseo, estado en el cual resulta imposible no permanecer.

Al igual que la emoción, el deseo cumple una función adaptativa, es decir, actúa organizando la experiencia y dirigiendo el comportamiento. Esto es lo que se

¹⁴ Lo inconsciente corresponde a “un nivel de la experiencia humana que considera el procesamiento de información de modo principalmente emocional, y que no accede a la conciencia” (Kuhne, 1999, p.49). Incluye aspectos no conscientes de la cognición, el procesamiento de las tonalidades emotivas, imágenes y narrativas.

recoge al afirmar que el deseo opera como una disposición a la acción, es decir, moviliza al sujeto dando lugar a un intercambio dialéctico entre el sí mismo y los otros.

Por otra parte, se concibe que el deseo se experimenta como la carencia de otro, lo que presume que existe una determinada inquietud en el sí mismo que lo moviliza y lo dispone a la acción, en busca de lo que se carece. Dicha carencia es siempre una carencia de otro, concibiendo al otro no necesariamente como algo concreto (por ejemplo, una persona), sino que considerando al otro como algo generalizado o simbólico. Con generalizado se hace referencia a “todos los elementos culturales que tienen la huella de un otro, es decir a cualquier artefacto cultural como el lenguaje, el conocimiento científico, una teoría, el arte, la religión, etc.” (Cayazzo y Vidal, 2002, p.118). En cambio, simbólico se refiere a lo que representa para el individuo, al significado otorgado ya sea de manera cultural y/o personal.

El deseo, sería entonces, un estado mental común a todos los miembros de la especie humana, que es posible a partir de la internalización del otro en un mundo intersubjetivo, producto de la función simbólica. Así entonces, el desear permite la constitución del sí mismo, ya que involucra el desenvolvimiento del sujeto en la dinámica apego – alejamiento, operando como motor humano dirigido hacia la búsqueda de un otro.

La sensación de carencia constante introduce al individuo en un estado de tensión permanente, dirigiéndolo hacia otros en busca de la sobrevivencia y la completitud, esto último referido a la trascendencia a partir de otro, no dependiendo de la satisfacción de una necesidad en particular. Por lo tanto, el deseo no se extinguiría en lo deseado.

En otras palabras, deseo sería “la aspiración de la conciencia de sí mismo en la experiencia interpersonal, que pretende la posesión del otro en esa parte que posee de nosotros” (Yáñez, 2000, citado en Cayazzo y Vidal, 2002, p.113).

Al considerar que el deseo surge de manera tácita, al igual que la emoción, estamos suponiendo que también requiere de un proceso de explicación y significación (coherente con el sí mismo) que permita reflejar el deseo en un nivel explícito de conocimiento. Esta operacionalización del deseo, es lo que constituye la *intención*.

Intención

Para Searle, una de las características fundamentales de los procesos mentales es la Intencionalidad. “La Intencionalidad es aquella propiedad de muchos estados y eventos mentales en virtud de la cual éstos se dirigen a o son sobre o de, objetos y estados de cosas en el mundo” (Searle, 1992, pág. 17). Es decir, al definir Intencionalidad se está asumiendo que inevitablemente está implicada una direccionalidad. Dicha Intencionalidad o estados intencionales se dirigen a un objeto particular, que se constituye como el objeto de ese estado intencional.

Con relación a lo anterior, Cayazzo y Vidal (2002) señalan:

Esto correspondería a una de las diferencias más destacables entre Intencionalidad y deseo: el deseo admite una amplia gama de posibilidades de satisfacción. Es por así decirlo, universos de caminos posibles que no necesariamente están puesto en un objeto. La Intencionalidad en cambio, al tener como elemento principal la noción de condición de satisfacción, implica un sentido o dirección definido que no admite difusión. (p.125)

Por otra parte, Intencionalidad es distinto de “intencional”, concepto que alude a cierta voluntad de realizar una acción determinada, y que no se refiere a la direccionalidad de un estado mental. Dicha direccionalidad, involucrada en la Intencionalidad, no necesariamente posee un carácter consciente, es decir, los estados

intencionales existen más allá de la conciencia que se tenga sobre ellos. Lo importante en este caso, es que la Intencionalidad posee una determinada dirección, lo que implica, como se señaló anteriormente, ciertas condiciones que permiten su satisfacción.

Cayazzo y Vidal (2002) definen “intención” como el punto de encuentro o nexo entre la Intencionalidad (como propiedad de algunos estados mentales) y la acción concreta de los sujetos en el mundo. Una distinción que resulta fundamental es que “la intención tiene (al ser un estado intencional) condiciones de satisfacción. La particularidad de la intención es que la condición de satisfacción está puesta en una acción” (Cayazzo y Vidal, 2002, p.130). Por lo tanto, como señala Searle (1992), la intención se satisface si y sólo si la acción representada por el contenido de la intención se realiza realmente. Existe entonces, una directa interdependencia entre la intención y la acción.

La intención no opera de manera aislada sino que requiere, para lograr su satisfacción, de la relación con otros estados intencionales, es decir, involucra la interacción del sí mismo con un otro y con las intenciones de ese otro. Esto es lo que se ha denominado Red de Estados Intencionales. Dicha noción implica que el individuo, en un mundo intersubjetivo, de una u otra manera, requiere de otro para lograr su satisfacción.

Todo lo anterior resulta importante, ya que se genera la posibilidad de que dos individuos puedan coordinar sus intenciones, haciéndolas complementarias, buscando como señalan Cayazzo y Vidal (2002) el ser en la conciencia del otro, el reconocerse en la mirada de un otro que nos satisface, en tanto nosotros también somos capaces de satisfacerlo en un deseo que se complementa y engarza desde esta relación, más allá de un propósito instrumental.

Teniendo en cuenta las implicancias de los conceptos desarrollados previamente, se puede considerar al deseo como un nivel de conocimiento tácito, y a

la intención, como un nivel de conocimiento explícito, que posibilita la significación y la búsqueda de la satisfacción del deseo a partir de un otro, con el que es posible complementarse. Esto permite no sólo la satisfacción instrumental mutua, sino que persigue, en dicho complemento, el logro de un sí mismo más complejo y generativo, además del establecimiento de relaciones de ese sí mismo con otros.

Complementariedad de intenciones

El despliegue de una intención tiene dentro de sus efectos potenciales lograr una complementariedad de intenciones, dentro de un contexto de interacción e intersubjetividad. Es decir, las acciones llevadas a cabo por un sujeto en el despliegue de su intención, generan determinados efectos en relación con otros individuos. Lo anterior implica que, de una u otra manera, los individuos se movilizan negociando y coordinando sus intenciones en busca de un propósito. Dicho propósito, es más amplio que el logro de un fin instrumental determinado, ya que apunta a la generatividad de las relaciones e interacciones del individuo en un medio interpersonal.

Resalta entonces la importancia en el ser humano de la capacidad de atribuir intenciones a los otros, lo que se ha denominado Mentalismo (Guidano citado en Quiñones 2001). Es a partir de esta capacidad, que en los seres humanos surge la posibilidad de coordinación con otros y, por ende, se genera la potencialidad de complementar sus intenciones. Es decir, la posibilidad de que dos intenciones, que no son idénticas, puedan coordinarse y complementarse, buscando en la interacción la construcción de significados comunes en los cuales los individuos se reconozcan en sí mismos y en los otros. Por este motivo, plantean Cayazzo y Vidal (2002):

El otro es la clave fundamental para posibilitar el reconocimiento y la trascendencia del sí mismo. Es decir, el sujeto deseante y el deseado pueden espejarse y reflejarse en

la mirada de uno y otro, y pueden ser con y para otro (Yáñez, 2001). (p.159)

Con la revisión de los conceptos: deseo, intención y complementariedad de intenciones, se pretende, como se señaló anteriormente, generar una plataforma desde la cual poder insertar la definición de sexualidad propuesta en esta investigación. Dicha definición y sus alcances deben ser considerados desde el modelo Constructivista Cognitivo, teniendo en cuenta que pasan a formar parte de un cuerpo teórico amplio, desde el cual se abren múltiples posibilidades, tanto teóricas como prácticas, las cuales de ninguna manera se agotan (ni se pretenden agotar) con la presente investigación.

VIII. 2.- Proceso sexual de pareja

El proceso de construcción de la pareja y su progresión temporal dependen de factores personales y contextuales complejos, de diversa índole y con distintos niveles de importancia en la mantención y cambio de la pareja en su devenir temporal. Uno de estos factores es el deseo expresado como intención erótica o, más sencillamente, la interacción en el área de la sexualidad. El despliegue de los repertorios eróticos revela la totalidad del sujeto implicado en una interacción que lo demanda en los diferentes niveles de integración.

Desde una perspectiva constructivista cognitiva, Yáñez postula que la pareja se despliega desde diferentes etapas o estados interpersonales que pueden dar origen a un ciclo erótico sexual, cuyo objetivo es la satisfacción de la intención erótica de ambos miembros de la pareja (Yáñez, 2003a). Estos “estados interpersonales” son cuatro y se desarrollan de un modo particular en cada pareja.

A continuación se presentan los estados interpersonales, descritos por el autor, recién mencionados.

Cotidianeidad

“Es un estado interpersonal en la pareja, cuya función principal es crear condiciones contextuales e interpersonales, para que la dinámica de la mismidad se despliegue primordialmente a nivel de procesos de mantenimiento del Sí Mismo” (Yáñez 2003a).

Comprende todos aquellos momentos en que la pareja circula entre automatismos o rutinas, tanto personales como de pareja, es decir, es personal y al mismo tiempo compartida. Es intensa y frecuente, es un despliegue reflexivo y rutinario “que se reitera silenciosamente día a día” (Yáñez, comunicación personal, 2002); es la convivencia que se da diariamente y de la que casi no nos damos cuenta por ser, precisamente, “cotidiana”. Constituye lo familiar, lo conocido, por lo que evita lo imprevisto o sorpresivo. “*Deriva en hábito, costumbre y luego cultura*” (Yáñez, comunicación personal, 2002)

La cotidianeidad se caracteriza por el predominio de la rutina. En este estado interpersonal se desarrollan las *rutinas vitales*, relacionadas con conductas, emociones y cogniciones propias del sujeto. Paralelamente, se despliegan *rutinas contextuales*, que hacen referencia al dominio del mundo físico, es decir a los momentos, situaciones, lugares y a la manipulación del entorno. La cultura juega un papel fundamental al especificar los objetos y cualidades deseables en las interacciones. Finalmente, se establecen *rutinas Interpersonales*, es decir, interacciones con un otro familiar en las cuales se despliega un repertorio de conductas automáticas y reiterativas sobre el medio ambiente conocido. Según Yáñez (comunicación personal, 2003) las rutinas vitales, contextuales e interpersonales se asemejan a los conceptos planteados por Gagnon y Simon¹⁵ de Guiones Intrapsíquicos, Guiones Culturales, Guiones Interpersonales respectivamente.

¹⁵ Véase capítulo II.

Las rutinas contextuales e interpersonales apoyan la mantención de las rutinas vitales, de modo tal, que el sujeto se encuentra en un estado de descanso, tendiente al mantenimiento de su sí mismo.

Dentro del continuo entre apego y alejamiento, la cotidianeidad se mueve hacia el polo del apego. Es decir, los sujetos se encuentran emocionalmente cercanos a la condición de apego, por tanto, orgánicamente los niveles de activación se encuentran disminuidos, predominando los estados de relajación y confianza. En este sentido, la tonalidades emotivas básicas “curiosidad” y “sorpresa” no se encuentran entre las posibilidades afectivas.

La secuencialidad está establecida, por lo que las demandas al sí mismo son siempre conocidas y no perturban su coherencia. Todo se encuentra dentro de los márgenes de la coherencia sistémica, por lo que se utilizan primordialmente procesos de control centralizado. Se podría decir que el sujeto se encuentra tranquilo, el nivel de activación es bajo, como se menciono anteriormente, ya que las posibles perturbaciones son conocidas y hay una exigencia baja hacia el sí mismo, se puede decir que el sí mismo se encuentra en reposo.

El entorno es un elemento central que junto a los códigos comunes a los dos miembros de la pareja, facilitan el “acople” de ambos, la complementariedad. La pareja se constituye dentro de una “complementariedad reflexiva” en la que cada miembro de ella se construye, convirtiéndose en un “yo”, en un proceso de construcción recíproca, es decir, en un proceso reflexivo.

La cotidianeidad es la zona de emergencia de la sexualidad, de lo erótico, es decir, la sexualidad emerge desde un referente cotidiano. En otras palabras, la sexualidad surge cuando se fractura lo cotidiano, como una interrupción de este estado.

En la cotidianidad el sujeto se encuentra en un estado potencialmente erótico. Al romperse este estado, debido a algún suceso significado por el sujeto como sexual, aparece un objeto y una intención de complementariedad erótica.

En la sexualidad la aspiración de completitud se dirige hacia un otro, sea éste concreto o simbólico. El objetivo de la sexualidad sería el mismo que el del deseo, es decir mantener la reciprocidad en la relación con otro, sin embargo, la delimitación de lo que es considerado "sexual" para el individuo tiene que ver con el significado personal que éste último le dé.

A partir del desarrollo anterior, se concluye que la cotidianidad es generativa intra e interpersonalmente, puesto que permite una progresión ortogénica del sí mismo y la relación, al posibilitar el aumento de los niveles de complejidad de ambos miembros de la pareja y de los componentes de la relación (permanencia, intensidad, intimidad y proyección). Permite mantener el control y, a la vez, la permanencia y la mantención.

Intimidad

Estado interpersonal de la pareja orientado a la construcción de un espacio contextual y relacional, que posibilita el despliegue progresivo de la intención erótica recíproca (Yáñez, 2003a). Surge con la clausura de un espacio contextual e interpersonal que implica el emerger de un otro deseado. En la intimidad el entorno pierde importancia y aparece la pareja como elemento central, la cual se ensimisma y focaliza la atención en la lectura recíproca de los códigos que cada uno utiliza. A partir de esto, se crean condiciones particulares de intersubjetividad, permitiendo compartir, intercambiar e interpretar contenidos propios, principalmente del área de lo subjetivo y emocional.

Una característica relevante de este estado es el desplazamiento constante de los sujetos entre la necesidad de apego y confirmación, y la necesidad de alejamiento

y exploración. Los niveles de activación se elevan debido a la incertidumbre que supone una interacción con intención de seducción erótica. La exploración, presente en la interacción, conduce a ambos miembros de la pareja a oscilaciones constantes en el equilibrio del sistema, presionando los límites del sí mismo, llevándolo al borde de su coherencia. Estas oscilaciones son, por lo general transitorias, por lo que son consideradas como desafíos previstos y controlados. En este sentido, el sí mismo se encuentra disponible tanto a la influencia del otro, como a vivenciar nuevas experiencias, posibilitándose de este modo el goce.

En este estado, la pareja opera por la disposición de la intención erótica a través de la seducción, aspirando a la complementariedad. La intención erótica se mantiene predominantemente en un precario nivel abstracto, que paulatinamente aspira a mayor concreción.

Según Yáñez (2002), hay una transgresión de la proxémica¹⁶ íntima (40 cm.), personal (40-120 cm.), social (120-360 cm.) y pública (más de 360 cm.).

Erotismo

Es el estado interpersonal en pareja en que, instalado un espacio de intimidad, se incorporan los cuerpos en las interacciones que expresan la intención erótica. La conducta exploratoria se concretiza en un objeto específico: el cuerpo; al mismo tiempo que disminuyen los niveles de incertidumbre y de control, la excitación y la audacia de la búsqueda de satisfacción aumentan en intensidad.

“En este estado predomina la confirmación de la carencia del otro y la conciencia de lo oportuno de la interacción erótica en curso para su satisfacción” (Yáñez, 2003a). De este modo, el sí mismo se encuentra disponible para experimentar cambios posibles en su coherencia sistémica. “Esta idea implica que en la dinámica

¹⁶ “Próximica” se define como el “espacio físico interpersonal que delimita la intimidad requerida por cada uno, para mantener la cotidianeidad en niveles aceptables para la coherencia del sí mismo. Depende de las distintas condiciones interpersonales” (Yáñez, comunicación personal, 2002).

de la mismidad no solo es perturbada por condiciones de tensión amenazante, sino también por tensión placentera que dispone al sistema para el cambio” (Yáñez, 2003b).

Sin el erotismo las prácticas sexuales serían prácticas solamente reproductivas, al aparecer el erotismo aparece la búsqueda de una fusión imaginaria con un otro y la práctica sexual adquiere otro sentido, ya no sólo reproductivo. Según Yáñez habría una “*fusión de lo propio y lo ajeno en una misma experiencia*” (Yáñez, comunicación personal, 2002). Es decir, en este estado, se llega al quiebre de las fronteras de los sujetos que están involucrados en la acción erótica, por lo que la conciencia se focaliza sobre el placer.

Placer Erótico

Es el estado interpersonal que cierra el proceso de complementariedad de la intención erótica de la pareja. En esta etapa se produce la máxima tensión sexual y el alivio erótico. La interacción se concentra en sí mismo, mientras el otro pasa a conformarse como un referente secundario. Las sensaciones corporales, esencialmente las genitales, predominan en la conciencia.

Yáñez (2003a) postula, en relación con el placer erótico que:

Se produce una pasajera sensación de completitud, a la que contribuye el estado de estrechamiento tubular de conciencia que conlleva el éxtasis erótico. Este estado da paso a un nuevo ciclo de pareja, que debiera ir en dirección de una mayor generatividad mutua y hacia una mayor complejidad personal.
(p.2)

IX. PROPUESTA CONCEPTUAL ACERCA DE LA SEXUALIDAD

Los antecedentes expuestos con anterioridad, se constituyen como base para el desarrollo de una propuesta conceptual acerca de la sexualidad que posibilite la comprensión y el abordaje del fenómeno desde el Modelo Constructivista Cognitivo.

En consecuencia, a partir de los fundamentos descritos en el marco teórico, en la presente investigación se define Sexualidad como *un patrón de objetivo establecido, que posee la función filogenética de reproducción de la especie, y la función ontogenética de aportar a la construcción del sí mismo.*

El *patrón de objetivo establecido* es un patrón de acción, incorporado evolutivamente a la especie humana a través de un proceso de selección natural. Dicho patrón se constituye en la estructura básica para ciertas secuencias de conducta social. “El particular objetivo del patrón de acción está biológicamente incorporado, y el sistema va seleccionando determinadas conductas y combinaciones de conductas de un amplio repertorio hasta que se alcanza el objetivo” (Safran y Segal, 1994, p.79). Estos patrones también han sido denominados *sistemas corregidos por el objetivo* ya que, producto de la retroalimentación del sistema, se seleccionan ciertas conductas en la medida que aportan al logro del objetivo establecido.

Es importante recalcar que el patrón de objetivo establecido opera en los seres humanos con gran flexibilidad, ya que “cuanto más complejo es el organismo, más intervienen los procesos cognitivos para organizar y coordinar distintas secuencias de acción y sistemas conductuales a efectos de tratar de alcanzar objetivos biológicamente incorporados” (Ibidem, p.79).

A partir de lo anterior, se reconoce la importancia del dominio biológico en la reproducción y, a su vez, se concede un papel central y constitutivo a la intersubjetividad humana, que finalmente posibilita el cumplimiento de los objetivos de la sexualidad. En este sentido, es importante establecer una distinción con respecto

a la intersubjetividad, ya que si bien todo conocimiento de sí mismo y del mundo recae en la experiencia interpersonal, es característica del ser humano que, como comenta Guidano (1994):

Su desarrollo ontológico se produce a través de procesos crecientemente individualizados de diferenciación del propio sí mismo respecto de los atributos y significados comunes, compartidos con los otros (...) por lo que convertirse en un sí mismo ontológico corresponde a un ordenamiento autorreferencial de la tensión esencial percibida en la sincronía interaccional con los demás. (p.31)

Por otra parte, cuando se plantea que existe una **función filogenética**, se hace referencia a la cualidad específica de la sexualidad de permitir *la reproducción de la especie*, es decir, posibilita que los seres humanos perpetúen evolutivamente su desarrollo. Esta función puede considerarse como un fin instrumental que está sujeto a la elección de los individuos y, por tanto, puede no estar presente, sin embargo, una ausencia generalizada de ésta tendría como consecuencia la extinción de la especie humana.

Guidano plantea que dentro de los primates, la hembra humana, producto de los ciclos menstruales, se constituye en la única que es receptiva sexualmente durante todos los días del año surgiendo, en ese instante, una separación entre la actividad sexual y la actividad reproductiva. Dicha separación es, para Guidano, un fenómeno revolucionario que permite pensar que la sexualidad tiene como función el establecer y conservar relaciones y vínculos afectivos (Ruiz, 2002). En este contexto, es posible apreciar que la sexualidad en los seres humanos posee objetivos que van más allá de lo filogenético (que los constituye como especie), es decir, una función ontogénica que constituye al ser humano como individuo.

La **función ontogenética** apunta a que la sexualidad *aporta a la construcción y complejización constante del sí mismo*, ya que orienta proactiva e inevitablemente a los individuos hacia lo intersubjetivo, contribuyendo a la progresión ortogenética del sistema de conocimiento humano.

La sexualidad forma parte de la estructura del sí mismo, es un componente de éste, por tanto, juega un rol fundamental en su organización. En este sentido, existe una relación dialéctica entre el sí mismo y la sexualidad, puesto que esta última se construye en la medida que se construye el sí mismo, y viceversa.

Al constituirse el sí mismo como un sistema de conocimiento, es posible asumir la **sexualidad como parte del proceso de conocimiento** y, puesto que conocer es inherente a la existencia humana, es inevitable que ésta contribuya a la construcción y complejización permanente del sí mismo al permitir una reorganización sistémica de las pautas de coherencia interna, posibilitando la emergencia de niveles más inclusivos de conocimiento acerca de sí mismo y del mundo. Consecuentemente, la función ontogenética de la sexualidad se encuentra siempre presente en los individuos y, por tanto, es inevitable.

Los sujetos se relacionan, en la complejidad del mundo intersubjetivo, como seres sexuados. Cada individuo interactúa con los otros desde la experiencia de sí mismo como sujeto sexual, la que se ha construido a lo largo de su historia evolutiva configurándose como elemento fundamental de su identidad. Es necesario aclarar que si bien, como se expresó anteriormente, la sexualidad es un componente de la estructura del sí mismo y, por lo tanto, participa de manera fundamental en su organización, el ser humano y sus interacciones no se reducen sólo al ámbito sexual. Asumir que toda vivencia humana es equivalente a experiencia sexual, implica restringir la concepción del ser humano a un componente del sí mismo, siempre presente, pero no inclusivo de la totalidad de las vivencias.

Pueden distinguirse en la sexualidad dos niveles de conocimiento; un nivel tácito, que corresponde a la experiencia inmediata y es preferentemente inconsciente, y un nivel explícito, o de la explicación, correspondiente a un sistema principalmente semántico y consciente. Esto implica que la sexualidad opera en el sujeto a través de su experimentar directo e inmediato y, paralelamente, a través de modelos conscientes y explícitos de sí mismo y el mundo, en relación con su sexualidad y los discursos sociales en torno a ésta. Es así como la sexualidad es experimentada, en un nivel tácito, mediante lo corporal y lo sensual¹⁷, haciéndose explícita a través de la trama narrativa articulada en el lenguaje.

Así, el lenguaje se transforma en un elemento fundamental para la sexualidad, pues permite separar el contenido informativo del afectivo y transformar éste último en información. Al conceptualizar y, en consecuencia, objetivar la sensorialidad, se abre la posibilidad de comunicar y compartir estados internos, lo que implica un contacto con los significados comunes acerca de lo erótico. De este modo, y desde los primeros estadios del desarrollo, el ser humano accede a los significados sociales en torno a la sexualidad, confrontando dicha información con aquella proveniente de su subjetividad, a partir de lo cual, construye esquemas propios en los que se encuentran diferentes categorías acerca de lo que es o no erótico, y lo que es considerado como positivo y negativo en el campo de la sexualidad.

Ahora bien, al contar el lenguaje con la cualidad de conferir una estructura narrativa a los fenómenos, facilita la construcción de una trama en torno a la sexualidad, constituyéndola como tema, con un inicio, un desarrollo y un final. Esta construcción de una trama narrativa¹⁸ permite organizar y clasificar la información a lo largo del desarrollo, implicando que los esquemas de conocimiento referidos a la sexualidad se encuentran en constante construcción. Esto posibilita que el individuo se autorrefiera una imagen de sí mismo con respecto a la vivencia de su propia sexualidad, es decir, que sea capaz de articular, de acuerdo a las capacidades

¹⁷ Con "sensual" se hace referencia al dominio de los sentidos, a lo sensorial.

¹⁸ Véase capítulo III, acápite 4.

cognitivas desarrolladas hasta ese instante, una narrativa con respecto a sí mismo en el plano sexual. A partir de esto, el conocimiento que el sujeto posee de su propia sexualidad se incorpora a la dinámica de la mismidad, según las características particulares de su organización de significado.

La sexualidad está sujeta a mecanismos de control descentralizado, que protegen la coherencia del sistema al desviar la atención y excluir información del procesamiento consciente de aquellos contenidos, relacionados a la sexualidad, que pueden ser discrepantes para el sí mismo. A la vez, los mecanismos de control centralizado permiten la asimilación de aquellos contenidos, relacionados a la sexualidad, que resultan coherentes para el sistema.

La dinámica constructiva de la sexualidad opera a través de procesos de mismidad e ipseidad. Por una parte, transcurre dentro de los límites de la coherencia sistémica, en tanto las experiencias puedan ser asimiladas mediante su semejanza con los esquemas preexistentes. De este modo, la mismidad es generativa de la experiencia de continuidad también en el ámbito de lo sexual. El individuo posee un desarrollo evolutivo ligado a la sexualidad, es decir, ha estructurado, a través del lenguaje, una trama narrativa acerca de su experimentar sexual (corporal, sensual, etc.) que posibilita la construcción constante de una autoidentidad sexual (sentido de sí mismo como hombre o mujer, con una particular orientación sexual).

La mismidad controla los procesos de mantenimiento, dirigiéndose a la producción de confirmaciones acerca de la fiabilidad de los modelos sexuales sobre sí mismo y el mundo. En la mismidad el sujeto se despliega dentro de los límites del sí mismo. La posibilidad de que estos límites sean sobrepasados depende de manera significativa de la capacidad del sujeto de protegerse de las perturbaciones y las condiciones en que éstas se desarrollan.

La ipseidad se hace presente en la sexualidad toda vez que las experiencias ligadas a ésta sobrepasen los límites de la organización del sí mismo. El surgimiento

de discrepancias y presiones ambientales puede forzar la evocación de un mayor grado de distanciamiento y descentramiento, obligando al sí mismo a reorganizarse y, por tanto, a complejizarse.

En la sexualidad, como en todo ámbito de la existencia humana, la ipseidad opera a través de los mecanismos descentralizados, que actúan a partir de las presiones que obligan al sí mismo al cambio y, por tanto, a la complejidad, por esta razón, puede considerarse a los procesos de cambio como generativos. Los mecanismos de control descentralizado, actúan también en la sexualidad a partir de la capacidad de exclusión de la información y la distracción por medio de actividades diversivas, como se mencionó anteriormente¹⁹.

A través del desarrollo evolutivo, el sujeto experimenta su propia sexualidad a partir de los otros y de sí mismo. Estas experiencias son autorreferidas y se transforman en conocimiento acerca de sí mismo, permitiendo que éste se complejize, haciéndose más flexible, abstracto e inclusivo de la sexualidad.

Es posible afirmar que la sexualidad tiene como condición básica la generatividad, es decir, puesto que la sexualidad orienta al sujeto hacia lo intersubjetivo, inevitablemente lo dispone a la generatividad, lo que no implica que toda experiencia ligada a la sexualidad sea siempre generativa. Las relaciones de pareja implican la apertura de un espacio intersubjetivo, en que el logro de una complementariedad entre las intenciones de ambos miembros, posibilita la emergencia de una generatividad tanto intra como interpersonal, existiendo una relación dialéctica entre ambas categorías. Los sujetos envueltos en esta interacción y, al mismo tiempo, la relación, entendida como un sistema de conocimiento unitario, se complejizan existiendo la posibilidad de aumentar sus niveles de generatividad.

La sexualidad se encuentra presente en toda relación humana, lo que no significa, en modo alguno, que todas las relaciones tengan un carácter erótico.

¹⁹ Véase capítulo IV, acápite 3.

Cada pareja adopta una dinámica característica, que se estructura a través de la construcción de significados comunes. La pareja "significa" de un modo específico, que depende de las cualidades de cada sistema individual y, al mismo tiempo, de las características de la relación. El conocimiento construido en pareja se organiza en torno a una trama narrativa común y particular, en la cual se objetiva lo sensorial y emocional, existiendo la potencialidad de lograr una complementariedad reflexiva en los diversos estados interpersonales experimentados por la pareja. En este contexto, se presenta la eventualidad de un encuentro erótico, que comienza con la clausura de un espacio de intimidad y puede conducir a la pareja a una complementariedad de intenciones en busca de la satisfacción y la completitud. Estas experiencias, que resultan ser emocionalmente perturbadoras para el sistema, obligan al sujeto a significarlas y, a su vez, a significarlas en pareja. De este modo, la relación puede volverse más generativa y, por tanto, complejizarse.

La dimensión intersubjetiva en el ser humano, como se ha señalado a lo largo de esta investigación, permite que el proceso de construcción del sí mismo se desarrolle de manera progresiva y compleja. A su vez, la necesidad de coordinación interpersonal se ve facilitada por la capacidad humana de atribuir intenciones y estados emocionales a los otros y, asimismo, fingir o no expresar los propios. Así entonces, el mentalismo²⁰ posibilita la adaptación del individuo en un mundo intersubjetivo complejo al permitirle anticiparse a la percepción de los otros acerca de las propias acciones y, de ese modo, apreciarse a sí mismo desde la perspectiva de aquellos.

Lo anterior resulta fundamental en el plano de la sexualidad, pues permite coordinar la propia intención erótica en pos del logro de la complementariedad de intenciones con un otro, facilitando un mayor nivel de autoconocimiento. Se puede afirmar entonces, que el mentalismo sitúa al sujeto dentro de una red de estados intencionales, generándole la posibilidad de, a través de la sexualidad, desplegar su intención erótica en busca de su satisfacción y, paralelamente, coordinarse con un

²⁰ Véase capítulo III, acápite 3.

otro, accediendo así a la construcción de una dinámica de interacción que facilita el desarrollo constante del sí mismo de ambos, por medio de la capacidad recíproca de reflejarse en la conciencia de otro.

Es entonces, en este contexto, que la sensación de carencia de otro, presente en el deseo, se constituye como elemento basal para la sexualidad. Dicho estado mental, que opera como disposición a la acción, dirige al sujeto hacia otro, concreto, generalizado y/o simbólico, orientándolo hacia el cumplimiento de los objetivos de la sexualidad. En otras palabras, el deseo, opera dirigiendo al sí mismo hacia la dimensión interpersonal en busca de otro, generando las condiciones que permiten que el ser humano, por una parte se reproduzca y, por otra, se construya proactivamente.

Es posible afirmar que una de las formas a través de las cuales el deseo se vehiculiza es la sexualidad, buscando la satisfacción con y desde “un otro” específico. En ese instante, surge la intención erótica que aspira al logro de una complementariedad de intenciones, disponiendo al sujeto, en todas sus dimensiones, para una relación con el otro que culmine en el encuentro de los cuerpos. En esta interacción se hace posible el reconocimiento y la trascendencia del sí mismo, a través de la construcción de significados comunes (Yáñez, comunicación personal, 2001).

Cuando la intención tiene por objetivo “lo erótico”, es decir, sacar al sujeto de la cotidianidad, aspirando al encuentro de los cuerpos, la intención adquiere la cualidad de “erótica”.

Al surgir la intención erótica, se liga su satisfacción con una acción concreta, estableciéndose así las condiciones de la satisfacción. Es decir, emerge en la conciencia un otro, perturbando y obligando al sí mismo a moverse en busca de un objeto determinado. En ese momento, la mismidad se altera, el sí mismo se moviliza y transita hacia la ipseidad, surgiendo la posibilidad de ampliar sus límites.

Por otra parte, ese otro particular que emerge junto a la intención erótica, se constituye como tal, producto de la atribución de significados que el sujeto le asigna. Es decir, el objeto de la acción erótica no sería necesariamente erótico o sexual en sí, sino que es la significación surgida en la intención erótica, la que le otorga a un objeto la cualidad de "erótico". Debido a esto es posible que un individuo se aparte de los significados construidos social y culturalmente acerca de lo erótico, estableciendo en su desarrollo ontogénico significados particulares y/o exclusivos.

En la niñez, por ejemplo, se producen encuentros corporales que, desde la perspectiva adulta, pueden ser interpretados como "sexuales", sin embargo, debido a la precaria evolución de sus significados, la falta de abstracción y, en definitiva, las limitaciones propias de esta etapa del desarrollo, los niños no los significan como eróticos. Este es un período de descubrimiento, reconocimiento y construcción de la significancia del objeto como erótico.

En relación al encuentro erótico, puede afirmarse que la sexualidad encuentra en el goce una ganancia paralela que resulta generativa tanto intra como interpersonalmente. Resulta necesario aclarar que entre los conceptos placer y goce existe una diferencia importante que radica en su naturaleza e implicancia. El placer hace referencia a un fenómeno fisiológico producido por la estimulación sexual, mientras el goce es un fenómeno intrapsíquico, que corresponde a la sensación subjetiva del sujeto con respecto al placer, en el cual la emocionalidad tiene un papel central. Ambos se transforman entonces en el aliciente que permite el surgimiento de una nueva intención erótica abriéndose, de este modo, un nuevo ciclo erótico. De acuerdo a esta perspectiva, el placer y el goce no son considerados un fin en sí, sino una ganancia que acompaña al encuentro con el objeto erótico. Dicha ganancia puede actuar como un potente incentivo para el establecimiento de nuevos ciclos eróticos, así como el displacer puede constituirse en un inhibidor de dicho proceso.

IX. 1.- La sexualidad en la construcción de la identidad

La identidad, como sentido de sí mismo, corresponde a la identidad de un sujeto sexuado. Por tanto, en su definición más amplia, incluye lo que se denomina “identidad genérica”, concepto que hace referencia al sentido de sí mismo del sujeto, momento a momento, como ser sexuado. Identidad genérica, en este contexto, incluye la propia percepción de uno como ser sexuado, el sentimiento de pertenencia a un género determinado, la orientación sexual y el rol sexual. En definitiva, en el concepto “identidad genérica”, se aborda lo que algunos autores han definido como identidad sexual y orientación sexual, pues se considera que éstos forman parte fundamental del proceso que lleva al sujeto a obtener un sentido de unicidad y singularidad, al contribuir en la adquisición del conocimiento de uno como diferente de los otros, con sus propios atributos.

A partir de lo anterior, resulta relevante establecer una distinción entre identidad y rol. Este último corresponde al ámbito de lo interpersonal, al referirse a las expectativas sociales acerca del comportamiento de un sujeto en particular. El rol se integra en el proceso de construcción ontológica del sujeto, pasando a formar parte del sentido de sí mismo, construyéndose este último a partir de lo interpersonal, pero asentándose finalmente en el significado personal de cada sujeto. En definitiva la identidad genérica es idiosincrática para cada ser humano, mientras el rol es particular a cada género.

En este sentido, los criterios de normalidad/anormalidad referidos a la identidad genérica tienen un carácter meramente estadístico-descriptivo, ya que sólo dan cuenta de la presencia o ausencia de concordancia entre el sexo biológico y la identidad genérica, dentro de un particular contexto sociocultural. Para efectos de la presente investigación, la “discordancia” entre los elementos que componen la identidad genérica y el sexo biológico es parte de la amplia gama de posibilidades que, en el ámbito sexual, presenta la especie humana. Así entonces, es importante resaltar el concepto de **diversidad** en contraposición al de normalidad, considerando

la sexualidad como un fenómeno plural, con múltiples características y posibilidades de expresión, y no como una dimensión humana sujeta a una normatividad intrínseca ajena a la expresión cultural.

Acorde a este planteamiento, se encuentra el concepto de “sexualidad plástica” desarrollado por Giddens (1998) el que hace referencia a que la sexualidad estaría incorporada como propiedad potencial de los individuos, abierta a una configuración de diversas formas. En este sentido, concordando con la idea de Palma (comunicación personal, 2001), la sexualidad sería el punto de conexión entre la cultura, la corporalidad y la construcción del sentido de sí mismo.

En relación con lo anterior, por ejemplo en el caso de los sujetos homosexuales, la falta de concordancia entre el sexo biológico y su identidad genérica, no implica una menor complejidad del sí mismo y, de ninguna manera, altera la función ontogénica de la sexualidad, la cual, como se mencionó con anterioridad, tiene un carácter inevitable al formar parte del proceso de construcción del sí mismo.

Procesos de vínculo y Sexualidad

En el desarrollo humano, es fundamental la relación dialéctica entre los procesos de apego y la construcción de un sentido de sí mismo consistente, estable y continuo en el tiempo.

Desde las relaciones de apego tempranas, el sujeto comienza a estructurar un sentido de sí mismo en relación a su propia sexualidad. Producto de la sensibilidad innata de los individuos a la información transmitida por los otros, se hace posible una lectura de los estados afectivos a través de un proceso empático que, finalmente, influencia el modo como el niño llega a percibirse a sí mismo, con las características que lo definen como ser humano, que incluyen los caracteres sexuales anatómicos y la identidad de género.

Durante los primeros años del desarrollo evolutivo, se produce una confrontación de las diferencias anatómicas entre hombres y mujeres. Esta confrontación incide de un modo directo en la construcción del sí mismo, siendo las diferencias corporales representadas simbólicamente mediante el rol de género, integrándose finalmente, a la identidad genérica. En este sentido, la identidad genérica es significada a través del cuerpo y es expresada y comunicada mediante la corporalidad.

En el proceso de construcción de la sexualidad, juega un rol fundamental la corporalidad. Acorde al planteamiento de Gagnon y Simon (citado en Palma, 2002), en un contexto intersubjetivo, el sujeto estructura la capacidad para reconocer los estados corporales, tanto propios como ajenos, a través de claves corporales y de la forma de interacción de los cuerpos, dentro del contexto socio-histórico del individuo. En concordancia con lo anterior, el sujeto es capaz de realizar distinciones entre las sensaciones e interacciones, en cuanto a si pertenecen o no al ámbito sexual, construyendo significados personales, a partir de la interacción entre los discursos culturales y su propia experiencia (corporal, emocional, etc.), acerca de lo erótico.

En correspondencia con los planteamientos de Stoller (citado en Faure-Oppenheimer, 1986), desde un principio los padres se relacionan con el niño de manera diferenciada a partir del sexo que éste tenga, asignándole un género en particular y posibilitando la decodificación de su experiencia a través de la pertenencia a un género determinado. Es decir, su experiencia tácita es articulada en la interacción con sus figuras significativas. Esta interacción facilita una estructuración de dicha experiencia, con relación a una trama narrativa, que comprende una serie de escenas y su consecuente experiencia emocional en torno a su propia sexualidad, en términos de vivencia y significación. “El apego es un proceso muy complejo y es el sistema de autorreferencia que subyace al desarrollo y al mantenimiento de la identidad personal” (Guidano citado en Quiñones, 2001). De este modo, es posible afirmar que la manera de reconocer la propia experiencia es a través de la interacción con las figuras de apego.

En un inicio, el bebé se encuentra en un estado más bien indiferenciado con sus cuidadores. El sentido de sí mismo del infante afronta un mundo confuso e ininteligible. Posteriormente, los procesos de identificación y diferenciación permiten la construcción de un sentido de sí mismo diferenciado, estable y continuo en el tiempo (Guidano, 1991). Aproximadamente al final de los años preescolares, el niño adquiere una identidad de género específica y estable. A través del proceso de identificación con el padre del mismo sexo, el sujeto desarrolla gradualmente los atributos de género. Sin embargo, la elaboración de un sentido de sí mismo legítimo implica el posterior abandono de esta fuente de identificación. Por otra parte, en el proceso de diferenciación, el niño imita algunas características de sus figuras de vínculo, integrándolas, lo que permite la construcción de la identidad personal, que involucra la identidad genérica. El padre del sexo opuesto posibilita un ensayo en el cual el niño prueba su aceptabilidad y atractivo al aproximarse su maduración sexual en la pubertad (Ibidem).

De acuerdo a Patricia Crittenden (2002), a partir de la adolescencia la sexualidad se transforma, junto a la protección, en la principal función organizadora de la conducta. Por esta razón, las estrategias de apego deben combinarse con estrategias tendientes a la mantención de relaciones íntimas. En la adolescencia comienzan a organizarse conductas en torno a la sexualidad, éstas toman relevancia en la selección y regulación de las relaciones. En las relaciones de pareja se busca un intercambio recíproco de toma de perspectivas, bienestar y protección. Cuando el operar del adolescente, en torno a sus relaciones, es menos generativo, es improbable que éstas se constituyan como una instancia complejizadora del sí mismo y, el resultado puede ser el aislamiento o el conflicto, ambas experiencias displacenteras.

En este período del desarrollo, existe una menor integración entre los procesos cognitivos y afectivos, por lo que es más difícil para el sujeto inhibir la acción. En el ámbito sexual, desde esta perspectiva, puede entenderse por ejemplo, la prevalencia del embarazo adolescente.

Las primeras interacciones sexuales contribuyen a la construcción de la identidad de género y, por tanto, del sí mismo. Las dimensiones operativas cobran relevancia en este aspecto, puesto que la operatividad del sí mismo contribuye proactivamente al proceso constructivo de la identidad genérica, así como también a la confirmación/desconfirmación ontogénica de la autoimagen sexual²¹.

IX. 2.- Alteraciones en la operatividad del sí mismo en el ámbito sexual

La sexualidad es siempre un ámbito relevante para el ser humano debido a su influencia en el proceso de construcción de la identidad, por lo que, en definitiva un desequilibrio en ésta, puede llegar a amenazar la coherencia del sí mismo.

Es importante recalcar que, así como las experiencias sexuales tienen influencia sobre el proceso de identidad, también las experiencias ligadas a otros ámbitos pueden producir cambios en la identidad genérica, esta relación dialéctica resulta del funcionamiento integrado del sí mismo como totalidad.

De acuerdo a los patrones de apego y, por tanto, a la organización de significado personal de cada sujeto el ámbito de la sexualidad puede presentar diferentes grados de disrupción. Además, las dimensiones operativas cobran un rol importante en la tendencia del sujeto a significar ciertas experiencias sexuales como discrepantes.

Las cualidades de la interacción sexual, por ejemplo, intensidad, duración, contexto, etc. influyen en las consecuencias que ésta tendrá para la organización del sí mismo. Si las experiencias resultan coherentes y viables para la autoimagen sexual, éstas podrán ser incorporadas a la dinámica de la mismidad, dando un salto progresivo y aumentando su complejidad.

²¹ Percepción y valoración de sí mismo como ser sexuado, con características y atributos particulares.

Si, por el contrario, las vivencias surgidas de la interacción sexual resultan disruptivas y sobrepasan los límites de la coherencia interna, el sujeto será presionado al cambio, es decir, cuando el equilibrio oscilante de la autoimagen sexual se perturba, el sujeto se ve compelido a focalizar la conciencia en el sí mismo, con lo que se produce una evaluación de su propia imagen sexual, generándose la posibilidad de enriquecer o restringir los límites de su identidad genérica y, en definitiva, de su sí mismo. Cuando, luego de un proceso de cambio, se integran nuevas experiencias al sí mismo, éste se vuelve más generativo y complejo.

Como se explicó con anterioridad²², la percepción de una amenaza, por parte del sí mismo, conlleva una discrepancia entre la experiencia y la trama narrativa. En este sentido, en el ámbito de la sexualidad, subyacente a este **quiebre**, se encuentra el intento del sí mismo por la mantención de la coherencia de su identidad de género percibida, contraria a las presiones desafiantes para evaluar dicha identidad.

Con la finalidad de mantener esta coherencia, el sujeto recurre a los mecanismos de autoengaño. Cuando la utilización de éstos es excesiva, el sujeto no reconoce como propia la experiencia, externalizándola, lo que se constituiría como base para la emergencia de una disfunción sexual. Cuando la experiencia discrepante no logra ser integrada se produce un salto regresivo que restringe los límites de la identidad genérica y, por tanto del sí mismo. Por otra parte, si la utilización de mecanismos de autoengaño es muy limitada y el sujeto refiere una cantidad excesiva de información proveniente de la experiencia inmediata al sí mismo, su autoimagen se torna muy compleja, por lo que resulta difícil su integración y mantención estable, conduciendo eventualmente al sujeto a un cuestionamiento de su autoimagen sexual que también puede desembocar en la emergencia de disfunciones sexuales. Esto va a depender de aspectos tales como la intensidad percibida de la experiencia, el nivel de abstracción, inclusión, flexibilidad, actividad y exposición del sujeto y, finalmente, del modo en que éste organiza la experiencia.

²² Véase capítulo VII, acápite 2.

Cuando las experiencias sexuales disruptivas no logran ser incorporadas a la trama narrativa, emergen los síntomas y signos como información no decodificada. En este sentido, para la presente investigación, las **disfunciones sexuales** son concebidas como *una alteración en la operatividad del sujeto, en el terreno de lo erótico, que se produce como consecuencia de un quiebre entre los niveles de conocimiento, tácito y explícito, que interfiere el proceso sexual de pareja producto de experiencias disruptivas ligadas directa o indirectamente a la sexualidad.*

En este contexto, la disfunción sexual corresponde a la expresión concreta de discrepancias entre los niveles de conocimiento que interfiere en el pleno desarrollo del proceso sexual de la pareja.

Asimismo, la disfunción sexual juega un rol en la mantención de la coherencia sistémica y, por tanto su relevancia reside en el sentido que ésta tiene para la organización del sí mismo. Por esta razón, la terapia sexual debe basarse en una teoría que abarque las organizaciones de significado personal, de manera tal que la disfunción pueda ser abordada desde el estilo sexual del sujeto, a partir de la propia emocionalidad y de la atribución de significados autorreferidos y no entenderse como un elemento desligado del procesamiento del sí mismo. Un enfoque terapéutico, basado en las alteraciones operativas que conlleva la disfunción sexual, puede resultar perjudicial para el sí mismo al amenazar el precario equilibrio alcanzado a través del síntoma, llevándolo a un desequilibrio más profundo, debido a que no se considera la etiología de la disfunción que radica en la organización del sujeto y, por tanto en su estilo sexual.

Lo erótico es un terreno de vulnerabilidad para el ser humano, puesto que la sexualidad se constituye como una dimensión que implica la búsqueda de un otro, en la que se juega la seguridad y el peligro, la protección y la exploración a través del apego y el alejamiento, lo que conlleva un importante nivel de emocionalidad. El apego se simboliza en el encuentro de los cuerpos, que potencialmente viabiliza la reproducción. En cambio el alejamiento y el peligro están representados en el

despliegue de la intención erótica en pos de la complementariedad, en la cual el sí mismo opera en los límites de su coherencia (Yáñez, comunicación personal, 2003). En otras palabras, en un único acto el sujeto se encuentra con la seguridad y el peligro concretizado en la relación con el objeto erótico.

En la interacción sexual el otro representa a la vez el apego y el peligro, es decir, implica, por una parte, el eventual encuentro pletórico de goce y, por otra, la posibilidad que en el intertanto emerja una intensa perturbación, la cual amenaza constantemente la autoimagen sexual y la coherencia del sí mismo. Ambas alternativas resultan generativas para el sistema y posibilitan la constante complejización de éste a través de una reorganización de las pautas de coherencia interna.

La capacidad del sí mismo de integrar nuevas experiencias, también en el ámbito sexual, depende en gran medida, de sus niveles de abstracción, flexibilidad, inclusión, actividad y exposición. De este modo, a mayor complejidad, menos experiencias resultarán discrepantes para el sí mismo. En definitiva, la asimilación de experiencias es un proceso incesante y, por tanto, la complejización del sí mismo continúa durante todo el ciclo vital.

Finalmente, a partir de lo anterior, se observa la importancia que tiene la sexualidad en el proceso de construcción del sí mismo al orientar proactiva e inevitablemente al sujeto hacia lo intersubjetivo. Ya que todos los seres humanos habitan en la intersubjetividad, pero organizan la experiencia de manera personal e idiosincrásica dependiendo de su Organización de Significado, resulta posible afirmar entonces la existencia de una manera particular de vivenciar y atribuir significados en el ámbito sexual. Basándose en lo anterior, se plantea la estructuración de un estilo sexual correspondiente a cada Organización de Significado Personal.

X. LA ORGANIZACIÓN DE SIGNIFICADO PERSONAL DE LOS
DESÓRDENES ALIMENTICIOS PSICÓGENOS
(DÁPICA)

*“todo ser humano necesita construir
un sentido de sí mismo consistente, estable y
continuo en el tiempo”*
Guidano

En la actualidad cobra vital importancia la comprensión de los Desórdenes Alimenticios debido a su gran prevalencia. La consulta por cuadros como anorexia, bulimia u obesidad ha tenido un gran incremento, llegando a ser catalogados, por algunos profesionales de la salud, como verdaderas epidemias en países como España y Argentina. En Chile es posible encontrar por cada persona que padece anorexia, 5 cuadros de bulimia²³.

Guidano plantea como explicación posible a este incremento la importancia que adquiere, en las sociedades post-modernas, la imagen que la persona tiene, en este sentido, el sujeto debe ser capaz de autorregularse en busca de confirmación social de dicha imagen, importancia que no está presente en otros momentos socio-históricos. *“Yo diría que en la actual época post-moderna es probablemente la organización de significado personal más frecuente”* (Guidano citado en Quiñones, 2001, p.82).

Guidano (1991, 1994) plantea que la unidad de los procesos de significado personal, en sujetos con tendencia a esta organización de significado, surge de una *percepción difusa del sentido de sí mismo*, organizándose en torno a límites profundos que oscilan entre dos polaridades. En un polo se encuentra una *necesidad absoluta de aprobación de los otros significativos* y, en el otro polo, *el miedo de ser invadido o desconfirmado por los otros significativos*. La oscilación recursiva entre estas polaridades tiene por objeto la búsqueda de la propia identidad, expresada

²³ Comentario de Mónica Padilla, Presidente del Colegio de Nutricionistas. Programa de Canal 13 “Diagnóstico”, 19/11/02.

comúnmente mediante la reflexión en torno a la pregunta ¿Quién soy?. Dependiendo del polo predominante en la organización del sujeto, se encontrarán tendencias hacia la anorexia, obesidad o bulimia.

Como respuesta a los desequilibrios percibidos entre las polaridades oponentes recién mencionadas, los sujetos tendientes a este tipo de patrón de organización propenden a alterar su imagen corporal a través de patrones de ingestión disfuncional (Guidano, 1991), manifestándose con mayor frecuencia en las mujeres. En el caso de los hombres, suelen encontrarse cuadros relacionados a su competencia sexual.

Para los sujetos con tendencia dápica, el proceso crítico es el proceso de construcción de la identidad o sentido de sí mismo, en este sentido, es característica de esta Organización de Significado la necesidad que tiene el sujeto de los otros para estructurar su identidad personal. Es decir, el conflicto en el dápico se centra en el logro de un sentido de sí mismo definido o, dicho de otro modo, en su individuación.

X. 1.- Patrones de Vinculación Tempranos

Las familias dápicas se caracterizan por presentar una **ambigüedad** que alcanza todos los niveles, la historia familiar, el comportamiento de los padres, el camuflaje de cualquier situación que atente contra la imagen social familiar, etc. (Guidano en Quiñones, 2001). Así, el ambiente familiar típico de estos individuos suele presentar una comunicación disfrazada, ambigua y contradictoria. El vínculo parental, así mismo, es ambiguo e indefinido y suele ser, además, contradictorio (Guidano, 1994).

Por una parte, los padres se definen o declaran como dedicados absolutamente al bienestar y educación de sus hijos, como devotos a ellos y, por otra, la conducta parental se orienta a obtener confirmación de esta imagen social familiar por parte de los demás, en desmedro de la satisfacción real de las necesidades concretas de

bienestar y sostén emocional del niño. Los padres suelen estar atentos a los aspectos formales de la vida, teniendo como propósito primario proporcionar una imagen social de “matrimonio perfectamente feliz”, ocultando cualquier contradicción o dificultad personal, lo que obviamente propicia la existencia de “secretos familiares” (Vergara, comunicación personal, 2002). La situación familiar recién descrita tiene como resultado una ambigüedad que inunda el ambiente familiar y las relaciones tempranas del niño.

Estas familias “perfectas” se caracterizan por un **patrón de relación enmarañado**, caracterizado por la restricción de los espacios de intimidad de cada uno de sus miembros. Este patrón de relación permite una identificación del niño con sus padres, sin embargo, obstaculiza el proceso de diferenciación de éstos, específicamente, obstaculiza la *diferenciación* entre el emergente sentido de sí mismo del niño y las representaciones internas de los padres, especialmente durante la infancia y los años preescolares. En un nivel individual, el enmarañamiento trae como consecuencia una diferenciación interpersonal pobre, el sujeto “se pierde en el sistema” (Guidano, 1991, p.162). En este sentido, el que no se respete ninguna individualidad es un factor crítico que dificulta el proceso de construcción del sentido de sí mismo del niño. Son familias que poseen una especie de “identidad colectiva”, en las que no es posible expresar opiniones o emociones propias, y en las que se utiliza como estrategia específica el control de cada uno de sus miembros, control ejercido en la infancia a través de la amenaza de “quitar” el afecto, es decir, el cariño es condicional, entregar o quitar el afecto se constituye como un elemento de amenaza para ejercer el control (Guidano citado en Quiñones, 2001). Así, la calidez emocional y la ternura son utilizadas como estrategia para confirmar al niño o desconfirmarlo, manteniendo así el control sobre él.

Los padres utilizan como una estrategia de control, “(...) *en un marco de referencia interaccional en el que cualquier posibilidad de expresión directa de las emociones y opiniones es excluida*” (Guidano, 1991, p.161), la redefinición constante de los sentimientos y pensamientos autónomos del niño, de manera que concuerden

con la ideología familiar, representada en el lema “es en la medida que pensamos, sentimos y actuamos igual que nos demostramos cuanto nos queremos” (Vergara, 2002). En consecuencia, el niño puede llegar a tener una percepción de sí mismo estable sólo a través de una relación enmarañada con una figura vincular que le decodifique sus estados internos constantemente, es decir, sólo dentro de una relación vincular enmarañada el niño es capaz de “inferir” lo que le es permitido sentir y pensar.

Las madres dápicas intentan constantemente ser las “madres perfectas”, sin embargo, como resultado de esta búsqueda de perfeccionismo, la concentración y el esfuerzo están orientados a cumplir con esta imagen de perfección por sobre el cuidado de sus hijos (Guidano citado en Quiñones, 2001). En relación a esto, Guidano (citado en Quiñones, 2001) comenta:

Los bebés de las madres dápicas generalmente en el primer año de vida, presentan muchos problemas en la alimentación (...). Lo que explica esto es que la madre no tiene una relación con el bebé sobre sus necesidades de hambre y saciedad. (p.84)

Son madres que no obtienen placer del cuidado de sus hijos y el control prevalece sobre la calidez emocional y la ternura (Guidano, 1991, 1994).

El espacio interpersonal en el que los padres controlan la crianza de sus hijos es en las reuniones en torno a la comida. En éstas se expresan temáticas asociadas a contenidos de rendimiento, los padres “verifican” que todo vaya acorde a la imagen y lema familiar, es una situación de “evaluación”. En consecuencia, los niños no logran asociar comer con placer, asociando comida con turbulencia interna; el hambre y la saciedad se independizan del comer, asociándose placer, o alivio, con rendimiento.

En estas familias el “cariño” depende directamente de la conducta del niño, como se menciona anteriormente, es decir, depende de cuánto corresponda o cumpla con las expectativas que se tienen de él. Así, el niño construye la *identidad del sí mismo* basado en *criterios externos*, logrando una autoimagen y un sentido aceptable de sí como niño sólo en la medida en que corresponde a las expectativas de sus padres, es decir, el niño obtiene un sentido de sí mismo de ser competente, querible y aceptable (Guidano citado en Quiñones, 2001), sólo en la medida en que es capaz de responder a los estándares de perfección impuestos por sus figuras significativas, sólo así el niño puede mantener un nivel de autoestima positiva, necesario para sobrevivir.

La familia dápica *exige* al niño que sea perfecto, sin embargo, es una exigencia aparente, pues lo importante no es lo que el niño realmente “sea”, sino sólo lo que “parezca”, y lo que tiene que parecer es “ser perfecto”, en consecuencia, lo que importa es el resultado final, no el proceso que se lleva a cabo (Guidano citado en Quiñones, 2001), centrándose en la “apariencia”.

En consecuencia, la incertidumbre presente en los niños dápicos es expresada a través de la falta de identificación acerca de lo que sienten o lo que perciben realmente, como resultado de la constante desconfirmación o redefinición de los padres, por lo que deben pedir constantemente confirmación sensorial al adulto (Guidano citado en Quiñones, 2001). En este sentido, la ambigüedad dápica hace referencia a la dificultad para decodificar los propios estados internos, por tanto, necesitan de otro que los defina.

El patrón de apego estructurado por el niño con tendencia dápica, inducido por las características familiares, es el patrón **evitante compulsivo complaciente**. “Es decir, es un niño que logra mantener un acceso emocional de sus padres de forma estable y segura, en la medida en que en cada momento corresponde a las expectativas de ellos” (Guidano citado en Quiñones, 2001, p.83). El niño compulsivo complaciente tiene constantemente el temor de ser abandonado si no responde a las expectativas de los otros significativos. El niño vive el abandono como una amenaza,

pues a través de ésta los padres controlan la crianza. Este abandono al que teme es siempre vivido en su imaginación, es decir, como algo que no ha ocurrido, pero que puede llegar a ocurrir. Por este temor, los niños compulsivos complacientes no expresan nunca lo que sienten, están siempre de acuerdo con sus padres y atentos a sus conductas para anticiparse a sus instrucciones. Los padres pueden ser percibidos como rechazantes cuando el niño no corresponde a los niveles de perfección que esperan de él (Guidano citado en Quiñones, 2001).

Patricia Crittenden (2002) propone un modelo dimensional de apego aportando a la comprensión de los patrones vinculares de las organizaciones personales de significado. Crittenden propone una serie de categorías de apego dentro de las cuales se encuentra la categoría A4, compulsivo complaciente, y A4/C, compulsivo complaciente con componente coercitivo, que corresponderían a las categorías de apego presentes en la OSP dápica.

La subcategoría “A4” corresponde al patrón de apego **evitante compulsivo complaciente**. Estos son niños cuyos cuidadores se muestran hostiles y exigentes, por lo que, en los años preescolares, “aprenden a inhibir sus propios deseos y a hacer lo que se les demanda” (Crittenden, 2002, p.30). Mantienen una observación y vigilancia cautelosa de la conducta de la figura vincular con el objetivo de anticiparse a sus deseos y cumplirlos de modo inmediato. Este patrón suele acompañarse de sobre-logro, es decir, pueden aparecer sobreexigencias “cuando la madre busca evidencia de la obediencia y el comportamiento intelectual de los niños” (Crittenden, 2002, p.30). Como proceso mental subyacente, Crittenden plantea que existe una inhibición del propio afecto del niño, el que es sustituido por la conducta y el afecto percibidos como deseados por sus padres. Estos niños descubren que al modificar su conducta se reduce la amenaza de las figuras de apego, por lo que tienden a asumir responsabilidades por las conductas de sus cuidadores, en este sentido, cuando los padres se enojan o se vuelven rechazantes, el niño tiende a sentir vergüenza, y “(...) cuando el niño se somete y adquiere como fachada todas las características que los

padres desean, entonces los padres le reconocen” (Guidano citado en Quiñones, 2001, p.44).

En cuanto a la subcategoría A4/C, que corresponde al patrón de apego **compulsivo complaciente con componente coercitivo**, suele encontrarse en ambientes muy complejos y cambiantes, con cuidadores inconsistentes, frente a los cuales el niño combina las estrategias evitante, compulsivo complaciente y coercitiva. Puede conceptualizarse como cambios de estados entre los extremos defensivo y coercitivo, encontrándose una falta de integración entre el pensamiento afectivo y el cognitivo. El componente coercitivo suele ser de mayor intensidad en la condición anoréxica (“A4/C+”), presentando una actitud agresiva, “exigiendo una atención que ella se merece” (Guidano citado en Quiñones, 2001, p.48), y menos intenso, o inexistente, en la condición bulímica y obesa (“A4/C-”).

X. 2.- Organización de los límites del Sí Mismo

Para el sujeto con tendencia a una organización de significado dápica, en una situación de desarrollo caracterizada por una delimitación pobre entre el sí mismo y los otros, los límites del sí mismo se organizan en torno a la percepción de poseer un sí mismo difuso, indiferenciado, como resultado de los patrones vinculares tempranos recién mencionados. Por tanto, la experiencia inmediata del sí mismo (“yo”) y el reordenamiento de dicha experiencia inmediata en un sentido definido del sí mismo (“mí”) se construyen a partir de esta percepción de poseer un sí mismo difuso.

Puesto que el apego es un proceso básico de regulación emocional en torno al cual se construye el sentido de sí mismo, que se despliega en un espacio intersubjetivo, es posible comprender la repercusión que tienen los patrones de vinculación tempranos sobre el proceso de construcción de la identidad personal.

En el inicio del desarrollo es posible encontrar una desatención maternal selectiva de las señales del niño, de sus ritmos psicofisiológicos, que produce una

desincronidad o interferencia en las pautas rítmicas y sincrónicas de la sintonía recíproca necesaria en la interacción madre-hijo, es decir, hay una interferencia en la sincronización emotiva, por lo que el niño se ve impedido de abstraer regularidades autorreferenciales significativas en la conducta de su cuidador. Por esta razón, no logra estructurar un flujo sensorial, de una forma organizada, de ritmos psicofisiológicos repetidos. La importancia de esto radica en que es en esta etapa del desarrollo en la que el bebé comienza a reconocer las sensaciones de hambre y saciedad, sensaciones que están siempre en relación con la madre, por lo tanto, al haber una interferencia en la sincronía recíproca de la relación madre-hijo, el bebé no es capaz de reconocer las sensaciones estomacales de vacío gástrico o satisfacción estomacal (Guidano citado en Quiñones, 2001). Esto crea una experiencia de sí mismo angustiosa y muy desdibujada. En consecuencia, excepto los ritmos corporales primitivos relacionados al hambre y la motilidad, que logran cierto grado de identificación al ser los únicos decodificados por los padres, los demás ritmos corporales continúan desregulados y desincronizados, ya que no se logran establecer conexiones adecuadas entre los ritmos corporales y los sentimientos y patrones motores básicos.

La decodificación de parte del cuidador de las perturbaciones internas del niño, de las perturbaciones fisiológicas, es selectiva, es decir, hay una decodificación, pero que no corresponde a lo que el niño realmente siente, sino a las expectativas sociales. Así, los procesos de autorreconocimiento del niño tienen como resultado un sentido difuso de sí mismo.

En consecuencia, el “yo” del niño, su experiencia inmediata, se organiza como una experiencia angustiosa y difusa de sí mismo, en la que los ritmos fisiológicos son difíciles de reconocer y sólo las sensaciones de hambre, motilidad y sed otorgan un mínimo de estabilidad en el sentido de sí mismo (Guidano citado en Quiñones, 2001).

De este modo, a la “difusión” de la experiencia inmediata se suma la anticipación o redefinición familiar constante de los sentimientos del niño, mencionada anteriormente, lo que resulta, finalmente, en que “los niños desarrollan un sentimiento profundo y permanente de desconfianza concerniente a su capacidad para reconocer y decodificar apropiadamente los propios estados internos” (Guidano, 1991, p.162).

Durante los años preescolares, la sucesión de escenas nucleares en que los padres no reconocen o desconfirman la expresión de sentimientos y pensamientos autónomos del niño, resulta en una estructuración selectiva de conjuntos de esquemas prototípicos emocionales opuestos, indiferenciados y débilmente interconectados, que se constituyen en la base de la estructura del sentido de sí mismo difuso, característico de los sujetos dápicos.

En consecuencia, los límites del sí mismo del niño *oscilan* continua y laxamente, con el objeto de lograr un sentido de sí mismo definido, entre el estar “dirigido externamente” en el reconocimiento de sus estados internos, lo que acarrea la reducción del sentido de individualidad, que es experimentado como ineficacia personal, o estar “guiado internamente” en la definición de su modulación emocional en curso, lo que acarrea un aumento del sentido de individualidad, pero que es experimentado como vacío y desconfianza en sí mismo. Como resultado se encuentra que los componentes principales del “yo” emergente del niño son la **ineficacia personal** y/o el **vacío personal**, suscitados constantemente por la experiencia vacilante del sí mismo (Guidano, 1991, 1994).

Al final de la edad preescolar los “esquemas emocionales prototípicos se formalizan en una escena nuclear más ordenada” (Guidano, 1991, p.166) y los niños se vuelven capaces de controlar sus sentimientos desafiantes de ineficacia y/o vacío buscando activamente los estados intermedios. El niño logra un equilibrio estable y dinámico de su sentido de sí mismo (identidad) al seleccionar como figura vincular preferida a uno de los padres, con el que la relación de ambigüedad es tolerable y hay

algún nivel de activación emocional (positivo o negativo). Esta figura vincular actúa como referencia emocional, como su “**imagen criterio**” (lo que les permite decodificar de alguna manera sus estados internos) y, en forma paralela, el niño muestra actitudes autosuficientes y controladas (lo que les permite recobrar el sentido de individualidad o diferenciación de la figura elegida) (Guidano citado en Quiñones, 2001). Logra así estabilizar y regular su identidad, haciéndose ésta más definida y estable.

La experiencia inmediata del niño es reordenada en un sentido definido de sí mismo de forma concordante con *marcos externos de referencia*. En consecuencia, la *autorreconocibilidad* del niño es coincidente con las expectativas de la figura de apego preferida, por tanto, el perfil del “**mí**” se refleja en la auto-imagen que es capaz de adecuarse a estas expectativas (Guidano, 1994). Es decir, la identidad del sujeto es construida con criterios externos, el sí mismo puede ser reconocido sólo a través de los otros. Por tanto, el sentido de sí mismo dápico es definido desde fuera y explicado por el contexto externo (Guidano, 1991).

En cuanto al dominio emocional, Guidano menciona que el significado emocional es continuo durante toda la vida. “El dominio emocional adquiere una unidad como organización en el sentido que toda la diferenciación emocional es específica desde la primera etapa, la que contribuye a la diferenciación de todas las otras emociones (Guidano citado en Quiñones, 2001, p.58). Sin embargo, en los dápicos esta diferenciación emocional no se lleva a cabo de un modo adecuado, a causa de la difusión presente en la experiencia inmediata. Por tanto, las tonalidades emocionales son poco diferenciadas, destacando la culpa. Esta aparece cuando el sujeto no cumple con las expectativas que los otros tienen de él (Guidano citado en Quiñones, 2001)²⁴.

²⁴ El modelo Constructivista Cognitiva, a diferencia de Guidano, postula como tonalidades emotivas básicas de sujetos dápicos, el miedo y la vergüenza, las que se abordan en un acápite posterior.

Guidano (1994) menciona que hacia el final de la infancia, el niño logra establecer un reordenamiento del “yo” desdibujado en una autoimagen más ordenada, en la que la capacidad y valía dependen del equilibrio que logra establecer el niño entre las polaridades, es decir, entre la necesidad absoluta de ser aprobado y el miedo de ser invadido o desconfirmado por los otros significativos.

Para lograr un equilibrio de este tipo se llevan a cabo mecanismos específicos de control descentralizado. Es decir, se excluye selectivamente del flujo sensorial todo aquello que sea capaz de activar, directamente, la expresión definida de emociones propias, pues así se reduce la posibilidad de desconfirmaciones desafiantes. Además, se construye una auto-imagen basada en las expectativas de la figura elegida, con lo que se logra mantener el rango necesario de confirmaciones para establecer un sentido de sí mismo más definido. Por último, las variaciones en las sensaciones corporales, como el hambre y la motilidad (que constituyen las únicas posibilidades de una autopercepción estable) son estructuradas en un repertorio de patrones viscerales y motrices que actúan como actividades distractoras, cuyo objetivo es “reducir la afirmación en la autoconciencia de sentimientos desafiantes que conducen a un sentido de ineficacia y/o vacío personal” (Guidano, 1991, p.166), manteniendo así la coherencia del sistema.

Al extraer el sujeto un sentido de sí mismo definido a partir de las actitudes y el juicio de los otros, el **perfeccionismo** se vuelve la estrategia preferida. El “mí” se enmarca en normas de perfección absolutas y convencionales, e intentar satisfacerlas es la forma más confiable de lograr un nivel aceptable de autoestima y percepción del valor propio. Sin embargo, este perfeccionismo se caracteriza por ser un perfeccionismo *complaciente*, es decir, son niños que se esfuerzan por simular e imitar la conducta de los adultos y rehuir la compañía de niños, pero no por ser “maduros” o aparentar ser más grandes, sino por sentirse incómodos y poco aptos en el contacto con otros niños, pues emocionalmente no están preparados para hacer los que los demás niños hacen (Guidano citado en Quiñones, 2001).

Como consecuencia de lo anterior, se encuentra un niño que en lugar de estar aprendiendo a identificar y decodificar sus propios estados internos, orienta su atención completamente hacia su figura vincular "criterio", manteniendo como rudimentaria e incierta la percepción de la mayoría de sus impulsos y emociones, excepto el hambre y la motilidad, pues éstos son los únicos sistemas que los padres decodifican, por relacionarse directamente a la mantención de la imagen social, como se menciona anteriormente. Se vuelve evidente, entonces, que los sujetos dápícos son excesivamente vulnerables a los juicios negativos de los otros, vulnerables a la crítica (Guidano, 1991), pues su autoimagen depende del juicio de los otros, sintiendo durante toda su vida miedo de que el mundo se entere que son un "bluff" (Guidano citado en Quiñones, 2001), una fachada.

Posteriormente, en la vía de desarrollo de los sujetos dápícos, se presentan experiencias más o menos intensas de **decepción** que involucran a la principal figura vincular, éstas invariablemente serán experimentadas en la niñez o en la adolescencia.

El tipo de evaluación que el sujeto haga de la decepción restringirá el rango de autoexposiciones y autoconfrontaciones y definirá la orientación causal predominante de la decepción. Si bien la atribución de causalidad de la decepción proviene de un sentido de sí mismo vacilante y se mantiene dentro de márgenes de indefinición y oscilación, es posible elegir entre una atribución interna o externa como orientación preferente (Guidano, 1994).

La atribución de causalidad, externa o interna, dependerá de varios factores, en especial de la evaluación que se haga de la decepción, es decir, que haya sido "descubierta" activamente, experimentada como producto de la propia actividad, o "aceptada" pasivamente, es decir, experimentada como una adaptación obligada frente a un acontecimiento abrumador y angustiante. El "descubrir" o "aceptar" la decepción, a su vez, depende de diversas variables del desarrollo, como la intensidad del evento discrepante (si es muy intenso sobrepasará las capacidades de enfrentamiento del niño, por lo que tenderá a experimentarlo pasivamente), la edad en

que se vive la decepción (a mayor edad, mayores habilidades cognitivas, por lo que se experimentará más activamente) y la presencia o ausencia de figuras alternativas de identificación en la red social del niño.

Cuando la atribución de causalidad es externa, es decir, cuando el sujeto percibe la decepción como causada por algo externo a él, el “mí” percibirá a los otros como intrusos o falsos, luchando contra una realidad engañosa a través del despliegue de actitudes positivas extenuantes de auto-suficiencia y control. Esto les permite mantener los sentimientos de ineficacia y/o vacío personal bajo límites aceptables. Este estilo atribucional implica mayor actividad corporal y patrones motores, por tanto, durante un desequilibrio puede dar origen a desórdenes anoréxicos típicos.

Al contrario, cuando la atribución de causalidad es interna, el “mí” atribuye la causa de la decepción a rasgos concretos y específicos de sí mismo, restringiendo así los penosos efectos de desilusiones y desconfirmaciones esperadas, lo que le permite mantener los sentimientos de ineficacia y/o vacío personal, que impregnan la experiencia inmediata (“yo”), bajo límites aceptables. Este estilo atribucional implica una actividad corporal y patrones motores más pasivos, por tanto, durante un desequilibrio puede dar origen a obesidad y bulimia.

El problema de la estructuración del sentido de sí mismo es observable en el nivel de conocimiento tácito, pues hay una desconexión entre la experiencia inmediata y los patrones emocionales recurrentes que es posible reconocer, es decir, el sujeto no logra conectar su experiencia con algún patrón emocional estable. Esto tiene como resultado vaguedad y confusión en el nivel tácito del conocimiento, de la experiencia inmediata. Esta vaguedad de la experiencia inmediata es posible de observar también en la continua oscilación de la atribución que hace el dápico acerca de sus propios sentimientos (Guidano citado en Quiñones, 2001).

X. 3.- La Dinámica de la Mismidad

En el origen de la dinámica de la mismidad es posible encontrar, como tensión esencial, una demarcación laxa e indefinida respecto de los otros. Es decir, la dinámica de la mismidad, en esta organización de significado personal, emerge desde esta falta de delimitación entre el sujeto y los otros.

Como consecuencia de los patrones de vinculación característicos de la vía de desarrollo dápico, el sentido de sí mismo es percibido de manera difusa. Desde esta percepción difusa surge la unidad de los procesos de significado personal dápico, es decir, el significado personal dápico se construye a partir de una autopercepción más bien vaga de sí mismo. Así, la unidad del significado dápico se organiza en torno a límites que oscilan entre dos polaridades.

En este sentido, la resolución dápica consiste en establecer un equilibrio relativamente estable y dinámico, mediante una oscilación recursiva, entre las polaridades de la *necesidad absoluta de aprobación* de los otros significativos y el *miedo de ser invadido o desconfirmado* por éstos otros significativos. Así logrará, en el nivel tácito del conocimiento, experimentarse a sí mismo de un modo estable y continuo en el tiempo, recuperando el sentido de individualidad y demarcación y, al mismo tiempo, en el nivel explícito del conocimiento, lograr una autoimagen positiva, que le permita verse como alguien valioso y confiable.

Para lograr este equilibrio, el sujeto utilizará como *estrategia* la búsqueda de relaciones apoyadoras, que le permitan obtener confirmación de su sentido de identidad, preservando el sentido de propia individualidad, manteniendo así la coherencia sistémica. Al respecto, Guidano (1994) recalca:

La necesidad profunda e imperiosa de una intimidad sostenedora para experimentar un patrón perfectamente estable de autopercepción continua en el tiempo (“yo”), va

acompañada por su reordenamiento explícito como una autoimagen capaz y valiosa (“mí”), cuyo carácter absoluto, si bien es el requisito percibido para alcanzar la intimidad sostenedora, requiere una reducción caso total de la autoostración, reducción que prácticamente excluye toda intimidad. (p.75)

Subyacente a la coherencia del sistema se encuentra el patrón de cierre organizacional, éste corresponde al ordenamiento progresivo de la vida interna del sujeto, en la medida en que se iguala a la oscilación recursiva entre las polaridades, cuyo resultado, en una direccionalidad ideal y generativa, sería una relativización de los otros con un sentido creciente de individualidad y autonomía personal (Guidano, 1991, 1994).

X. 4.- Sendas Evolutivas

Dentro del marco de la teoría Constructivista-cognitiva, surgen tres conceptos relevantes que permiten una mayor comprensión de las vías de desarrollo presentes en las organizaciones de significado personal. Estos conceptos son “**amenaza primaria**”, “**amenaza secundaria**” y “**sendas evolutivas**”.

El término “**amenaza primaria**” alude a una experiencia básica que surge, a nivel tácito, muy tempranamente en el desarrollo, a partir de las características de la relación de apego, y que moviliza al sujeto, en función de resolverla, para mantener su coherencia sistémica (Vergara, P. y Yáñez, J., comunicación personal, 2003). En este sentido, guía el desarrollo del significado personal del sujeto.

En un inicio del desarrollo emerge como *amenaza primaria*, para el sí mismo del niño con tendencia dápica, una sensación de “soledad epistemológica”, una sensación de *vacío interno*, producto de los patrones de vinculación tempranos. Como resultado, el sujeto va organizándose en torno a protegerse de esta amenaza,

para mantener su coherencia sistémica. El vacío interno es experimentado por el niño como una sensación que no es capaz de decodificar, el sujeto no logra identificar sus estados internos, es una sensación interna cargada de emociones, una “turbulencia” interna.

Esta amenaza *moviliza* al sujeto, es decir, éste “hace algo” para evitar esta sensación, y lo que en definitiva “hace” para evitarla, es lo que determina la *senda evolutiva* a seguir (Vergara, 2002).

Con el concepto de “*sendas evolutivas*” se hace referencia a la manera particular en que se desarrolla el proceso de evolución ontológica del sí mismo. Corresponde al movimiento o acción específica que realiza el sujeto en función de evitar o resolver la amenaza primaria, permaneciendo ésta invariable para todas las sendas de una organización (Yáñez, comunicación personal, 2003).

Posteriormente en la vía de desarrollo, el sujeto experimenta situaciones que se constituyen en una amenaza para el equilibrio alcanzado hasta ese momento, emergiendo así una segunda amenaza o “*amenaza secundaria*”. Esta surge en un nivel más avanzado del desarrollo y se expresa de manera más explícita y superficial. Cumple la función de proteger al sujeto de un encuentro con la amenaza primaria, pues genera emociones y moviliza al sujeto en busca de una resolución, desviando su atención. Las estrategias utilizadas por el sujeto para resolver esta segunda amenaza se encuentran fuertemente influenciadas por la senda a través de la cual ha transitado el sujeto en su desarrollo (Yáñez, comunicación personal, 2003). En este sentido, el sujeto se moviliza dentro de un continuo entre lo activo y lo pasivo.

La experiencia de *decepción* se constituye como la *amenaza secundaria* para el sí mismo dápico. La decepción es una experiencia natural evolutivamente, es una decepción con respecto al otro, al mundo y consigo mismo, los que posteriormente deben ser integrados en sus aspectos positivos y negativos, sin embargo, para el dápico se vuelve un evento esencial, pues gatilla la amenaza primaria del vacío

interno, es la pérdida de referencia. Antes de que ocurra la decepción el sujeto tiene referente (figura significativa), por tanto, el vacío no es un problema a resolver, sin embargo, al ocurrir la decepción se hace evidente la falta de registro interno. Por esta razón, el sujeto intentará evitar una nueva decepción de sus figuras significativas, no por la decepción en sí misma, sino por evitar el vacío interno que puede emerger si ésta ocurre nuevamente (Vergara, 2002).

A continuación, se describen las tres sendas evolutivas predominantes que puede seguir un sujeto con tendencia a la organización de significado personal de los desórdenes alimentarios psicógenos. Estas son la senda activa, la senda activa/pasiva y la senda pasiva.

Senda Activa

Los sujetos que siguen esta senda evolutiva son sujetos que evitan la amenaza primaria estructurando patrones motores y viscerales activos como estrategia de enfrentamiento, resultante de sus características innatas e ideográficas.

En cuanto al patrón vincular presente en la senda activa, es evitante compulsivo complaciente, pero con un predominio del componente coercitivo, presentándose éste con mayor intensidad, a diferencia de las otras dos sendas.

El dápico activo es un sujeto que “hace cosas”, se *moviliza* con la finalidad de ser reconocido por su figura significativa, llegando a exigir dicho reconocimiento de una forma activa, y en etapas evolutivas posteriores, incluso a través de una actitud defensiva orientada al ataque.

El sujeto se diferencia de su figura preferida a través de la independencia, manteniendo así un sentido relativamente estable de sí mismo y una autoimagen positiva.

Durante la infancia, el niño mantiene un equilibrio estable, sin embargo, este equilibrio se mantiene hasta la adolescencia, hasta el momento en el que emerge la *decepción* como amenaza secundaria para la coherencia sistémica. El dápico activo vivencia la decepción como una desconfirmación al sentido de sí mismo que había logrado definir, en consecuencia, intentará resolver el desequilibrio invalidando la desconfirmación atribuyéndola al exterior, lo que le permitirá mantener el sentido de sí mismo y, por tanto, la coherencia.

Como se menciona anteriormente, la atribución que haga el sujeto de la decepción depende de varios factores. Los sujetos dápicos que siguen esta senda evolutiva evalúan la decepción como “descubierta”, es decir, como resultado de su propia actividad, entonces la atribución que el sujeto hace de la decepción es **externa**, por tanto, la “realidad” será percibida como decepcionante, como fuente de posibles desconfirmaciones futuras.

En consecuencia, el “mí” percibe a los otros como intrusos o falsos, por lo que el sujeto se ve obligado a luchar contra una realidad engañosa. Para esto realiza el despliegue de todo un repertorio de actitudes positivas extenuantes de autosuficiencia y control (Guidano, 1991, 1994), manteniendo así los sentimientos de ineficacia y/o vacío activados por la decepción, bajo límites aceptables.

Puesto que la decepción suele ocurrir en la adolescencia, la emergencia del pensamiento lógico-deductivo permite evaluar y analizar el evento decepcionante abstrayéndose de él, permitiendo mantener el sentido de sí mismo.

El dápico activo busca *definir* un sentido de sí mismo, es decir, su identidad personal, guiándose internamente en pos lograr dicha definición. El sujeto necesita mantener la identidad construida hasta ese momento, para esto mantiene la ideología familiar, rigidizándola y apropiándose de ella, rechazando cualquier posible cuestionamiento (Yáñez, 2003, comunicación personal), adoptándola como *ideología*

propia, como una “filosofía de vida”²⁵, que le permite evitar la sensación de vacío (no se apoya en otros pues desconfía de ellos y de la realidad), restringiendo cualquier posibilidad de decepción que tenga que ver con lo externo. Dicha ideología reemplaza, de cierto modo, a la figura vincular elegida en la infancia como imagen criterio. Sin embargo, esta ideología sigue siendo un criterio externo, no es un referente interno construido por el sujeto.

En consecuencia, es un sujeto que se guía internamente en la definición de su identidad, por tanto, se orienta hacia el polo de la independencia en su proceso de búsqueda de identidad personal. Esto no significa que el dápico activo no necesite de los demás, la necesidad de aprobación o confirmación sigue presente y es lo que lo moviliza.

El sentido de sí mismo del dápico activo se relaciona con la *ineficacia personal*, es decir, se percibe a sí mismo como ineficaz, pues debe estar constantemente luchando contra la sensación de vacío. Se centra en el “deber lograr” para evitar el vacío, para esto se llena de actividades y se centra muchísimo en el rendimiento. Se enfoca en la zona estomacal, restringiéndola, luchando contra la sensación de vacío, o “fatiga”, como suelen denominarla.

En cuanto a las tonalidades emotivas, el dápico activo lucha por no llegar a sentir las, por controlarlas. En este sentido, resuelve el miedo evitándolo, no llega a conectarse con él. La vergüenza es experimentada intensamente, emergiendo en momentos significados como desconfirmaciones para su autoimagen consciente.

Este estilo atribucional implica mayor actividad corporal y patrones motores, acorde a la organización del sí mismo que se lleva a cabo desde el inicio del

²⁵ En la etapa de la adolescencia el sujeto es capaz, evolutivamente, de crear una ideología propia, a partir de la ideología familiar, pues en esta etapa el sujeto puede hacer realmente la distinción entre él y los otros, ya que se caracteriza por el proceso de identidad. Es importante señalar que todos los sujetos dápicos mantienen una ideología familiar, pero el dápico activo se apropia de ella y la vuelve mas rígida.

desarrollo, por tanto, durante un desequilibrio puede dar origen a desórdenes anoréxicos típicos.

Como características propias de la anorexia se encuentran sujetos motoramente activos, independientes; crean una ideologización del criterio propio; su imagen criterio social está centrada en el rendimiento; son eficientes en el control; realizan actividades como medio distractivo; el goce aparece como restringido y sobrecontrolado; aparece un desinterés interpersonal puesto que el contacto con otros implica la posibilidad del cuestionamiento de su ideología y reaccionan impulsivamente cuando la sienten atacada; son sujetos formales y perfeccionistas y desarrollan un sobrecontrol de los impulsos como estrategia, que va en la línea de lo obsesivo. Se denomina el polo activo pues el sujeto se moviliza, hace cosas para tratar de impedir cualquier evaluación o confrontación que amenace su ideología (Vergara, 2002).

Senda Activa / Pasiva

La senda activa / pasiva se caracteriza por la constante oscilación del sujeto entre las polaridades oponentes de la necesidad absoluta de aprobación de los otros significativos y el miedo de ser invadido o decepcionado por éstos. Es necesario mencionar que todos los dápicos oscilan entre estas polaridades, sin embargo, esta oscilación, en el caso de un sujeto activo/pasivo, es permanente. Este sujeto oscila entre lo activo y lo pasivo, entre la independencia y la dependencia.

Si bien la ambivalencia es una característica del ambiente y de los patrones vinculares de todos los dápicos, en el caso del sujeto que transita por la senda activa/pasiva, ésta impregna la experiencia del sujeto en mayor medida que en las demás sendas. Por tanto, el niño desarrolla estrategias de ambos polos, activas y pasivas, oscilando entre ambas con el único fin de protegerse de la amenaza primaria del vacío interno y de construir un sentido de sí mismo y una autoimagen positiva.

Así, durante la infancia el sujeto se desplaza entre uno y otro polo sin preferir ninguno de ellos. Es un niño que en momentos puede desplazarse hacia el polo de la actividad, pareciendo independiente, autónomo, y en otros momentos hacia el polo de la dependencia, de la pasividad. En consecuencia, es un sujeto que oscila constantemente entre el “deber”, el rendimiento, propio de la senda activa, y la “tentación”, la incapacidad por controlarse, propia de la senda pasiva.

En el caso de sujetos que siguen esta senda evolutiva, la evaluación que se haga de la decepción es independiente de la edad. Esta senda se caracteriza por la *sustitución* de la figura decepcionante por otra figura significativa, es decir, elige una figura “sustituta” como su imagen criterio, con el único objetivo de “escapar” del vacío.

Por tanto, su identidad personal se relaciona con la *desconfianza personal*, es decir, el sujeto percibe que no puede confiar en sí mismo.

En este sentido, la tonalidad emotiva básica del *miedo* es muy difícil de manejar para el activo/pasivo puesto que, a diferencia del activo, si se conecta con el miedo, pero no es capaz de padecerlo o de permanecer en él, como el pasivo, por tanto, esta constantemente escapando de él.

Esta senda evolutiva oscila recursivamente entre la actividad y la pasividad, acorde a la organización del sí mismo que se lleva a cabo desde el inicio del desarrollo, por tanto, durante un desequilibrio puede dar origen a desórdenes bulímicos típicos.

En este sentido, como características propias de la bulimia se encuentran sujetos que oscilan constantemente entre la pasividad y la actividad; fluctúan entre la necesidad de los otros y la autosuficiencia; tienen una noción de criterio propio oscilante y ambiguo; presentan un modelo de resistencia a la tentación con éxitos y fracasos (por ejemplo, las dietas); tienen una imagen criterio social centrada en el

reconocimiento, por tanto, su actividad se dirige a que los demás los reconozcan, en consecuencia, son complacientes en lo interpersonal; alternan constantemente entre el deber-rendimiento y el placer-culpa; presentan un débil control de impulsos, por lo que están propensos a desarrollar abuso de sustancias.

Senda Pasiva

En un inicio del desarrollo, el sujeto logra evitar la amenaza primaria del vacío interno estructurando patrones motores y viscerales pasivos, como estrategia de enfrentamiento, resultante de sus características innatas e ideográficas.

Son niños que se mantienen en el polo de la dependencia de su figura vincular, obteniendo la confirmación necesaria para construir un sentido de sí mismo con una autoimagen positiva de sí. El dápico pasivo se orienta hacia el *logro* de un sentido de sí mismo a través de ser dirigido “externamente”, a diferencia del activo. Por tanto, la dificultad se centra en el temor a ser invadido por su figura vincular preferida, es decir, la decepción será experimentada como una invasión, que puede provocar desequilibrio. Una forma de protegerse de ella es cubrirse con una capa de grasa a modo de barrera entre él y el resto del mundo.

En esta senda evolutiva, la decepción suele ocurrir en la infancia, cuando el niño no posee aún las capacidades cognitivas necesarias para desligarse de la situación, por lo tanto, la decepción es “aceptada” pasivamente, es decir, experimentada como una adaptación obligada frente a un acontecimiento abrumador y angustiante, el sujeto queda inmerso, atrapado, en la sensación de vacío de modo permanente. La atribución de causalidad de la decepción es “interna”, por tanto, el “mí” atribuye la causa de la decepción a rasgos concretos y específicos de sí mismo, restringiendo así los penosos efectos de desilusiones y desconfirmaciones esperadas, lo que le permite mantener los sentimientos de ineficacia y/o vacío personal bajo límites aceptables para la manutención de la coherencia sistémica.

En consecuencia, hay un abandono de sí mismo en el vacío, se percibe a sí mismo como incapaz de lograr sus objetivos pues es incapaz de controlar sus impulsos, en consecuencia, se encuentra un sentido de sí mismo relacionado con la *incapacidad personal*.

Puesto que el dápico activo se encuentra “entregado” al vacío, se encuentra también experimentando el *miedo*, que acompaña al vacío, de forma resignada. La *vergüenza* es experimentada cuando el otro descubre la ausencia de sí mismo definido.

La senda evolutiva pasiva implica patrones motores y viscerales pasivos, acorde a la organización del sí mismo que se lleva a cabo desde el inicio del desarrollo, por tanto, durante un desequilibrio puede dar origen a desórdenes obesos típicos.

Como características de la obesidad se encuentran sujetos con pasividad motora; dependencia resignada en lo interpersonal; son sujetos sensibles a la invasión, lo que puede generarles conflictos interpersonales; son incapaces para el control, se abandonan a la ingestión; son deferentes en lo interpersonal. Sus estrategias van en la línea de lo depresivo. El sujeto obeso establece una distancia concreta con los otros, es decir, se protege de la invasión o desconfirmación, comiendo, cubriéndose con una *capa de grasa*.

X. 5.- Características Evolutivas del Significado Personal Dápico

Se encuentran aspectos invariables subyacentes a los patrones de vinculamiento, pese a la gran variabilidad de las características externas que éstos pueden adoptar. Estos aspectos constantes o invariantes, al combinarse entre sí, tienen como resultado una experiencia discrepante específica en el desarrollo del sentido de sí mismo del niño, en la mismidad que se está desplegando, experiencia que se constituye como el elemento más notable de la vía de desarrollo de cada organización.

En el caso particular de la organización de los desórdenes alimentarios psicógenos, es posible encontrar que, debido a un vínculo ambiguo, *el niño establece una percepción de sí mismo estable sólo a través de una relación enmarañada con una figura vincular*, sin embargo, durante la niñez o adolescencia el sujeto experimentará inevitablemente decepciones de esta figura, por lo que adquirir un sentido estable de sí mismo se vuelve nuevamente problemático. Esta experiencia discrepante se constituye como la característica común que permite reconstruir, junto a un análisis del desarrollo, los diferentes patrones específicos que puede asumir tal experiencia discrepante en un sujeto con una organización de significado personal dápica (Guidano, 1991).

A continuación, se describe el proceso evolutivo del significado dápico. Esta descripción tiene por objeto aportar a la comprensión de la dinámica de la mismidad en la organización de significado personal dápica, integrando las contribuciones de la teoría Constructivista Cognitiva y de autores adscritos a este modelo.

Como se menciona anteriormente, un estilo vincular parental caracterizado por la ambigüedad, indefinición y contradicción, tiene como respuesta del niño la estructuración de un patrón de apego evitante compulsivo complaciente. La ambivalencia y falta de sincronía entre madre e hijo tiene como consecuencia que el niño no es capaz de abstraer regularidades autorreferenciales significativas de la conducta de sus cuidadores. Es decir, los **procesos de autorreconocimiento** del niño en desarrollo se ven fuertemente interferidos.

El *significado personal dápico* se construye a partir de una diferenciación emocional precaria, en la que predominan las **tonalidades emotivas básicas** del miedo y la vergüenza, éstas son emociones activadas primariamente y las más reconocibles por el sujeto, quedando el resto de las emociones en un estado mas bien indiferenciado. El miedo emerge cuando el sujeto se desconecta del mundo, pierde la referencia, conectándose con la difusión de su experiencia inmediata, por tanto, experimenta el vacío, es decir, se conecta con el sentimiento de “soledad epistemológica”, viéndose a sí mismo “encapsulado” en la sensación de vacío, por

tanto, es un miedo que lo paraliza, dejándolo “perplejo”. Este es una amenaza a su identidad, a la coherencia sistémica. Por el contrario, La vergüenza emerge como tonalidad emotiva en el momento en que el sujeto percibe que los demás descubren el vacío personal, que los demás “notan” su difusión, su falta de sí mismo definido. La culpa, mencionada por Guidano, desde el modelo constructivista cognitivo, es considerada como secundaria a las tonalidades recién mencionadas, es decir, surge luego de una intervención cognitiva del sujeto, y se relaciona con no cumplir con las expectativas que los demás tienen de él. Subyacente a la coherencia sistémica del significado dápico es posible encontrar una oscilación rítmica entre las tonalidades emotivas oponentes recién mencionadas. Cuando emerge el miedo, el sujeto se conecta con la difusión y la vaguedad del sentido de sí mismo, por tanto, el sujeto se moviliza, en pos de evitar el vacío, hacia los otros en búsqueda de definición, hacia el polo de la actividad. Al contrario, la vergüenza conecta al sujeto con la desconfirmación y/o invasión, con la decepción, por tanto, el sujeto se repliega sobre sí mismo, en búsqueda de definición interna, hacia el polo de la pasividad.

Esta *experiencia desdibujada de sí mismo* se constituye en la base de la construcción del sí mismo dápico, adquiriendo relevancia la referencia a *marcos externos de definición*, para lograr dicha construcción.

El niño no es capaz de decodificar sus propios estados internos, por lo que la experiencia de sí mismo se torna angustiada y desdibujada. Esta incapacidad de autodecodificación es experimentada por el niño como una sensación de **vacío interno**, constituyéndose este en la amenaza primaria para el sí mismo en construcción. En consecuencia, son niños que para establecer un sentido de sí mismo deben obtenerlo desde fuera, sólo en una relación enmarañada con una figura significativa es posible para ellos obtener una pauta estable de autopercepción, evitando la amenaza primaria.

En la infancia se establece como equilibrio entre las polaridades de la necesidad de aprobación y el miedo de ser invadido y las tonalidades emotivas, tener

una figura significativa como imagen criterio, manteniendo los sentimientos de ineficacia y/o vacío bajo límites aceptables.

En la etapa evolutiva de la adolescencia emergen, de modo progresivo, las habilidades cognitivas superiores, el pensamiento abstracto, lo que trae consigo una descentración del mundo, que implica una relativización de las figuras parentales, es decir, éstas ya no son percibidas como “sostenedores de valores o verdades absolutas” (Guidano, 1991, p.163), iniciándose un proceso de individualidad y separación emotiva-cognitiva de la familia, que implica un aumento en el sentimiento de autonomía e individualidad. Sin embargo, en sujetos con tendencia dápica, esta reevaluación de su modelo, que hasta este momento representa un modelo absoluto que le permite alcanzar un sentido de sí mismo estable, sólo puede ser experimentada como una decepción, como algo trágico, que puede que llega a cuestionar el sentido de sí mismo. “(...) lo que ocurre es el cambio de imagen de la figura de referencia, la que no es vivida naturalmente sino como una decepción, porque se acompaña de un cambio de su propia imagen” (Guidano citado en Quiñones, 2001, p.87).

Por lo tanto, estos individuos experimentan el proceso de separación de los padres como una reacción a la decepción, experimentando el emergente sentimiento de soledad epistemológica, común a todos los adolescentes, como un sentido de sí mismo extremadamente difuso, “casi fisiológico” (Guidano, 1991). Esta **decepción** se constituye como amenaza secundaria, ya que cuestiona el sentido de sí mismo del sujeto, logrado hasta ese momento, al perder el sistema de referencia que es el otro significativo, como se menciona anteriormente. Es en este momento en el que emergen, nuevamente, los sentimientos críticos de ineficacia y/o vacío personal. Muchos cuadros de anorexia, bulimia u obesidad se inician en la pubertad o adolescencia como resultado del cambio de imagen de los padres y, por tanto, por el cambio en la imagen de sí mismos (Guidano citado en Quiñones, 2001).

Al estructurarse el significado personal dápico en torno a la percepción que los otros significativos tienen de él, es decir, puesto que el sujeto construye una

autoimagen y un sentido de sí mismo desde lo externo, la decepción de la figura vincular preferida produce una pérdida de referencia para el sujeto. Por tanto, debe buscar una forma de resolución.

El adolescente encuentra como posibilidad de *resolución*, frente a la invalidación de su estrategia original, la búsqueda de una **intimidad sostenedora**, pues las confirmaciones provenientes de los otros significativos siguen siendo la forma esencial de lograr una identidad estable y satisfactoria. Sin embargo, buscará también minimizar los efectos de las desconfirmaciones y decepciones. “La solución al problema es seguir seleccionando a una persona y corresponder a sus expectativas, pero exponiéndose lo menos posible, porque es la única manera de que si llegara a ocurrir una decepción tendría la posibilidad de controlarla minimizándola” (Guidano citado en Quiñones, 2001, p.88).

Así, el sentido de coherencia del dápico, que caracteriza al **estilo afectivo**, es tener a una persona como referencia, intentando tener el máximo de *confirmaciones afectivas* posible para el sentido de sí mismo construido (identidad), pero con el mínimo de *exposición*.

La resolución del sujeto dápico le permite establecer un equilibrio estable dinámico entre la necesidad absoluta de confirmación de parte de los otros y el miedo frente a la amenaza de decepción de las relaciones significativas, equilibrio del cual dependen la capacidad y valía de la autoimagen en la que se ha reordenado el desdibujado “yo”, desde el final de la infancia. Este equilibrio consiste en oscilar recursivamente entre polaridades emocionales oponentes.

El sujeto percibe un sentido de sí mismo estable y valioso adhiriendo a normas absolutas asociadas al sentido común cotidiano y, gracias a su percibida capacidad para manipular el juicio de los otros a su favor, para controlar su intrusividad y falsedad, logra recuperar un sentido de individualidad y demarcación de los demás en su propia autoimagen, evitando así la autoexposición y

autoconfrontación. Paralelamente a este equilibrio, se estructura una actitud hacia sí mismo y hacia la realidad que se describe a continuación.

Guidano menciona que el rasgo más llamativo del significado personal dápico es la actitud vaga y oscilante del “mí” hacia el “yo”. En este sentido, la característica más sobresaliente de la actitud hacia sí mismo es la *atribución de causalidad incierta* que tiene el sujeto respecto a sus propios sentimientos y estados internos, incertidumbre que subyace tanto al perfeccionismo como a los mecanismos de auto-engaño típicos de estos sujetos.

El **perfeccionismo**, como se menciona anteriormente, se vuelve la solución al problema de extraer un sentido de sí mismo a partir del juicio de los otros. Como resultado, se encuentra que el rango perceptible de auto-imágenes potenciales y actuales que el sujeto construye es comparado, continuamente, con estándares convencionales y absolutos de perfección, por tanto, surge un ciclo de auto-evaluación inflada (Guidano, 1991). En este sentido, la perfección dápica es externa, corresponde al contexto en el que la persona se encuentre, no corresponde a un criterio interno, por tanto, es una perfección que no tiene límites (Guidano citado en Quiñones, 2001).

Esta búsqueda de perfeccionismo o actitud perfeccionista es la meta, el ideal que moviliza al sujeto dápico, pues le asegura un cierto rango de aprobación necesario para su funcionamiento. En cambio el “rendimiento” hace referencia al proceso que lleva a cabo el sujeto para alcanzar la meta recién mencionada. Este rendimiento se transforma en una dificultad para el dápico pues este proceso expone al sujeto a la posibilidad de desconfirmación.

Por lo tanto, el *rendimiento* es una característica predominante en la Organización de Significado Personal Dápica. Este se despliega como manifestación conductual y cognitiva en contextos de exposición (Vergara, comunicación personal, 2002). A través del “buen rendimiento” el dápico se protege de las

desconfirmaciones, manteniendo de este modo su autoimagen y su autoestima en un nivel aceptable, centrándose en el cumplimiento de las expectativas que los otros tienen de él. El rendimiento se expresa en las mujeres, con mayor frecuencia, mediante el control de su imagen corporal. En el caso de los hombres, el rendimiento está asociado a lo sexual, al desarrollo de una imagen corporal fuerte y desarrollada y al mantenimiento de su imagen como proveedor de placer.

Guidano denomina “Maximalismo” a la perfección que caracteriza a los dápicos, término que hace referencia “a que lo máximo que se puede imaginar en un contexto es la condición mínima para enfrentarse a éste” (Guidano citado en Quiñones, 2001, p.89). En el “maximalismo dápico” el máximo se corresponde con el inicio de algo, y es así en todas las situaciones, y “lo que quiero destacar es que ésta no es una condición de felicidad” (Guidano citado en Quiñones, 2001, p.89). Otro aspecto importante de este “maximalismo” es que no hay desarrollo ni construcción, puesto que desde el inicio debe estar presente el resultado máximo que se puede alcanzar, por tanto, o “se nace con la competencia o nunca se la va a tener” (Guidano citado en Quiñones, 2001, p.90). De acuerdo a esto, aparece como problema básico de los dápicos el *enfrentarse* a las situaciones.

La consecuencia de esta actitud perfeccionista es una predisposición del sujeto a sufrir decepciones y desconfirmaciones que pueden desafiar el equilibrio alcanzado, por esta razón se “amortigua” el efecto de dichas perturbaciones desafiantes mediante la estructuración paralela de una actitud de **auto-engaño**, logrando así manipular el resultado de tal manera, que si es negativo no se lo refieren a sí mismos. Así, el sujeto evita cualquier posible confrontación o cuestionamiento de su autoimagen que pudiera transformarse en una decepción o fracaso y, al mismo tiempo, excluye selectivamente los sentimientos críticos (ineficacia y/o vacío) de la identidad sentida (Guidano, 1991).

Guidano (citado en Quiñones, 2001) menciona acerca del “Maximalismo”:

Nadie tiene la garantía de impresionar al máximo desde el inicio, esto casi nunca ocurre, por lo tanto el enfrentarse a las situaciones se vuelve el problema básico de ellos, por lo que toda la estrategia dápica consiste en reducir la exposición a través de la no exposición a ninguna actividad donde se requiera mostrar capacidades intelectuales o emocionales. Y si no es posible evitar estas situaciones, lo que hacen es manipular la exposición de manera que no sea un desconfirmación válida (p.90)

Frente a una situación que puede ser resolutiva, es decir, que puede revelar con certeza la falta de capacidad en algún sentido, aparece la duda, utilizada como una estrategia frente a la posibilidad de una confirmación negativa, pues así el sujeto deja abiertas todas las posibilidades. Entre enfrentar una situación o mantener la duda acerca de su rendimiento, prefiere la duda (Guidano citado en Aronsohn, 2001).

En definitiva, la atribución de causalidad incierta a los sentimientos permite a los sujetos *evitar* volverse conscientes acerca de lo que actualmente saben. Es decir, como resultado de la oscilación de la atribución y la confianza excesiva en marcos externos de referencia, es posible la emergencia de sentimientos percibidos en la conciencia que se interconectan de forma vaga y laxa con otras emociones, imágenes y pensamientos que son conscientes en el mismo momento. Es debido a esta capacidad para manejar aspectos diferentes de la conciencia, e incluso contrastantes, y evitar que se conecten, que se logra que el “mí” no se dé cuenta “de lo que el propio “mí” realmente sabe” (Guidano, 1994, p.74).

Los mecanismos de auto-engaño están destinados a la mantención de la autoimagen y autoestima percibida por el sujeto. Este no busca la coherencia de la experiencia inmediata sino la “coherencia de la apariencia” que logre estabilizar la propia autoimagen (Guidano, 1994).

La única posibilidad de lograr una autopercepción fiable, dentro de una experiencia inmediata continuamente vacilante, es la modulación de ritmos corporales básicos como el hambre y la motilidad. Por lo tanto, las variaciones de la conducta alimentaria disminuyen la posibilidad de que se vuelvan conscientes los sentimientos desafiantes de ineficacia y/o vacío personal, actuando así como actividades distractoras una vez ocurrido un desequilibrio.

Una vez que el vacío y/o ineficacia son activados por confrontaciones inevitables, impredecibles y desafiantes, la forma predominante de corporizar estos sentimientos es la posibilidad de tener una imagen corporal inaceptable. Habría dos factores que influyen en este "enfoque sobre el cuerpo" (Guidano, 1991, p.170). Como primer factor, se encuentra que las variaciones en los estados corporales siguen siendo los impulsos más confiables en la tarea de decodificar la continua auto-percepción y, como segundo factor, el hábito familiar de enfatizar los aspectos formales y estéticos de la identidad personal.

En la actitud hacia la realidad, se experimenta una primacía evidente del ámbito interpersonal, tanto en el desarrollo como en la organización del significado dápico. Esto es claramente observable por la primacía de escenas nucleares relacionadas con la obstaculización del sentido de individualidad del sujeto. Además es posible encontrar claras incertidumbres y contradicciones, ya que está presente la necesidad de una relación íntima recíproca con una figura significativa (para lograr un sentido de sí mismo aceptable), necesidad que implica, sin embargo, como consecuencia negativa para el sujeto, un compromiso y un mostrarse frente al otro al que el dápico no está dispuesto, precisamente por el riesgo de juicios críticos y decepciones (Guidano, 1991).

En definitiva, es posible hacer una descripción acerca de las características principales de los sujetos con tendencia dápica. El dápico es un sujeto centrado en el rendimiento y en el cumplimiento de las expectativas que los otros tienen de él, en consecuencia, son sujetos sociables, que buscan constantemente una red social que

los sustente y un otro significativo; desarrollan como estrategia una gran habilidad para leer el lenguaje no verbal e ir así ajustando su comportamiento a lo que los demás esperan de él, manipulando el juicio de los demás a su favor; presentan una dificultad para reconocer sus propios estados internos, por lo que atribuyen una misma categoría a todos ellos, siendo ésta la única posibilidad de decodificación que regula sus sentimientos y su actuar, como resultado suelen utilizar un lenguaje difuso, ambiguo y poco específico; son egocéntricos y autorreferentes, para ellos es más importante la apariencia que la relación con las personas, esta es la razón por la que suelen comportarse como si estuviesen actuando (Guidano citado en Quiñones, 2001). Dependiendo del clima interpersonal presente en una situación social, oscilan entre ser tímidos o extremadamente extrovertidos; presentan una fuerte dificultad frente a la exposición en situaciones sociales (Vergara, 2002).

X. 6.- Desequilibrios en la Coherencia Sistémica

Guidano (1991) menciona que habría dos grupos de eventos vitales capaces de activar presiones desafiantes, como los cambios en una relación interpersonal percibida como extremadamente significativa por el sujeto (descubrimiento o revelación sobre la figura significativa que lo lleva a una reevaluación de la persona o de la relación, exigencia de una mayor auto-exposición y de un compromiso definido o crisis en una relación larga e íntima) y cambios en el desarrollo o nuevas demandas ambientales (ya que el sujeto lo percibe como un desafío insoportable a su sentido de autocompetencia). Es decir, aquellas situaciones que amenazan la imagen consciente que tiene el sujeto de sí mismo se constituyen en situaciones desafiantes y pueden provocar desequilibrios.

En los desequilibrios, los sujetos presentan una dificultad para *asimilar e integrar* los sentimientos de congoja, activados por la ineficacia y vacío personal sentidos (nivel tácito), a los modelos de sí mismos y del mundo que han construido (nivel explícito), es decir, se produce un quiebre entre los niveles de conocimiento tácito y explícito, por lo que tienden a explicar y controlar dichos sentimientos

modificando su imagen corporal mediante alteraciones de la conducta de ingesta alimentaria (Guidano, 1991), constituyéndose estas como factor distractor o, en el caso de los hombres, presentando dificultades asociadas a la competencia sexual o al coraje.

Es importante mencionar que las características de los desequilibrios dependen directamente de la *modalidad de procesamiento* que tenga el sujeto. Es decir, pueden ir desde cuestionamientos existenciales acerca de quién el sujeto es, en una modalidad normal, pasando por reacciones más neuróticas, pudiendo llegar incluso a manifestaciones clínicas psicóticas.

Guidano menciona que la autoimagen de un sujeto con tendencia dápica, puede verse como en un continuo desde lo más concreto a lo más abstracto. En el polo de mayor concreción se encuentra una imagen de sí mismo que corresponde a la imagen corporal, en cambio en el polo de mayor abstracción, la imagen de sí mismo que tiene el sujeto, corresponde a capacidades emocionales e intelectuales (Guidano citado en Quiñones, 2001).

Es relevante recalcar que en el primer nivel, de la concreción, se encuentra una diferencia básica entre hombres y mujeres. En nuestra cultura, para las mujeres, la feminidad es evaluable mediante la estética corporal, por tanto, las mujeres equiparan su autoimagen a la estética del cuerpo, por lo que es importante para ellas modificar dicha imagen como modo de manipular su enfrentamiento al mundo. Por esta razón, es muchísimo más común encontrar cuadros típicos de desorden alimentario en mujeres. En cambio, en el caso de los hombres, culturalmente la masculinidad es evaluada no tanto a través de la estética corporal, sino más bien a través de la virilidad, ya sea por la potencia sexual o por el coraje. Es por esta razón que, en el caso de hombres dápicas, es posible encontrar problemas sexuales relacionados a su competencia sexual, que suelen iniciarse en la adolescencia (Guidano citado en Quiñones, 2001). Al igual que en las mujeres, los hombres presentan la variación entre lo activo y lo pasivo. En un nivel un poco más abstracto

se encuentra el problema del coraje en los hombres, que también inicia su desarrollo en la adolescencia y que, en la edad adulta, puede traducirse, por ejemplo, en el desarrollo de habilidades en los juegos de azar, cuyo objetivo final es demostrar su coraje frente a los demás. Al alcanzar un nivel abstracto de procesamiento “las diferencias de género en función de los aspectos intelectuales y emocionales terminan” (Guidano citado en Quiñones, 2001, p.96).

Hay diversas situaciones que para el dápico pueden ser críticas pues la exigencia de exposición subyace a ellas. Por ejemplo, el tema de la maternidad para las mujeres dápicas es muy difícil de manejar, pues exige una gran exposición de sus capacidades y, por tanto, las conecta con el rendimiento. Este miedo a exponerse se conecta también con el futuro, en este sentido, algo que el sujeto hace en el presente puede aumentar la posibilidad de fracaso en el futuro, por lo que, finalmente, el dápico no se enfrenta a las situaciones (Guidano citado en Quiñones, 2001).

Los desequilibrios se caracterizan por el interjuego de procesos simultáneos y competitivos. Por un lado, emergen sentimientos críticos desafiando el sentido de identidad y, por otro, se intenta excluir o controlar estos sentimientos críticos “atribuyéndolos a partes circunscritas de sí mismo” (Guidano, 1991, p.174). El síntoma, en este contexto, es la mejor estrategia a la que el sujeto puede recurrir para enfrentar la vaguedad y difusión del sí mismo (De Marchis, 2001), constituyendo un mecanismo distractor, cuya finalidad es la mantención de la continuidad del sentido de sí mismo (Maselli y Cheli, 2001).

Es decir, en un nivel consciente o explícito, es representado el sentimiento de ineficacia personal en una imagen corporal inaceptable que, en el caso de la obesidad, corresponde a la imagen de una figura sin forma por la gordura. En este sentido, los obesos aceptan la propia negatividad percibida, pero restringiéndola a la apariencia externa, al contrario, en el caso de la anorexia, hay una lucha contra esta imagen insostenible, la que se lleva a cabo mediante un tenso control de los propios impulsos biológicos (paradójicamente, esta lucha lleva al sujeto a tener una imagen corporal

igualmente inaceptable). La lucha anoréxica por mantener una auto-imagen positiva consistente se realiza mediante la oposición del sentido de ineficacia con el sentido de poder personal, resultante “de la continua confirmación de la experiencia de ser capaz de dominar incluso los impulsos más profundamente embebidos” (Guidano, 1991, p.175).

En el nivel tácito, los sentimientos de ineficacia y vacío personal son acompañados por un medio motor y una activación autonómica que tienden a realizarse directamente, sin retardo o control en las respectivas alteraciones de la conducta de ingesta y de los patrones motores.

La tendencia a la disfunción cognitiva, con el tiempo, se diversifica respecto a los patrones anoréxicos, bulímicos u obesos. La anorexia representa un desequilibrio agudo en la etapa de la adolescencia / juventud y, en consecuencia, presenta una tendencia hacia el reajuste, es decir, hacia una integración adecuada del desequilibrio y a un cambio progresivo en la auto-conciencia. La obesidad, en cambio, tiende a estructurarse de forma estable mediante el autoengaño. “(...) la bulimia y la obesidad que empiezan con la pubertad son más persistentes en el tiempo, y sobre todo la obesidad que no es modificada por ningún tipo de tratamiento” (Guidano citado en Quiñones, 2001, p.87).

Guidano caracteriza a los dápicos normales, es decir, con un procesamiento armónico, abstracto y flexible, como personas que sobresalen en el ámbito cultural y de la estética. La atención que ponen sobre la forma y el sentido de la estética los posiciona como los mejores arquitectos, estilistas, dibujantes, grafistas (Guidano citado en Quiñones, 2001), y también en el ámbito de la literatura y las relaciones públicas. En este sentido, su significado personal se vuelve algo creativo, posee una capacidad de abstracción que “(...) lo lleva a seleccionar, a enfatizar, a elegir la forma como modalidad de reconstruir la experiencia humana” (Guidano citado en Aronsohn, 2001). Los dápicos normales tienen la gran capacidad “de reconstruir lo que piensan los otros, utilizándolo para manipularlos y no para sentirse definidos”

(Guidano citado en Quiñones, 2001, p.100). Según Guidano, la actividad en la que los dápicos son sobresalientes es en la actuación, incluso los denomina “actores universales”, ya que poseen la enorme capacidad de transformarse de acuerdo al contexto en el que se encuentren (Guidano citado en Quiñones, 2001).

Los trastornos psicóticos que suelen experimentar los dápicos, especialmente en la juventud, son los trastornos esquizofrénicos. En este sentido, Guidano menciona incluso que la mayoría de los “brotos esquizofrénicos”, en especial el cuadro hebefrénico, simple y paranoídeo, son la expresión de brotes psicóticos en los dápicos, siendo el resultado de una discrepancia en la integración de su identidad personal, principalmente por una falla de integración de los diversos aspectos de sí mismo, en el proceso de reorganización adolescente (Guidano citado en Aronsohn, 2001). Un síntoma que se presenta con bastante frecuencia es el delirio de influencia, caracterizado porque el sujeto tiene la idea de que no es libre, que de alguna manera le controlan los pensamientos o le invaden el cuerpo. Otra temática que suele estar presente en los delirios dápicos es el de la imagen corporal y la futilidad. También suele presentarse el delirio fantástico, que hace referencia a una actitud de sueño, es decir, son personas que están involucradas en un tema delirante, pero que viven una vida normal. Suele estar presente también la erotomanía, caracterizada porque el sujeto tiene la idea de que hay una persona importante del mundo que está enamorada de él y que no pueden estar juntos debido a un complot en su contra (Guidano citado en Quiñones, 2001).

En una direccionalidad ideal, generativa, el significado dápico debe orientarse a la asimilación e integración de los sentimientos angustiosos, generando así reordenamientos del “mí” que facilitarían ir reconociendo marcos de referencia internos en el “yo”, para organizar así patrones más fiables y estables de autopercepción. De este modo, se lograría una mayor delimitación respecto de los otros, relativizándolos, junto a un aumento del sentido de individualidad y autonomía personal (Guidano, 1994).

XI. ESTILO SEXUAL EN LA ORGANIZACIÓN DE SIGNIFICADO PERSONAL DÁPICA

un estilo afectivo caracterizado por la ambigüedad, la indefinición y la constante "puesta a prueba" del compañero suele crear las mismas críticas y decepciones que se desean evitar

Guidano

En el presente capítulo se realiza una propuesta acerca del papel que juega la sexualidad en la construcción del sí mismo dápico y se describe el estilo sexual presente en esta Organización de Significado Personal. Para esto, es necesario considerar tanto el proceso evolutivo como las características de la Organización de Significado Personal Dápica, descritos en el capítulo anterior.

Es importante subrayar el carácter dialéctico de la relación existente entre la sexualidad y el sí mismo, de mutua construcción, por tanto, al hablar de sexualidad se habla también de sí mismo, y viceversa. En este sentido, es importante destacar que la sexualidad no es una entidad estática, sino que, al igual que el sí mismo, es un proceso en permanente construcción. En consecuencia, describir el estilo sexual presente en la Organización de Significado Personal Dápica implica analizar el proceso de construcción recíproca entre el sí mismo y la sexualidad en esta organización de significado.

Con el concepto **estilo sexual** se hace referencia al *modo particular que cada sujeto tiene de experimentar, atribuir significados y operar en el plano sexual*. Esto implica, de modo inevitable, un modo particular de organizar la experiencia, y hace referencia, por tanto, a la identidad genérica y al sí mismo. En este sentido, describir el modo como el sujeto experimenta y opera en torno a la sexualidad se transforma en un indicador del modo cómo éste construye su identidad.

La organización de los desórdenes alimenticios se caracteriza por la tensión esencial que subyace a la dinámica de la mismidad, es decir, por la demarcación débil e indefinida del sujeto respecto de los otros y, en consecuencia, por el rol central atribuido al dominio interpersonal, tanto en el desarrollo como en la organización del significado dápico. Es posible inferir entonces que la dimensión de las relaciones interpersonales es un área conflictiva para estos sujetos, por tanto, situaciones como tener pareja, casarse, ser padres, etc., pueden ser amenazantes para el sujeto y una fuente de desequilibrio.

Por otra parte, la presencia de un sí mismo difuso tiene su origen en la falta de diferenciación emocional presente en esta Organización de Significado Personal, como se menciona en el capítulo anterior. Por tanto, la “ambigüedad” característica de esta organización de significado alcanza la dimensión afectiva emocional.

Es importante recalcar que los sujetos dápicos construyen su sentido de sí mismo o identidad basado en criterios externos y la percepción de una autoimagen positiva, esencial para sobrevivir, depende de las confirmaciones que el sujeto obtiene de los otros significativos, por tanto, es un sujeto se adecua al contexto en el que se desenvuelve con el fin de obtener dichas confirmaciones, manteniendo así la autoestima en un nivel aceptable. En consecuencia, el proceso de construcción de la identidad se ve fuertemente obstaculizado. El niño dápico se identifica con el padre elegido como figura criterio en la infancia y construye un sentido de sí mismo basado en las expectativas de dicha figura, dificultándose el proceso de diferenciación de su fuente de identificación por el patrón de relación enmarañado característico de las familias dápicas. Por esta razón, es frecuente encontrar, en sujetos con tendencia dápica, dificultades en el establecimiento de una identidad de género definida y, por tanto, es probable encontrar dificultades en cualquiera de sus componentes. En este sentido, es común que sujetos con trastornos de la identidad genérica sean sujetos con una organización de significado personal dápica. Sin embargo, se deben tener en cuenta la operatividad del sujeto y la senda evolutiva²⁶ por la que transita.

²⁶ Véase capítulo X, acápite 4.

(V)

Los aspectos que caracterizan el estilo sexual en los dápicos se encuentran presentes en las tres sendas evolutivas predominantes de esta organización de significado, sin embargo, se puede presentar con diferentes características dependiendo de dichas *sendas* y de las *dimensiones operativas*²⁷ que el sujeto posea. Para la presente investigación se hace mayor referencia a las características de un sujeto dápico cuya operatividad se acerca al polo de la concreción, exclusión, rigidez, pasividad y evitación, es decir, un sujeto menos generativo y complejo.

La principal dificultad en esta OSP, en el ámbito de las relaciones, radica en la *exposición y el rendimiento*.

La *exposición* como dificultad se asocia a la posibilidad de desconfirmación y/o invasión, por tanto, lo conecta con el miedo y la vergüenza. El sujeto tratará de evitar cualquier situación significada por él como una situación de exposición. Si se vuelve imposible evitar la exposición, buscará la manera de mantener su autopercepción y su autoestima a un nivel aceptable, actuando dentro de los cánones de perfección impuestos a partir de referentes externos, es decir, centrándose en el rendimiento y en las expectativas que los demás tienen de él o, en el caso de una estrategia más cercana al polo activo, centrándose en un criterio interno rígido, invalidando de antemano la desconfirmación. En consecuencia, la exposición puede presentarse como dificultad en cualquier situación que le exija al sujeto "mostrarse", lo que incluye las relaciones de pareja y sexuales. Esta es una dificultad importante para el dápico, encontrándose presente tanto en las etapas de establecimiento, mantención y ruptura de la relación, como en los estados interpersonales de la pareja.

Con relación a la dificultad frente a la exposición, Cabrera, Trujillo y Arciero (2001) mencionan que en adolescentes con tendencia dápica, la responsabilidad de crear contextos de reciprocidad social, para favorecer su proceso de individuación, puede ser evadida por el temor a confrontaciones o desconfirmaciones de parte de los otros. Es decir, es posible encontrar sujetos dápicos que evitan crear contextos de

²⁷ Véase capítulo IV, acápite 4.

reciprocidad, ya sea retirándose de ellos (estrategia pasiva) o teniendo muchas relaciones interpersonales sin mostrarse, superficiales, que no le exijan compromiso (estrategia activa).

Por otra parte, el *rendimiento* como dificultad hace referencia al proceso llevado a cabo por el sujeto con la finalidad de proveerse la aprobación necesaria de parte de los otros significativos, sin embargo, este proceso de “rendir” se transforma en una dificultad pues el sujeto queda expuesto al juicio de los demás.

En el contexto de la relación de pareja, el dápico se centra en el rendimiento como forma de mantener el vínculo afectivo con su figura significativa y de proveerse la aprobación necesaria, protegiéndose al mismo tiempo de las desconfirmaciones. Este rendimiento será más activo o más pasivo dependiendo de la senda evolutiva por la que el sujeto transite.

El rendimiento se expresa en las mujeres de la senda activa, en el ámbito de la sexualidad, a través del control de la imagen corporal, en función de resultar “deseable” para el otro, buscando constantemente igualar su imagen corporal con estándares convencionales de belleza, utilizando estrategias activas, consideradas socialmente como “seductoras”, con el objetivo de conseguir una intersubjetividad sostenedora y aprobación de su autoimagen consciente. En el caso del hombre, el rendimiento se expresa en la mantención de una imagen de “proveedor de placer”, de virilidad, de ser competente sexualmente. En el caso de dápicos pasivos, puesto que en el cuerpo reposa su propia percibida negatividad, el rendimiento se centrará más en los otros aspectos de su personalidad, como laboral, familiar, etc.

Paralelas al *rendimiento* y *exposición* se estructuran pautas de auto-engaño que protegerán al sujeto en caso que la desconfirmación sea inminente, permitiéndole mantener la autopercepción y autoestima a un nivel aceptable, invalidando el juicio de la pareja.

El “debut sexual” es crítico en los sujetos dápícos, ya que implica una exposición de sí mismo no sólo simbólica, sino concreta, corporal, además de ser un contexto que implica el despliegue de rendimiento, cuya meta será “rendir bien”. En este sentido, puede ser una experiencia discrepante para el sujeto, activando sentimientos desafiantes, pues, además de ser una situación de exposición y rendimiento, la atención se focaliza en “lo corporal”, punto débil de la OSP dápica y centro en torno al cual gira la construcción del sentido de sí mismo y la autoimagen. Por lo tanto, el sujeto intentará controlar los sentimientos desafiantes a través de la exclusión de información y distracción, activando mecanismos de control descentralizado y llevando a cabo estrategias acordes a su senda evolutiva, ya sea para enfrentar la situación o para evadirla.

Al igual que en las mujeres, los hombres presentan la variación entre lo activo y lo pasivo, siendo siempre el tema el enfrentar lo sexual como si fuese un examen, vivenciado como miedo a la sexualidad, sentimiento que “comienza desde el inicio de la pubertad, con el desarrollo psicosexual, al temer no ser igual que los otros” (Guidano citado en Quiñones, 2001, p.94).

En el caso de la senda pasiva, es posible encontrar gran cantidad de sujetos dápícos vírgenes, es decir, que evitan la exposición que subyace al debut sexual por el temor al juicio que su pareja pueda emitir o por el temor a no rendir de acuerdo a los cánones de perfección o virilidad que se ha autoimpuesto, en definitiva, por temor a la desconfirmación. En este sentido, el sujeto dápico pasivo se escuda en la ideología moral familiar, que sanciona la prostitución, para autorreferirse el temor ante el debut sexual como una “opción voluntaria” por la virginidad (Yáñez, comunicación personal, 2003), evitando así sentimientos discrepantes. En el extremo del polo pasivo es posible encontrar adolescentes que se retiran completamente de los contextos interpersonales y, por tanto, también sexuales, lo que dificulta, en gran medida, su proceso de diferenciación²⁸.

²⁸ Véase capítulo V, acápite 1.

Al contrario, en el caso de sujetos de la senda activa, es posible encontrar conductas sexuales promiscuas, a través de las cuales el sujeto obtiene aprobación, diferenciándose de sus parejas. En mujeres de la senda activa, puede producirse una promiscuidad sexual anorgásmica en la etapa de la adolescencia temprana, utilizada como estrategia para seducir al otro y establecer una relación sin exponerse, obteniendo confirmación de su sí mismo, puesto que posiciona a su pareja en el lugar del “mal rendimiento”, evitando la posibilidad de desconfirmación, manteniendo su autoimagen identidad. En el caso de los hombres, buscarán la mantención de una imagen de proveedor de placer, de virilidad, con el objetivo de proveerse de aprobación y confirmación de su propia autoimagen, pero no establecen relaciones que impliquen intimidad ni autoexposición.

Para el adolescente dápico las transformaciones físicas implican un verdadero reto. En las mujeres estas transformaciones suponen una mayor exposición al juicio de los otros, cuya resolución puede ser ocultar los cambios ocurridos (senda pasiva) o, al contrario, adoptar una posición más activa, focalizándose en su cuerpo, manejándolo y comparándolo con estándares convencionales y absolutos de perfección, centrando su atención en cultivar su apariencia física como meta de perfección o, en el caso de sujetos más complejos, dedicándose a cultivar su intelecto.

En el caso de los hombres, “(...) los cambios corporales son organizados por procesos de comparación entre su imagen cambiante y cánones externos de virilidad acerca de cómo debe ser un hombre. Por ejemplo, escrutando su potencia sexual a través de la medición del pene” (Cabrera, Trujillo y Arciero, 2001, p.4). En este sentido, el hombre más concreto simboliza en el pene su autoimagen, por tanto, durante la adolescencia es común la focalización de la atención en este aspecto, pues contribuye a la construcción de la identidad genérica²⁹.

Para los sujetos con tendencia a una organización de significado dápica, el control de su imagen corporal se realiza de diferentes maneras, dependiendo del sexo

²⁹ Véase capítulo IX, acápite 1.

del sujeto, es decir, si es hombre o mujer, esto principalmente por la influencia de la cultura. En el caso de las mujeres, tener una imagen corporal aceptable pasa por la estética del cuerpo, en cambio en el caso de los hombres, la imagen corporal que buscan es la de un hombre viril y con coraje. Es por esta razón que, en el caso de hombres dápico, es posible encontrar problemas sexuales con relación a su competencia sexual (Guidano citado en Quiñones, 2001). Por tanto, el hombre dápico estará siempre atento a la opinión de su pareja en cuanto a su desempeño y cualquier crítica en este sentido puede ser significada como una desconfirmación, siendo devastadora para su autoimagen y fuente de desequilibrio.

*hombre
señal*

Por lo tanto, la exposición y el rendimiento estarán siempre presentes como dificultad en la dinámica relacional que establece el sujeto dápico con otro significativo. En este sentido, en el caso de que la desconfirmación ocurra, el dápico la vivenciará como una decepción, resolviéndola de diferentes maneras, dependiendo de la senda evolutiva. Un sujeto de la senda activa se protegerá de la decepción centrándose en su ideología propia y atribuyendo la desconfirmación a la falsedad de los otros (atribución externa). Un sujeto de la senda pasiva atribuirá la decepción a rasgos concretos de sí mismo, es decir, hará una atribución interna (por ejemplo, “a mí no me quieren porque soy gorda, en consecuencia, él no era lo que yo creía”).

Quíñones

La **estrategia** dápica se centra en una actitud perfeccionista e idealista, que implica el cumplimiento de las expectativas del otro evitando así la desconfirmación. “Si el problema consiste en extraer un sentido de sí mismo a partir del juicio de los otros, el perfeccionismo se vuelve lógicamente la forma de proveer la solución a este problema” (Guidano, 1991, p.169).

Como se mencionó en el capítulo anterior, los sujetos con tendencia dápica desarrollan un patrón de relación enmarañado, caracterizado por una delimitación pobre entre el sí mismo y los otros. El sujeto dápico busca, para definir o delimitar su sí mismo, una relación enmarañada con una figura vincular y, al mismo tiempo, busca protegerse de cualquier posible decepción de dicha figura. Por tanto, es posible asumir que la relación de pareja será una relación también enmarañada.

Como estrategia de enfrentamiento, y teniendo en cuenta el estilo vincular enmarañado con un otro significativo que sea capaz de decodificar los estados internos del sujeto de manera coherente con su autoimagen, el dápico "(...) *buscará una intimidad sustentadora que le exija una autoexposición mínima a través de todo un repertorio de "tests y retests" administrados al compañero*" (Guidano, 1994, p.108).

En consecuencia, en el plano de las relaciones íntimas, el sujeto dápico presenta un dilema que intenta resolver desarrollando un *repertorio de estrategias relacionales* orientadas a la obtención de la mayor garantía posible de apoyo íntimo de parte de su pareja y evitando, paralelamente, cualquier compromiso claro de exposición de sí mismo en la relación. Por tanto, su pareja ideal será un otro que lo confirme y, a la vez, no lo invada.

La búsqueda de pareja se orienta hacia un otro que confirme directamente su autoimagen y también indirectamente, es decir, buscará una pareja acorde a la imagen que quiere proyectar hacia el mundo. En este sentido, hay una búsqueda permanente por tener relaciones "ideales" como parte del perfeccionismo que los caracteriza, es decir, la pareja pasa a formar parte de su propia autoimagen, por tanto, la pareja y la relación deben ser perfectas.

Así, para comprobar que su pareja puede constituirse en su figura vincular sostenedora, el dápico utiliza como estrategia el "**poner al otro a prueba**", como se menciona anteriormente, es decir, le pedirá constantemente *confirmación*, como señala Guidano (citado en Quiñones, 2001):

Que le dé pruebas de su amor, pero exponiéndose lo menos posible, pues así garantiza la total involucración del otro, cubriéndose las "espaldas" en el eventual caso de una decepción. Esto es bastante peligroso como estrategia afectiva, porque lleva al otro a aburrirse. (p.88)

Pone a su pareja a prueba en forma reiterativa, ya sea de manera activa o pasiva, basado en la actitud perfeccionista, con el objetivo de protegerse de las desconfirmaciones.

En consecuencia, los dápicos se vuelven extremadamente exigentes con el otro, exigencia que puede ser más activa o más pasiva, dependiendo de la senda evolutiva del sujeto. En el caso de la senda activa, el dápico es un luchador, va siempre al ataque, a la ofensiva, anticipando las faltas de su pareja, pidiendo constantemente mayor exposición del otro de una forma explícita. Al contrario, la senda pasiva desarrolla estrategias en esta línea, más pasivas, pero no por esto menos exigentes, realizando acciones que exigen del otro comprensión y paciencia (por ejemplo, engordar 40 kilos en los primeros meses de relación), exigiéndole además una exposición de sí en la relación (Guidano citado en Arohson, 2001).

Como resultado de este estilo afectivo ambiguo, indefinido y que pone constantemente a prueba a la pareja, es posible que surjan precisamente aquellas críticas y desilusiones que el sujeto dápico tanto teme y que intenta, justamente, evitar (Guidano, 1994). Así entonces, aunque se lograra la garantía de apoyo íntimo necesario, cosa que resulta improbable con este estilo afectivo, la necesidad imperiosa de experimentar un sí mismo con “cimientto interior” estaría insatisfecha, por tanto, la amenaza primaria del vacío interno sigue presente.

El sujeto dápico funciona en torno a las polaridades oponentes alrededor de las cuales se organiza el significado dápico, es decir, la necesidad absoluta de aprobación y el miedo a ser invadido o desconfirmado por el otro significativo, por tanto, en la relación de pareja también es posible apreciar la oscilación entre ambas.

Para el sujeto, el quedarse en la relación implica el logro de un sentido de sí mismo más definido, sin embargo, esta sensación dura sólo un instante pues, en un contexto emocional en el que debe corresponder a las expectativas que el otro tiene de él en todo momento, como es la relación de pareja, se sentirá “aplastado”, como si

él no existiese si no es a través del otro, emergiendo entonces el sentido de ineficacia personal, de dependencia por lo que el sujeto se moviliza hacia el otro polo. Por otro lado, el salirse de la relación puede proveerlo de un mayor sentido de demarcación, de independencia, pero puede también activar los sentimientos de vacío personal. Por lo tanto, el sujeto está atrapado.

Guidano (citado en Aronsohn, 2001) menciona la respecto:

Es una paradoja; el máximo de reconocimiento de la imagen de mí aceptable la puedo obtener cuando yo no existo más por mí mismo, cuando existo completamente para obtener una confirmación de mí que me identifique de una vez por todas como una persona aceptable. (p. 373)

Por esta razón, los dápicos más concretos en su modalidad de procesamiento desarrollan como estrategia tener dos relaciones afectivas simultáneas, puesto que así logran alcanzar una diferenciación personal en cada contexto emocional. Esta estrategia es necesaria para ellos, pues en una situación afectiva de convivencia suele aparecer el sentimiento de ser “aplastados” o “invadidos”, sentimiento de ineficacia personal, de perder el sentido de sí mismos al corresponder al otro de forma más intensa. Frente a esta sensación de difusión del sentido de sí mismos, necesitan ser capaces de demarcarse, diferenciarse del otro. El sujeto logra, concretamente, cumplir con las expectativas de cada pareja, pero no corre el riesgo de sentirse aplastado, pues mientras está con una, piensa en la otra, así se diferencia en cada contexto emocional, sintiendo que existe por sí mismo. En este marco resulta obvia la *situación afectiva doble*, que se da tanto en hombres como en mujeres, sin embargo, debe diferenciarse de una situación de promiscuidad, “ya que si bien tienen dos relaciones le son fieles a ambas” (Guidano citado en Quiñones, 2001, p.97). En el caso de un sujeto más abstracto en su nivel de procesamiento, no existen dos parejas afectivas, pero el sujeto se divide entre su pareja y su trabajo, manteniendo así su diferenciación.

Es posible encontrar una gran variabilidad de estrategias mediante las cuales el sujeto obtiene la aprobación que necesita para la mantención de su autoimagen, protegiéndose de la pérdida de autonomía, de la invasión y de la sensación de vacío, que van desde la promiscuidad (actividad) hasta la abstinencia sexual (pasividad).

Aunque es difícil de encontrar en el área sexual, en los dápicos se producen los denominados "matrimonios blancos", es decir, matrimonios que no han tenido relaciones sexuales. Son difíciles de encontrar pues las parejas dápicas suelen ser parejas que mantienen relaciones sexuales, pero incompletas. Su historia suele ser la de una pareja estable y fiel y, al reconstruir su vida sexual, se encuentra la formación de una alianza implícita en la que ambos son cómplices, así ambos miembros de la pareja se defienden recíprocamente del temor que les produce el enfrentamiento sexual (Guidano citado en Quiñones, 2001).

Con relación a las fases de la pareja planteadas por Guidano, el dápico presenta una dificultad para mantener relaciones íntimas por el temor a la exposición antes mencionado, que tiene como consecuencia la evitación de intimidad. En cuanto a las fases de la relación también hay diferencias dependiendo de la senda evolutiva del sujeto y de su operatividad. Por ejemplo, sujetos dápicos activos podrían tener más facilidad que los dápicos pasivos para generar relaciones, pero mayor dificultad que éstos para mantenerlas, por la intensidad del temor frente a la invasión. En cambio sujetos dápicos pasivos podrían tener mayor facilidad para mantener relaciones afectivas por la intensa necesidad de aprobación para lograr definir el sentido de sí mismo.

Para el sujeto dápico, en la etapa de formación de la pareja predomina el rendimiento como dificultad, pues es muy importante la imagen que su pareja se formará de él. Por tanto, la tarea máxima en esta etapa es que el otro se forme una imagen de él acorde a la imagen consciente que el mismo sujeto tiene de sí, es decir, trata de convencer a su pareja con el objetivo de obtener una confirmación de su propia autoimagen que, en definitiva, es lo que busca en una relación sostenedora. En

este sentido, gracias a la habilidad que construye el dápico para manipular el juicio de los otros, el sujeto logra manejar la situación, de tal modo, que consigue la aprobación que necesita para mantener los sentimientos desafiantes bajo límites aceptables, buscando constantemente agradar al otro.

Pueden emerger sentimientos discrepantes al ir pasando de la etapa de formación a la de mantención de la pareja, pues inevitablemente esto implica mayor compromiso y, por tanto, una mayor exposición de ambos miembros. En la relación, la dificultad de exposición se hace más evidente en esta fase, emergiendo el miedo a decepcionar al otro, que éste descubra que es un “bluff”. Si esto sucede se abre la posibilidad de que el otro abandone la relación, emergiendo la amenaza secundaria³⁰ y activándose los sentimientos de ineficacia y/o vacío personal. En consecuencia, el sujeto se moviliza desplegando estrategias, como poner a prueba, o mecanismos de autoengaño, para protegerse de la amenaza secundaria.

Por tanto, mantener una relación de pareja puede ser sumamente difícil para el sujeto, pues tratar de construir una intimidad sin “mostrarse”, exigiéndole al otro que lo haga, no da resultado.

La fase de separación o ruptura de la relación de pareja es característica en esta OSP, puesto que el dápico desarrolla gran capacidad para pasar de un contexto de referencia a otro. Es decir, al percibir amenazada su coherencia sistémica por la pérdida de referencia que significa para el sujeto la ruptura de la relación, se activan la exclusión de información desafiante y la distracción mediante actividades como los patrones de ingesta disfuncional, iniciándose la búsqueda de otro vínculo significativo que le sirva de referencia para lograr un sentido de sí mismo definido (Guidano citado en Aronsohn, 2001). Esto implica la posibilidad de no llegar a procesar la ruptura como tal, es decir, no llegan a experimentar el quedarse solos gracias a la activación de los mecanismos de control descentralizado, puesto que la falta de otro decodificador se constituye en una amenaza para el sí mismo.

³⁰ Véase capítulo X, acápite 4.

Si esto no fuese así, la separación para el dápico puede transformarse en un suceso crítico, pues el sujeto experimenta la separación como una decepción de su figura significativa, por tanto, una vez experimentada la amenaza secundaria, el dápico se encuentra con la amenaza primaria del vacío interno, por lo que puede verse amenazada la coherencia del sistema, como se menciona en el capítulo anterior, desencadenándose cuadros alimentarios, llegando incluso a modalidades de procesamiento psicótica. Puede ocurrir incluso una negación de la pérdida, por ejemplo cuando la pareja muere, por lo que el proceso de duelo se bloquea y el sujeto sigue viviendo como si su pareja aún estuviera viva, conservando los objetos y los ambientes intactos. En la primera etapa del duelo suelen presentarse trastornos psicosomáticos, pues se produce una intensa activación emocional negativa difícil de decodificar y difícil de expresar (Guidano citado en Aronsohn, 2001)). En este caso, los mecanismos de autoengaño actúan de un modo extremo, hay un exceso de autoengaño, condición básica para la emergencia de psicopatología.

Cuando ocurre una ruptura inesperada de la relación el sujeto hará una atribución de ella dependiendo de la senda por la cual transite, es decir, será una atribución externa (activos), interna (pasivos) o sustituirá rápidamente a la figura decepcionante (activo/pasivo) con el objeto de manejar o resolver la amenaza del vacío interno. El dápico activo desplegará todo un repertorio de estrategias orientadas a luchar contra la sensación de vacío y controlar los sentimientos discrepantes, como el control sobre las conductas de ingesta o conductas en la línea de lo obsesivo. El dápico pasivo atribuirá a sí mismo la decepción, por tanto sus estrategias irán más en la línea de lo depresivo, resignándose al vacío interno, llevando a cabo conductas de ingesta disfuncional. El activo/pasivo oscilará entre las estrategias antes mencionadas.

La segunda etapa del duelo, la de reelaboración de la pérdida, ya sea por termino de la relación o por muerte de uno de los miembros, es muy conflictiva para el dápico, pues el sujeto debe re-leer la relación que tuvo, cambiar la imagen del otro, debe re-interpretar la historia de la relación, para llegar finalmente a aceptar la pérdida, proceso difícil para el sujeto pues implica un cambio en su propia

autoimagen. Esto puede ser peligroso para los dápicos más concretos ya que su autoimagen es una entidad estática, no es percibida como un proceso, por lo que esto se constituye en una amenaza para la coherencia del sistema, como se menciona anteriormente.

XI. 1.- Proceso sexual de pareja en la Organización de Significado Personal Dápica

La pareja, en su devenir, experimenta diversos estados de interacción, estados interpersonales, que forman parte del proceso sexual de la pareja. El primer estado es la **cotidianeidad**. En los dápicos no acarrea mayores dificultades, pues es una fase de exigencia baja para el sí mismo, en la que la meta es la creación de condiciones contextuales e interpersonales para que la dinámica de la mismidad pueda desplegarse al nivel de procesos de mantenimiento (Yáñez, 2003a), por tanto, el sujeto conoce las demandas que se le hacen y puede manipular el entorno y al otro para obtener la aprobación necesaria y, al mismo tiempo, protegerse de las desconfirmaciones o decepciones.

En este sentido, el dápico establece rutinas contextuales, interpersonales y personales como una estrategia que le permite prever y controlar las diversas situaciones que enfrenta en lo cotidiano, por tanto, la rutina lo protege ya que le permite evadir la exposición de sí mismo y controlar los efectos de posibles desconfirmaciones, minimizándolos. A través del establecimiento de rutinas interpersonales el sujeto puede “evaluar” a su pareja, poniéndola a prueba, funcionando en un nivel en el que su sí mismo no es mayormente demandado, manipulando el juicio del otro significativo y manteniendo al control de la relación. Puesto que el dápico busca que sus relaciones sean ideales, es decir, que sigan pautas de perfección, las rutinas le permiten establecer pautas para exigirle a su pareja como “debe” ser para alcanzar su ideal.

En el caso de sujetos de la senda activa, las rutinas serán principalmente personales, basándose en el control de sí mismo, con un alto nivel de autoexigencia,

al contrario, en sujetos que transitan por la senda pasiva, al establecer rutinas se centrará más en las rutinas interpersonales y contextuales, puesto que el autocontrol es casi imposible.

El sujeto se mantiene alerta a la fractura de lo cotidiano, pues ésta implica la apertura hacia la intimidad, estado interpersonal en el que aumenta la exigencia hacia el sí mismo del dápico emergiendo, por tanto, la dificultad.

La **intimidad** es la fase del proceso sexual de la pareja que se ve afectada en esta Organización de Significado puesto que implica un despliegue del sí mismo, éste se ve compelido a una mayor exposición de sí en la relación. La intimidad implica la exteriorización de lo propio, importante dificultad para el dápico pues “lo propio” no es posible de decodificar y, por tanto, muy difícil de expresar. En este estado interpersonal la atención se centra en la pareja, es decir, el sujeto se transforma en protagonista, aumentando el nivel de activación, pues este cambio de perspectiva implica un aumento de la exposición, conectando al dápico con el rendimiento y la posibilidad de ser desconfirmado por el otro, junto a la cual aparece la vergüenza.

Por otra parte, la transgresión de la proxémica³¹ presente en este estado interpersonal, conecta al dápico con la posibilidad de invasión y, por tanto, con el miedo. Con la emergencia del miedo en esta etapa es posible que la armonía necesaria para que el proceso de seducción se lleve a cabo se vea interferida, puesto que para evitar el miedo el sujeto se conecta con el rendimiento, desconectándose de su experienciar inmediato, de sus sensaciones internas.

En la búsqueda por mantener una relación enmarañada con una figura significativa, en la etapa de la seducción el dápico orienta sus acciones con el objetivo de constituirse en objeto de la intención erótica³² del otro, busca entrar en su campo de percepción. Para esto el sujeto utiliza como estrategia “la promesa de lo que”

³¹ Véase capítulo VIII, acápite 2.

³² Véase capítulo VIII, acápite 1.

carece”, ofreciendo la posibilidad de intimidad, pero siendo incapaz de proveerla. Es decir, el sujeto ofrece un compromiso y un “mostrarse” ante el otro, puesto que es necesario para conseguir una reciprocidad íntima con una pareja, pero es un mostrarse del cual realmente no es capaz.

En definitiva, el dápico cae en su propia trampa, pues al lograr ser objeto de la intención erótica del otro emerge la exigencia hacia la autoexposición, surge el conflicto por la apertura de la intimidad, aparece la exigencia por el despliegue de su propia intención erótica. En este sentido, el sujeto dápico tendrá una intención erótica cuya direccionalidad será la búsqueda confirmación de parte de su pareja, de un otro que sea capaz de decodificarle sus estados internos, sin exigirle autoexponerse.

En relación con lo anterior, la emergencia del deseo, experimentada como deseo real, se ve fuertemente obstaculizada. El dápico se caracteriza por la falta de decodificación de sus estados internos, por lo tanto, para el sujeto puede ser difícil distinguir el deseo propiamente tal del resto de sus sensaciones. En este caso, es probable que el sujeto defina lo que es *deseo* para él sobre la base de referentes externos, es decir, la emergencia del deseo puede correlacionarse más con la necesidad de obtener confirmación o aprobación de su propia autoimagen, a partir de claves contextuales e interpersonales, para mantener el sentido de sí mismo, que con una activación interior o deseo realmente.

Es posible inferir que el dápico despliega su intención erótica posteriormente al despliegue de la intención del otro, posicionándose como objeto erótico y después como sujeto, funcionando así en torno a lo que el otro espera de él, obteniendo confirmación y protegiéndose. En caso de que la intimidad se transforme en una situación discrepante para el sujeto, la evitará. Si la intimidad llega a transformarse en una situación de amenaza para la coherencia sistémica es posible que el ciclo erótico se detenga, por lo que el sujeto hará todo lo posible por retornar al momento de la cotidianidad.

Si el sujeto logra resolver la fase de la intimidad sin grandes discrepancias, es posible el paso hacia el estado interpersonal denominado **erotismo**. Para el dápico, este estado posee su propia dificultad, ya que implica la incorporación de los cuerpos en la interacción, por tanto, el sujeto estará atento a las confirmaciones de su pareja, puesto que su cuerpo es la concretización de su autoimagen.

En la fase del erotismo el sujeto maneja la posibilidad de invasión mediante diversas estrategias, dependiendo de la senda evolutiva y de su operatividad. Emergen con potencia, también en esta etapa, el rendimiento y la exposición como dificultad, que puede interferir con el ciclo erótico. Es común encontrar dificultades sexuales como impotencia en el caso de los hombres, o trastornos como el vaginismo o anorgasmia, en el caso de las mujeres. En un caso extremo, es posible encontrar dificultades en la fase de deseo de la respuesta sexual humana, como una forma de evitar el encuentro sexual.

Finalmente, la pareja transita hacia el placer erótico, caracterizado porque el sujeto centra la atención en sí mismo, en sus sensaciones corporales, pasando el otro a ser un referente secundario. En consecuencia, para el sujeto con Organización de Significado Personal Dápica es difícil centrarse en sí mismo, en sus propias sensaciones, sin un otro como referente, pues la decodificación de sus propios estados internos es el punto débil de esta OSP, por lo tanto, alcanzar el placer erótico para un sujeto dápico es un nuevo obstáculo que debe sortear.

La fase del erotismo en la relación de pareja, al igual que la siguiente, el placer erótico, suelen encontrarse teñidas de referentes sociales, de lo que es socialmente “esperado” en estos estados interpersonales. Para lograr un ciclo erótico completo es necesario el pleno despliegue del individuo, más allá de la sensación fisiológica, por tanto, la relación sexual es un momento de dificultad para el dápico, pues el conectarse emocionalmente consigo mismo significa conectarse con la difusión, además, alcanzar el placer erótico implica una entrega total de sí mismo, lo que gatilla el temor a la invasión y la amenaza de pérdida de coherencia del sistema.

En cuanto a la calidad de la relación sexual, es determinante el nivel en que se encuentren las dimensiones operativas en el sujeto en particular y en su pareja, es decir, depende de la dinámica de la relación. En este sentido, es posible inferir que un sujeto cercano al polo de la concreción, rigidez, pasividad, exclusión y evitación, tendrá en la relación sexual un fuerte enfoque sobre el cuerpo, dificultades con la desnudez, dificultades para conectarse emocionalmente, exigencias hacia el otro (senda activa) o abandono de sí mismo (senda pasiva). Es probable, además, que transite rápidamente desde la cotidianidad hasta el erotismo, evitando la intimidad, en el caso de que el ciclo erótico llegue a término.

En una direccionalidad ideal y generativa, cuando el sujeto logra establecer pautas internas de referencia y, por tanto, una mayor diferenciación de los otros, se vuelve posible el inicio de un ciclo erótico con el despliegue de la intención erótica desde el sujeto, tendiendo a una complementariedad de intenciones con su pareja, que culmine finalmente en la satisfacción de la intención de ambos, ya no sólo en función de obtener aprobación y protegerse de la invasión, logrando así un aumento del nivel de generatividad y una mayor complejidad tanto del sujeto como de la pareja.

ambos

XII. CONCLUSIONES Y DISCUSIÓN

El abordaje de la sexualidad, desde diferentes disciplinas, permite una mayor comprensión del fenómeno, en la medida que se constituya como punto de encuentro entre las ciencias, admitiendo la posibilidad de complementar e integrar conocimientos provenientes de diversas fuentes. La presente memoria, a través de la comprensión de la sexualidad como inseparable de la existencia humana, ha pretendido posicionar a la psicología, y específicamente al Modelo Constructivista Cognitivo, en un lugar de relevancia para su comprensión.

Se ha intentado responder a la pregunta acerca del papel que cumple la sexualidad en la construcción del sí mismo de los sujetos, específicamente en la Organización de Significado Personal de los Desordenes Alimenticios Psicógenos (Dápica)³³, desde el Modelo aludido. Se llevó a cabo una aproximación al tema desde la psicología, a partir de la cual fue posible desarrollar una conceptualización de la sexualidad y, desde esta base, crear una propuesta acerca del papel que ésta cumple en la construcción del sí mismo y del modo cómo se manifiesta en los sujetos que organizan la realidad desde lo dápico.

En una primera instancia, se llevó a cabo una revisión de la evolución histórica del estudio científico de la sexualidad³⁴. Esto posibilitó, en gran medida, una comprensión acerca de cómo se ha desarrollado el conocimiento en torno a este fenómeno.

Desde mediados del siglo XIX la tradición esencialista, particularmente el enfoque biomédico, explica la sexualidad a partir de la articulación entre tres elementos; el sexo, el individuo y la cultura. Plantea que la sexualidad es una energía que proviene de la naturaleza y que se ubica en el individuo. De acuerdo a Freud, esta energía es la “pulsión” y se encontraría, específicamente, en el aparato psíquico. La

³³ Véase capítulo X.

³⁴ Véase capítulo II.

cultura sería la encargada de reprimir o coaccionar la sexualidad, a partir de lo cual se produciría un conflicto entre el individuo y la cultura. Desde esta conceptualización se establecen los criterios de sexualidad normal y anormal, posicionando a la heterosexualidad como el criterio de normalidad.

En la década de los setenta, la tradición constructivista introduce un cambio en el abordaje de la sexualidad analizándola desde un enfoque de construcción social, el cual intenta desnaturalizar el fenómeno sexual, es decir, deja de considerarla como algo innato e instintual. Bajo esta mirada, los tres elementos recién mencionados; sexo, individuo y cultura cambian su ordenamiento, posicionando a la cultura como principio de producción de la sexualidad. Los hechos biológicos de esta última deben ser interpretados en el contexto cultural en que se presentan. Weeks (1993, 1998) plantea que la sociedad opera como principio de producción de las conductas sexuales y de las significaciones que le están ligadas, por esta razón, la sexualidad es considerada como un fenómeno histórico y diverso que se organiza socialmente. De esta manera se rompe con la clara división existente, en la tradición esencialista, entre lo normal y anormal, cambiándose el concepto de perversión por el de “diversidad sexual”, que conlleva una comprensión de la sexualidad como propiedad potencial de los individuos, sujeta a los estilos de vida y abierta a una configuración de diversas formas. Es relevante señalar que, en este momento, la sexualidad se erige como un punto de conexión entre el cuerpo, la autoidentidad y las normas sociales (Palma, comunicación personal, 2001).

La presente propuesta posiciona a la sexualidad desde la perspectiva Constructivista Cognitiva, en la cual si bien se asume la incidencia de la cultura y los discursos sociales, se enfatiza la construcción de significados personales asociados a la sexualidad. Se plantea al sí mismo como un sistema de conocimiento cuyo desarrollo ontológico se produce a través de procesos que permiten su diferenciación con respecto a los discursos y significados socialmente compartidos.

Los individuos construyen los significados personales asociados a la sexualidad en un medio intersubjetivo o social, es decir, en la interacción con otros. En este medio el sujeto toma contacto con los significados sociales acerca de la sexualidad, sin embargo, el modo como éstos son experimentados y significados por cada individuo es idiosincrático, dependiendo de la organización de significado personal³⁵ propia, es decir, a partir de la forma particular de construir y organizar al mundo y a sí mismo. La atribución de significados permite dar un sentido a la experiencia, posibilitando el autorreconocimiento y la distinción de los otros como sujetos diferentes al sí mismo, con los que se comparten ciertos atributos.

En las primeras relaciones de apego, el bebé comienza a modular sus emociones y a construir, por tanto, sus esquemas emotivos. Esto resulta relevante en el modo cómo cada sujeto experimenta sus vivencias y, en definitiva, en los significados que atribuye a la experiencia. El individuo se organiza en torno a la construcción de significados, comprendiéndose a sí mismo y al mundo desde su particular modo de construir la realidad. Es por esta razón que el sujeto experimenta la sexualidad desde su propio orden perceptivo, asignándole significados personales, dentro de los cuales se incorporan aspectos compartidos socialmente. En otras palabras, simultáneamente, a medida que se construyen los significados personales en torno a lo sexual se desarrolla el proceso constructivo del sí mismo, dando lugar a una relación dialéctica entre ambos.

A partir de lo anterior, en este estudio, la sexualidad ha sido definida como un patrón de objetivo establecido, que posee la función filogenética de reproducción de la especie, y la función ontogenética de aportar a la construcción del sí mismo³⁶. Esta definición, como puede observarse, se constituye en la premisa fundamental para el desarrollo de esta investigación. Al considerar la función ontogenética de la sexualidad, se abre un amplio campo de investigación y de acción que integra a la sexualidad como un componente intrínseco al desarrollo humano.

³⁵ Véase capítulo VI.

³⁶ Véase capítulo IX.

En este contexto, tanto la sexualidad como el apego son definidos como patrones de objetivo establecido, en consecuencia, ambos tienen una meta biológicamente incorporada. El modo como el ser humano se dirige hacia el logro de estas metas es lo que aparece como central en esta propuesta. Ambos patrones, sexualidad y apego, a nivel filogenético, poseen como objetivo la reproducción y la protección respectivamente, lo que implica de manera ineludible la interacción con un otro y, por tanto, movilizan al sujeto hacia la intersubjetividad.

En definitiva, la sexualidad, a nivel de especie, requiere que el sujeto se agrupe y se coordine con otros, manteniendo vínculos afectivos que brinden un soporte emocional y una consistencia afectiva que permita hacer viable la existencia. En otras palabras, el desarrollo del ser humano, filogenéticamente, implica una interacción entre sujetos que va más allá de la reproducción, es decir, un vínculo que asegure la supervivencia y la construcción de subjetividades en un mundo interpersonal complejo.

Al aumentar el nivel de coordinación interpersonal, emerge la intersubjetividad como un ámbito que posibilita el desarrollo del ser humano como especie y como individuo. En este sentido el lenguaje, como función simbólica, aparece como elemento central al estructurar y dar consistencia al mundo intersubjetivo, permitiendo a los sujetos que participan en una dinámica emocional compartir una comunicación simbólica. Este contexto intersubjetivo posibilita la emergencia del deseo, que se experimenta como la carencia constante de otro, e introduce al sí mismo en un estado permanente de tensión, operando como una disposición a la acción al movilizar al sujeto hacia un intercambio recíproco con los otros en busca de la sobrevivencia y la completitud.

A partir de esto se asume que la sexualidad orienta proactivamente al sujeto hacia la intersubjetividad, desde la cual se construye como un sí mismo ontológico.

La sexualidad, vista como un elemento constitutivo del sí mismo, contribuye a su construcción y complejización conformándose, a través de la identidad genérica, como una base desde la cual el sujeto se organiza y complejiza. Los patrones de objetivo establecido, apego y sexualidad, llegan a un punto del desarrollo ontológico en el cual se traslapan y se potencian. Ambos dirigen al sujeto hacia un otro para alcanzar las metas biológicamente incorporadas, compartiendo ambos la función ontogenética de contribuir a la construcción del sí mismo.

El ser humano, desde su nacimiento es un sujeto complejo que cuenta con un self rudimentario, lo que implica una capacidad innata para interactuar con otro a partir de pautas de conducta básicas pero intencionales³⁷. A su vez, el sujeto nace con un sexo determinado por la biología, el cual pasa a conformarse como un elemento importante para la relación establecida con la figura de apego, desde la cual comienza a construirse una identidad genérica particular. Desde el momento en que los padres atribuyen al sujeto un género determinado, se relacionarán con el niño a partir de pautas específicas asociadas con los significados que éstos atribuyen a dicho género. De esta manera, a partir de las pautas recurrentes de conducta que se desarrollan entre el niño y la madre, se posibilita la diferenciación de los esquemas emocionales y, paulatinamente, el logro de un autorreconocimiento. El individuo comienza a reflejarse en la conciencia del otro como un sujeto sexuado con un particular género, en un mundo determinado. Así empieza a conformarse un sentido de sí mismo inmediato, contando con una percepción de sí mismo, de los otros y de quien es él para los otros.

A lo largo del desarrollo el sujeto logra percibirse como un individuo que comparte ciertas características con los demás y que, por otro lado, se diferencia de ellos. En este proceso, el género tiene un rol preponderante e influye en el modo cómo los sujetos se relacionan entre sí. El niño contará en un principio con significados a nivel tácito respecto a su pertenencia a un género determinado que, a través del desarrollo, irán haciéndose explícitos y complejizándose en el medio

³⁷ Véase capítulo V, acápite 1.

intersubjetivo. En el transcurso del ciclo vital se construyen proactivamente, en la relación con los otros, los significados ligados a la sexualidad y al erotismo.

El apego y la sexualidad, por tanto, posibilitan la construcción del sí mismo y continúan su desarrollo durante todo el ciclo vital, en una relación dialéctica de mutua complejización entre éstos y el sí mismo.

A partir de la adolescencia, en las interacciones sexuales se integra el apego con conductas eróticas (Crittenden, 2002)³⁸. El proceso sexual de la pareja implica un despliegue de los sujetos en un continuo entre el apego y la exploración, sin embargo, para que ésta relación se constituya como “sexual” propiamente tal, requiere la incorporación de conductas, significadas por ambos miembros de la pareja, como eróticas.

Al afirmar que la sexualidad humana integra las relaciones de apego con los comportamientos eróticos se apunta a la importancia de los cambios evolutivos que posibilitan esta integración. Además de las transformaciones físicas que implica el crecimiento, se producen cambios a nivel intrapsíquico que posibilitan la progresiva complejización del sí mismo. La construcción de nuevos significados, como en este caso asociados al erotismo, viabiliza una integración de éstos con conductas y patrones preexistentes, lo que conlleva una mayor complejidad en las relaciones establecidas por el sujeto. A medida que el ser humano avanza en su desarrollo ontogenético, la autoconciencia aumenta, acrecentándose a su vez la conciencia de éste con respecto a la necesidad que tiene de establecer vínculos con otras personas. La interacción con otros amplifica el espectro experiencial del sujeto, lo que requiere un mayor despliegue en la construcción de significados y, a su vez, un repertorio conductual más amplio e integrado, lo que sin lugar a dudas, demanda una mayor regulación emocional. Este proceso se dirige a la consecución y mantención de relaciones y, en el caso de la sexualidad posibilita el despliegue y la satisfacción de la intención erótica.

³⁸ Véase capítulo IX, acápite 1.

En este contexto, en el proceso sexual de pareja³⁹ el sujeto se desenvuelve en un continuo entre el apego y el alejamiento, de modo tal que el objeto erótico se constituye como la base desde la cual el individuo explora, conformándose a su vez, como el punto de llegada en el encuentro de los cuerpos. De esta manera, el mismo objeto representa tanto el peligro como la seguridad. Es por esta razón, que el ser humano busca, para establecer vínculos afectivos, a un sujeto que lo confirme y a la vez lo desconfirme, posibilitando la mantención de la coherencia sistémica y, a su vez, perturbándolo a partir de condiciones de tensión amenazantes y/o placenteras, que disponen al sistema para el cambio. Al considerar los elementos mencionados se puede constatar por qué la sexualidad se constituye como una dimensión intensa emocionalmente, que por una parte resulta amenazante para el sistema y, por otra representa una instancia esencialmente generativa para la relación y complejizadora de los sí mismos de ambos miembros de la pareja.

En el caso particular de la Organización de Significado Personal de los Desordenes Alimenticios, la sexualidad es un ámbito que representa un gran desafío para los sujetos tendientes a esta OSP. La centralidad de los temas ligados a la identidad personal en esta Organización de Significado esta presente también en el plano sexual, pues la sexualidad representa, al mismo tiempo, una inmensa posibilidad de satisfacer la necesidad que tiene el sujeto dápico de confirmación del sentido de sí mismo desde los otros significativos y, por otro lado, es una fuente de posibles desconfirmaciones. En consecuencia, la sexualidad para el sujeto con tendencia a esta organización de significado es muy intensa emocionalmente ya que se pone en juego la identidad personal o el sentido de sí mismo alcanzado hasta el momento, es decir, se pone en juego la misma coherencia del sistema.

En este sentido, la mayor tarea para el sujeto es lograr una intimidad apoyadora, sin exponerse, ya que necesita obtener garantías de confirmación de parte de su pareja sin hacerse ver realmente o enfrentarse con ella, sólo así logra disminuir el riesgo de decepcionarse. Si el otro cambia, puede desilucionarlo, por tanto, evita el

³⁹ Véase capítulo VIII, acápite 2.

enfrentamiento, evitando hacer consciente lo evidente, manteniendo así el equilibrio. La decepción se evita desde ambos frentes, es decir, decepcionando al otro significativo o decepcionándose él del otro significativo.

Puesto que el sujeto dápico es un sujeto centrado en la apariencia, ésta inunda también el plano de las relaciones afectivas. En la relación de pareja también debe mantener la “apariencia”, debe mantener, al mismo tiempo, la imagen de sí mismo y la del otro, así sabe a que atenerse y logra evitar la decepción y, por tanto, el vacío. Como resultado de lo anterior, se encuentra un sujeto muy exigente con su pareja, tanto la relación como el otro deben ser “ideales”, puesto que así confirma el sentido de sí mismo frente al mundo. Aparece la exigencia hacia su pareja, junto a la exigencia hacia sí mismo, puesto que ésta pasa a formar parte de su propia autoimagen. Incorpora a la pareja como un aspecto de su propia identidad, en este sentido, la búsqueda de pareja se orienta a una pareja que refuerce lo que quiere proyectar hacia el exterior.

Para lograr esto, el sujeto dápico desarrolla estrategias orientadas, por una parte, a evitar cualquier situación de enfrentamiento con el fin de no darse cuenta nunca, él mismo ni los demás, de cuáles son sus verdaderas capacidades, ya que ha convencido al otro de quién es él y ha logrado manipular su juicio, logrando que lo vea tal como él se ve a sí mismo, aunque no lo sea. Por otra parte, sus estrategias se orientan, con relación a la actitud hacia los otros, evitando encontrarse solos, pues sólo a través de la confirmación de la persona significativa logra tener un sentido estable y continuo de sí mismo, en esto radica la importancia para el dápico de generar relaciones afectivas y mantenerlas. Las relaciones afectivas son un área de posibles discrepancias para el dápico, ya que deben tener el control de la relación para no exponerse y lograr que el otro sí lo haga, obteniendo garantías de que la pareja está realmente involucrada. Por una parte, debe alcanzar dicho control y, por otra, en el momento en el que la pareja se expone, volviéndose importante y sintonizando con él, emerge o aumenta la necesidad de sentirse demarcado, definido o diferenciado. Si no fuese así, el sentido de sí mismo que ha logrado definir desaparece.

Depende del nivel de operatividad del sujeto el que experiencias en el plano sexual puedan volverse discrepantes y en que medida es capaz de integrarlas. En este sentido, es importante considerar que la disfunción sexual, en un sujeto dápico, tiene un sentido, pues cumple la función de permitir la continuidad del sentido de sí mismo del sujeto y mantener la coherencia del sistema. En este sentido, el síntoma sexual y el síntoma alimentario son similares en cuanto a la función que cumplen, ambos distraen la atención conciente del sujeto de las experiencias discrepantes.

El proceso sexual de pareja representa un obstáculo para el sujeto, si es capaz de resolver la fase de la intimidad⁴⁰ puede transformarse en una instancia generativa, pues presiona al sistema para el cambio, si no es así, probablemente fracase en el erotismo y no se alcance el placer sexual. Puesto que para el dápico mirarse a sí mismo es un proceso casi imposible, la emergencia del deseo puede correlacionarse más con la necesidad de obtener confirmación o aprobación de su propia autoimagen, a partir de claves contextuales e interpersonales, para mantener el sentido de sí mismo o identidad personal, que con una activación interior o deseo realmente.

En un sujeto dápico con procesamiento normal, la sexualidad es una instancia generativa, pues aunque está presente la exigencia al sí mismo, es una experiencia que le permite una mayor progresión ortogenética, ya que orienta al sujeto hacia lo intersubjetivo, posibilitando la ampliación de sus límites y, por tanto, el aumento en su complejidad. Para un sujeto con procesamiento más neurótico, la relación sexual puede ser un área de conflicto, ya que requiere de exposición por parte de él, exigiendo al sí mismo hasta los límites de su coherencia.

En definitiva, la sexualidad para el sujeto dápico representa un área difícil de manejar, pero al mismo tiempo, representa una inmensa posibilidad de complejización del sí mismo.

⁴⁰ Véase capítulo XI, acápite 1.

A partir del trabajo realizado en esta investigación, se concluye que la sexualidad es una dimensión cuyo abordaje terapéutico reviste gran relevancia en cuanto a su utilidad práctica. Desde la presente propuesta se comprende la sexualidad como formando parte de la estructura del sí mismo y, por tanto, como un elemento fundamental para su organización, de lo cual se desprende el hecho que ésta es una dimensión del sujeto abordable en terapia, no sólo en el caso que se presenten disfunciones asociadas a ella. El estilo sexual de un sujeto puede constituirse en una vía de acceso a la comprensión del paciente desde su modo particular de organizar la realidad, es decir, da cuenta de la Organización de Significado Personal. Desde esta óptica, los conocimientos construidos en la presente memoria representan un aporte a la práctica clínica al incorporar la sexualidad como un área potencial de cambio. Se considera que el tratamiento de la sexualidad como un fenómeno separado del funcionamiento global del sujeto, obstruye su potencial generativo, puesto que, como se ha expresado en reiteradas oportunidades, el sí mismo funciona como una totalidad, por lo que la integración de la sexualidad en terapia implica su incorporación a los procesos de cambio.

Esta investigación, representa una alternativa teórica y clínica de abordaje de la temática sexual. Los contenidos revisados en esta memoria permiten conceptualizar la sexualidad desde premisas teóricas derivadas de la epistemología Constructivista, lo que otorga a la presente propuesta un valor heurístico importante. Es por esto que el aporte teórico realizado posibilitará, sin duda, la apertura de un amplio campo de investigación, el que potenciará el desarrollo del modelo Constructivista Cognitivo, permitiendo con esto la creación de nuevas metodologías y técnicas utilizables en la práctica clínica, que desembocará en un proceso terapéutico más inclusivo, que englobe y considere una mayor cantidad de fenómenos propios de la existencia humana.

A partir de las temáticas abordadas en la presente memoria, surge una serie de interrogantes que, escapando a los objetivos de la misma, posibilitan la apertura a nuevas líneas de investigación.

En el presente estudio se ha desarrollado una definición de “disfunción sexual”, que considera el rol que ésta juega en la mantención de la coherencia sistémica, otorgando relevancia al sentido que ésta tiene para la organización del sí mismo. Se plantea que las disfunciones sexuales se producen a partir de experiencias disruptivas ligadas, directa o indirectamente, a la sexualidad, sin embargo, es un hecho que estas disfunciones son, en muchos casos, padecidas en pareja. Queda abierta la pregunta acerca del papel que cumple la pareja, en su calidad de otro con el cual el sujeto interactúa y construye significados en torno a las experiencias propias de esta interacción, en la aparición, mantención y remisión de las disfunciones sexuales.

Asimismo, se ha llevado a cabo una descripción del estilo sexual de los sujetos que organizan la realidad desde lo dápico, estableciendo cuáles son sus posibles dificultades en el ámbito sexual desde una perspectiva general. A partir de la definición de disfunción sexual⁴¹ propuesta en este trabajo se abre la posibilidad de llevar a cabo, en una futura investigación, una clasificación de éstas desde el Constructivismo Cognitivo. Al revisar las disfunciones sexuales descritas por otros autores, surge la interrogante acerca de la correspondencia entre ciertas características de determinadas Organizaciones de Significado Personal y/o sendas evolutivas, con algunas de las cualidades que se definen como etiología de una particular disfunción.

Por esta razón, es necesario que en el futuro pueda llevarse a cabo una investigación que aborde la clasificación de las disfunciones sexuales desde la metateoría Constructivista Cognitiva, a partir de lo cual, se posibilitaría el desarrollo de un estudio que indague las posibles correlaciones entre alguna disfunción sexual particular y ciertas Organizaciones de Significado o sendas evolutivas específicas.

Por otra parte, en este estudio se ha considerado la importancia del género en la construcción del sí mismo, sin embargo, no se ha llevado a cabo un análisis acerca de la incidencia del género en la operatividad del estilo sexual. En este sentido, se

⁴¹ Véase capítulo IX, acápite 2.

propone este tema como relevante a ser investigado posteriormente, de modo tal que sea posible dimensionar el papel que tiene esta variable en el estilo sexual.

Finalmente, es importante resaltar que el fin central de la presente propuesta es ampliar el Modelo Constructivista Cognitivo, integrando al objeto de estudio la temática de la sexualidad, mediante la incorporación de una conceptualización acerca de ésta como parte del proceso de construcción del sí mismo. Al respecto, es de esperar que el tiempo se encargue de demostrar que la fuerza de lo propuesto no radica en su acabamiento, sino en la posibilidad de mostrar el camino para abordar el estudio exhaustivo de cómo la sexualidad contribuye al desarrollo y evolución del ser humano.

RESUMEN

La presente es una investigación de orientación teórica, de carácter documental y exploratorio, que pretende explicar cuál es el papel de la sexualidad en la construcción del sí mismo en la Organización de Significado Personal de los Desórdenes Alimenticios Psicógenos desde el Modelo Constructivista Cognitivo. Para ello se lleva a cabo una revisión de la evolución del estudio científico de la sexualidad, a partir de la cual se describe el origen de conceptos relacionados con ésta desde distintos enfoques y se definen las nociones que serán de utilidad para el marco teórico. A través de esta revisión se hace comprensible la influencia que ha tenido, tanto en el desarrollo de la sexología como en el surgimiento de la terapia sexual, el contexto histórico y sociocultural, a partir del cual se ha sustentado una ideología sexual a la base de diferentes concepciones acerca de lo normal o anormal, de las expectativas y el modo de enfocar la conducta sexual.

A continuación se describe la Metateoría Evolutiva Procesal Sistémica y, específicamente, el Modelo Constructivista Cognitivo como un modo de sentar las bases para el desarrollo de una conceptualización de la sexualidad.

La sexualidad es definida como *un patrón de objetivo establecido, que tiene la función filogenética de reproducción de la especie, y la función ontogenética de aportar a la construcción del sí mismo.*

A partir de esta definición se reconoce la importancia del dominio biológico en la sexualidad, puesto que es la reproducción la que posibilita la perpetuación evolutiva de la raza humana. A la vez, se abre un interesante campo de estudio al proponer que la sexualidad aporta a la construcción del sí mismo, supuesto que se constituye como plataforma para el desarrollo de esta memoria.

De acuerdo a las bases del modelo constructivista cognitivo y a los antecedentes teóricos acerca de la sexualidad se llega a una comprensión del fenómeno sexual como un componente estructural del sí mismo, con un rol fundamental en su organización. Se asume a la sexualidad como conocimiento acerca de sí mismo y del mundo y, puesto que conocer es inherente a la existencia humana, es inevitable que ésta contribuya a la construcción y complejización permanente del

sí mismo. Pues bien, el modo cómo la sexualidad aporta a esta construcción y complejización constante es a través de la orientación hacia lo intersubjetivo.

Guidano plantea que la sexualidad tiene como función el establecimiento y conservación de relaciones y vínculos afectivos. De esto se desprende el hecho que la sexualidad, para alcanzar su objetivo filogénico y ontogénico requiere que el ser humano se despliegue en un contexto intersubjetivo. Por tanto, la sexualidad orienta proactiva e inevitablemente a los individuos hacia lo intersubjetivo y, de esta manera contribuye a la progresión ortogenética del sistema de conocimiento humano.

Los sujetos se relacionan, en la complejidad del mundo, como seres sexuados, interactuando con los otros a partir de su experiencia de ser sexuados que se ha construido a lo largo de su historia evolutiva, configurándose como elemento fundamental de su sí mismo. A su vez, cada sujeto organiza los procesos de conocimiento personal de manera gradual durante su desarrollo a partir de las emociones significativas, principales en los vínculos tempranos de apego. Esta organización que emerge gradualmente durante el desarrollo individual es lo que Guidano llama "Organizaciones de Significado Personal".

En el presente trabajo de investigación se aborda la Organización de Significado Personal de los Desórdenes Alimenticios Psicógenos, también denominada OSP Dápica. Como característica principal de esta organización se encuentra que la construcción de la unidad de los procesos de significado personal se basa en una percepción difusa del sentido de sí mismo. La organización del significado dápico se lleva a cabo en torno a la oscilación de dos polaridades que son, por un lado, la necesidad absoluta de aprobación de los otros significativos y, por el otro, el miedo a ser invadido o desconfirmado por éstos otros. La dificultad en el sujeto con tendencia a esta organización de significado radica en la construcción de un sentido de sí mismo, o identidad personal, definido. En respuesta a los desequilibrios percibidos entre las polaridades oponentes recién mencionadas, los sujetos propenden a alterar su imagen corporal a través de patrones de ingestión disfuncional (Guidano, 1991), manifestándose con mayor frecuencia en las mujeres la anorexia, bulimia u obesidad, puesto que el sentido de feminidad esta representado básicamente, en las sociedades occidentales, en la imagen corporal. En el caso de los

hombres, suelen encontrarse cuadros relacionados a su competencia sexual o a su coraje o valentía, es decir, relacionados con su sentido de masculinidad.

La situación de desarrollo del sujeto dápico se caracteriza por una delimitación pobre entre el sí mismo y los otros, en consecuencia, los límites del sí mismo se organizan en torno a la percepción de poseer un sí mismo difuso, indiferenciado, como resultado de los patrones vinculares tempranos. Como característica esencial se encuentra que la experiencia inmediata del niño es reordenada en un sentido definido de sí mismo de forma concordante con *marcos externos de referencia*.

A partir de lo anterior es posible reconocer un estilo sexual particular, en el que la principal **dificultad**, en el ámbito de las relaciones, radica en la *exposición* y el *rendimiento*. Por lo tanto, situaciones como el “debut sexual” pueden generar gran activación psicofisiológica en el sujeto y representan, en consecuencia, un gran desafío para el sí mismo. La **estrategia** dápica se centra en una actitud perfeccionista e idealista, que implica el cumplimiento de las expectativas del otro evitando así la desconfirmación, el sujeto desarrolla un *repertorio de estrategias relacionales* orientadas a la obtención de la mayor garantía posible de apoyo íntimo de parte de su pareja evitando, paralelamente, cualquier compromiso claro de exposición de sí mismo en la relación, por tanto, su **pareja ideal** será un otro que lo confirme y, a la vez, no lo invada.

En relación al proceso sexual de pareja y sus momentos interpersonales, planteado por Yáñez (2003), la **intimidad** es la fase del proceso que representa una mayor dificultad y desafío para esta OSP, puesto que implica un despliegue del sí mismo en la relación, lo que conlleva, de modo inevitable, la exteriorización de lo propio, importante dificultad para el dápico pues “lo propio” no es posible de decodificar y, por tanto, muy difícil de expresar debido a la percepción difusa de sí mismo.

En una direccionalidad ideal y generativa, el sujeto debe lograr establecer pautas internas de referencia y, por tanto, una mayor diferenciación de los otros.

XIV. BIBLIOGRAFÍA

1. Arnal, M. (2002, febrero). *Sexo*. Extraído el 21 de Marzo del 2003 de <http://www.elalmanaque.com/febrero/19-2-eti.htm>
2. Aronsonhn, S. (2001). *Vittorio Guidano en Chile*. Santiago: Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Sociedad Chilena de Terapia Posracionalista.
3. Badinter, E. (1993). *XY. La identidad masculina*. Madrid: Alianza Editorial.
4. Balbi, J. (1994). *Terapia cognitiva posracionalista. Conversaciones con Vittorio Guidano*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
5. Bataille, G. (1992). *El Erotismo* (6° ed.). Barcelona: Tusquets Editores.
6. Béjin, A. (1987). Crepúsculo de los psicoanalistas, aurora de los sexólogos. En *Sexualidades occidentales* (pp. 249-282). Barcelona: Editorial Paidós.
7. Bojanic, L., Elgueta, T. & Reyes, P. (1998). *Sexualidad en mujeres adolescentes internas en hogares de protección simple de la red Sename: un estudio cualitativo*. Memoria para optar al Título de Psicólogo, Escuela de Psicología, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
8. Bowlby, J. (1986). *Vínculos afectivos: formación, desarrollo y pérdida*. Madrid. Ediciones Morata S.A.
9. Bowlby, J. (1990). *Perdida afectiva: tristeza y depresión*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
10. Bowlby, J (1993). *El vínculo afectivo*. Barcelona: Editorial Paidós.

11. Bowlby, J (1995). *Una base segura*. Barcelona: Editorial Paidós.
12. Brenlla, M., Carreras, M., Brizzio, A. (2001). Cátedra de María Elena Casullo. *Tipos de Apego* (cap.1).Extraído el 25 Noviembre, 2002 del sitio web de Universidad de Buenos Aires: <http://www.aidep.org/uba>.
13. Bruner, J. (1991). *Actos de Significado: Más allá de la Revolución Cognitiva*. Barcelona. Editorial Paidós.
14. Cabrera, C., Trujillo, S. y Arciero, G. (2001). *Pubertad y Adolescencia: ¿Trabajamos con los jóvenes y/o con los padres? Una perspectiva postracionalista*. Asociación Canaria de Psicoterapia Postracionalista. Traducción personal del italiano por Roberto Chao, 2001.
15. Cabrera, J. & Parrini, R.(1999). *Sexualidad entre hombres encarcelados: Género, Identidad y Poder*. Memoria para optar al Título de Psicólogo, Escuela de Psicología, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
16. Cayazzo, F. & Vidal, S. (2002). *Definición de los conceptos de Deseo, Intención y Complementariedad de Intenciones en el modelo de la Asertividad Reformulada Desde el marco del Modelo Cognitivo*. Memoria para optar al título de Psicólogo, Escuela de Psicología, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
17. Crittenden, P. (2002). *Nuevas implicaciones clínicas de la teoría del apego*. Valencia: Editorial Promolibro.
18. De Barbieri, T. (1992). Sobre la categoría de género: una introducción teórico-metodológica. En R. Rodríguez (Ed.), *Fin de Siglo. Género y cambio civilizatorio* (pp. 111–128). Santiago: Ediciones de las Mujeres N°17, ISIS Internacional.

19. De Beauvoir, S. (1954). *El Segundo Sexo*. Volumen II. Buenos Aires: Editorial Psique.
20. De Marchis, M. (2001). *La psicoterapia de los disturbios alimenticios psicogenosem. Una óptica post-razionalista*. Extraído el 9 de Julio, 2003 del sitio web del Instituto de Psicología y Psicoterapia Post-razionalista –IPRA- : <http://www.ipra.it/art9.htm>
21. Erikson, E. (1971). *Identidad, Juventud y crisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
22. Faure-Oppenheimer, A. (1986). *La elección de sexo: a propósito de las teorías de R. J. Stoller*. Madrid: Ediciones Akal.
23. Foucault, M (1985). *El sexo verdadero en Herculine Barbin, llamada Alexina B*. Madrid: Editorial Revolución.
24. Foucault, M. (1998) *Historia de la sexualidad. El uso de los placeres* (duodécima edición). Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.
25. Foucault, M. (1998) *Historia de la sexualidad. La inquietud de sí* (décima edición). Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.
26. Fuller, N. (1993). *Dilemas de la femineidad : mujeres de clase media en el Perú*. Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo editorial.
27. Fuller, N. (1997). *Identidades Masculinas. Varones de Clase Media en el Perú*. Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú .
28. Giddens, A. (1998). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, Amor y Erotismo en las sociedades modernas* (2° ed.). Madrid: Editorial Cátedra S.A.

29. Gomáriz, E. (1992). Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas: periodización y perspectivas. En R. Rodríguez (Ed.), *Fin de Siglo. Género y cambio civilizatorio* (pp.83 – 110). Santiago: Ediciones de las Mujeres N°17, ISIS Internacional.
30. Guidano, V. y Liotti, G. (1988). Una base constructivista para la terapia cognitiva. En Mahoney (Comp.) *Cognición y Psicoterapia*. Barcelona: Editorial Paidós.
31. Guidano, V. (1991). *La Complejidad de Sí Mismo*. Santiago: Instituto de Terapia Cognitiva. Traducido del inglés por María de los Ángeles Saavedra.
32. Guidano, V. (1994). *El Sí Mismo en Proceso: Hacia una Terapia Cognitiva Postracionalista*. Barcelona: Editorial Paidós.
33. Guidano, V. (1998, Septiembre). *Psicoterapia: Aspectos Metodológicos, Problemas Clínicos y Preguntas Abiertas* (Borrador). Extraído el 18 de Marzo, 2003 del sitio web del Instituto de Terapia Cognitiva:
http://www.inteco.cl/articulos/009/texto_esp.htm
34. Kaplan, H. S. (1982). *La nueva terapia sexual*. Madrid: Alianza Editorial.
35. Katchadourian, H. (Comp.). (1983/1984). *La sexualidad humana: un estudio comparativo de su evolución*. (1° reimpresión) México, D.F.: Fondo de cultura económica.
36. Kühne, W. (2000). *¿Tienen los sueños un ligar en la psicoterapia cognitiva? Hacia una conceptualización de los sueños para la clínica cognitiva*. Memoria para optar al Título de Psicólogo, Escuela de Psicología, Universidad de Chile, Santiago, Chile.

37. Lamas, M. (1993, agosto). *Algunas dificultades en el uso de la categoría de género*. Ponencia presentada en el XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, México.
38. Lamas, M (1996). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: Miguel Ángel Porrúa.
39. Lecannelier, F. (2001). *Evolución y desarrollo del Self*. Extraído el 18 de Marzo, 2003 del sitio web del Instituto de Terapia Cognitiva:
http://www.inteco.cl/articulos/012/texto_esp.htm
40. Lützen, K. (1995). La mise en discours and Silences in Research on the History of Sexuality. En R., Parker & J. Gagnon (Eds.), *Conceiving Sexuality: approaches to sex research in a postmodern world* (pp. 19-31). New York: Ed. Routledge.
41. Mahoney, M. (1983). *Cognición y modificación de la conducta*. México: Editorial Trillas.
42. Mahoney, M. (1988). *Cognición y Psicoterapia*. España: Editorial Paidós.
43. Mannino, G. (2001). *La construcción del sí mismo en los disturbios alimenticios psicógenos*. Extraído el 4 de Julio, 2003 del sitio web del Instituto de Psicología y Psicoterapia Post-racionalista –IPRA- :
<http://www.ipra.it/art11.htm>
44. Maselli, P. y Cheli, C. (2001). *Psicopatología descriptiva y psicopatología explicativa de los disturbios alimenticios psicógenos*. Extraído el 9 de Julio, 2003 del sitio web del Instituto de Psicología y Psicoterapia Post-racionalista IPRA- :
<http://www.ipra.it/art7.htm>

45. Masters, W. & Johnson, V. (1967). *Respuesta Sexual Humana*. Buenos Aires: Editorial Inter-médica.
46. Maturana, H. (1986). *Ontology of observing: The biological foundations of self consciousness and the physical domain of existence*. Extraído el 7 de Julio, 2003 del sitio web del Instituto de Terapia Cognitiva:
http://www.inteco.cl/articulos/004/texto_ing.htm
47. Maturana, H. y Varela, F. (1996). *El árbol del conocimiento* (13° ed.). Santiago, Editorial Universitaria.
48. Mege, P. (1982). *Proposiciones para una antropología de la sexualidad*. Tesis para optar al Título de Antropólogo, Escuela de Antropología, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
49. Neimeyer, R. y Mahoney, M. (Comp.) (1998). *Constructivismo en Psicoterapia*. Barcelona: Editorial Paidós.
50. Palma, I. (2002, agosto-diciembre). *Sexualidad y Conversaciones*. Cursos de Formación General realizado en la Casa Central de la Universidad de Chile, Santiago, Chile.
51. Paz, O. (1971). *Los signos en rotación y otros ensayos*. Madrid: Editorial Alianza.
52. Piola, G. (1994). *Enfoques terapéuticos en disfunciones sexuales masculinas y femeninas*. Memoria para optar al Título de Psicólogo, Escuela de Psicología, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
54. Quiñones, A. (1997). *Significado social y viabilidad emocional narrativa*. Extraído el 18 de Marzo, 2003 del sitio web del Instituto de Terapia Cognitiva:
http://www.inteco.cl/articulos/007/texto_esp.htm

55. Quiñones, A. (2001). *El modelo cognitivo postracionalista. Hacia una reconceptualización teórica y crítica*. Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer S.A.
56. Reda, M. A. (1986). *Sistemi cognitivi complissi e psicoterapia*. Roma. La nuova italia scientifica. Traducción personal Luis Onetto, 1994.
57. Rosenzvaig, R. (1997). *La pareja al desnudo. Anatomía de la intimidad afectiva y sexual*. Barcelona: Ediciones Apóstrofe.
58. Ruiz, A. (1992). La Terapia Cognitiva Procesal Sistémica de Vittorio Guidano. Aspectos teóricos y clínicos. Extraído el 24 de Febrero, 2003 del sitio web del Instituto de Terapia Cognitiva:
http://www.inteco.cl/articulos/011/texto_esp.htm
59. Ruiz, A. (2002, mayo). *El amor como el dominio emocional humano. La visión post-racionalista de Vittorio Guidano*. Conferencia presentada en el Instituto de Terapia Cognitiva con motivo de la inauguración del año académico. Santiago, Chile.
60. Safran, J y Segal, Z., (1994). *El proceso Interpersonal en la terapia cognitiva*. Argentina: Editorial Paidós.
61. Safran, J. (2001). *La Alianza en la Psicoterapia Cognitiva Interpersonal*. Conferencia presentada en la Casa Central de la Universidad de Chile, organizada por la Asociación Chilena de Psicoterapias Cognitivas A.G.
62. Searle, J. (1992): *Intencionalidad: Un ensayo en la filosofía de la mente*. Madrid: Editorial Tecnos.

63. Vera-Gamboa, L. (1998). *Historia de la sexualidad*. Extraído el 25 de Noviembre, 2002 del sitio web de la Universidad Autónoma de Yucatán
<http://www.uadi.mx/~biomedic/rb98927.html>
64. Vergara, P. (2002, noviembre). *Curso de Trastornos Alimenticios*. Ponencia presentada en Cursos de Formación, Clínica Cognitiva de la Universidad de Chile, Santiago, Chile.
65. Weeks, J. (1993). *El malestar de la sexualidad: significados, mitos y sexualidades modernas*. Madrid: Talasa Ediciones.
66. Weeks, J. (1995). History, Desire and Identities. En R., Parker & J. Gagnon (Eds.), *Conceiving Sexuality, Approaches to Sex Research in a Postmodern World* (pp. 33-50). New York: Ed. Routledge.
67. Weeks, J. (1998). *Sexualidad*. Traducción de Mónica Mansour. México: Editorial Paidós.
68. Yáñez, J., Gaete, P., Harcha, T., Kühne, W., Leiva, V. & Vergara, P. (2001). Hacia una Metateoría Constructivista Cognitiva de la Psicoterapia, *Revista de Psicología de la Universidad de Chile, Vol. X, Nº 1*, p. 97-110.
69. Yáñez, J. (2000). *Teoría Clínica Constructivista*. Manuscrito no publicado, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
70. Yáñez, J. (2000). *Psicoterapia cognitiva sexual. Reconstrucción del deseo erótico*. Manuscrito no publicado, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
71. Yáñez, J. y Palma, I. (2002, Noviembre). *Taller de terapia sexual de pareja*. Taller presentado en Cursos de formación de Clínica Cognitiva, CAPs, Universidad de Chile.

72. Yáñez, J. (2003a). *Teoría sexual cognitiva*. Manuscrito no publicado, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
73. Yáñez, J. (2003b). *Teoría Clínica Constructivista. Segunda Parte*. Manuscrito no publicado, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
74. Zagnutt, A. y Ferrer, M. (1999). *Nuevos enfoques Integrativos en la Terapia Consciente: Hacia una visión Post-Racionalista*. En II Congreso Latino Americano de Estudiantes de Psicología, Santiago, Chile.
75. Zagnutt, A. y Ferrer, M (2003). *Los Trastornos de la alimentación. Un enfoque Constructivista Posracionalista*. Extraído el 25 de abril, 2003 del sitio web del Centro de Terapia Postracionalista:
<http://www.cetepo.com.ar>
76. Zagnutt, A. y Silva, J. (1999). Conciencia y autoconciencia: Un enfoque constructivista. *Revista Chilena de Neuropsiquiatría*, año 53, vol 37, n° 1.